

v. molins

sacerdote y maestro

enrique de ossó



victoria molins, s.t.j.

sacerdote y maestro enrique de ossó



ediciones s.t.j.

barcelona 1979

1.ª Edición: Barcelona 1979
2.ª Edición: Barcelona 1993

SACRA CONGREGATIONE
PRO CAUSIS SANCTORUM
N.º 491

Nihil Obstat: Romae, 2-VII-79
AMADEUS PETRUS FRUTAZ
Subsecretarius

EDICIONES S.T.J.
Ganduxer, 85 - Barcelona

ISBN 84-85034-34-1

Dep. Legal: B. 29749-1979
Realización: GUILLEM a. g. - Barcelona

**sacerdote y maestro
enrique de ossó**

He pensado muchas veces, con una mezcla de ternura y admiración, en esos versos maravillosos del Salmo 138. Son un poema a la obra divina en su más alto grado de realización: el hombre.

«Cuando mis entrañas se iban formando, entretejiendo en el seno materno, Tú, oh Dios, ya me sostenías.»

Allí, en la profundidad de un comienzo oscuro y silencioso, se fraguan las grandes obras personales de la Humanidad.

Allí, el gran misterio de la vida se hace creador e inteligente.

Allí, Dios regala un alma personal y única, llamada a realizar la Historia.

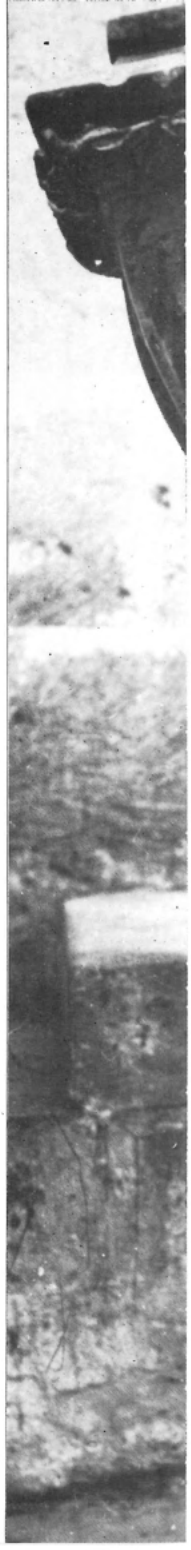
Cuando avanzada ya la segunda mitad del siglo XIX, un hombre pronunciaba con agradecimiento esta frase bíblica: «Me ha tocado en suerte un alma buena, un lote hermoso», evocaba solamente recuerdos infantiles.

Yo quiero remontarme aún más lejos, al gran misterio de Dios que en aquel año de 1840 iba «tejiendo en las entrañas maternas» a quien un día el mundo entero iba a conocer, al pronunciar su nombre en el Vaticano, el Papa Juan Pablo II.

Enrique de Ossó y Cervelló es ese hombre.

Su vida, la que vamos a intentar describir en las páginas de este libro.

I





LE TOCÓ EN SUERTE UN ALMA BUENA

Foto: Archivo Mas

Montañas, río y cielo

La carretera nacional ha realizado su cometido cuando el coche que me conduce a Vinebre tiene que abandonarla. Comienza el calvario de curvas, baches y polvo. Y también — por ley compensatoria — el extraordinario espectáculo de la campiña catalana, recreando la vista, a ambos lados de la carretera.

Después de bordear durante un rato el Ebro, el pueblecito de García se alza como un requiebro a la vida rural, en uno de los recodos del camino. Pero hay que continuar junto a las aguas verdinegras del río. Y, cuando uno cree estar a muchos kilómetros de la civilización y de la técnica, la Central Nuclear de Ascó aparece como una sorpresa y un contraste. Gracias a ella, un hermoso puente metálico permite atravesar el Ebro para entrar en Vinebre.

Entendí el alma de sus hombres aquella tarde de julio, cuando el calor y el cansancio me hicieron más largo el camino y el acceso a un pueblo que tenía para mí resonancias de vida en proyección grandiosa.

VINEBRE: montaña, río y cielo.

Allí, entre viñedos y frutales, olivos y riqueza de tierras trabajadas por los hombres de sus campos. Solo, aislado más bien, sin la Central y sin el puente, Vinebre debió crecer para adentro y encerrar sus tesoros de hombres con la frente sudorosa por el trabajo, de mujeres cantando poemas silenciosos al hogar, de niños con semilla de artistas, de sabios o de santos.

Allí crecieron, y allí soñaron y allí murieron.

Conocemos a uno. Vivió con el alma en vigilia y amando su tierra, salió



Iglesia parroquial de Vinebre, donde fue bautizado Enrique

de ella para lanzarse por el mundo a la maravillosa aventura de EXTENDER EL REINO DE CRISTO.

Nació en una casa bella. La de don Jaime de Ossó, que tenía tierras, y manos suficientes para labrar su patrimonio familiar y aspirar a que sus hijos fueran «algo más» que labradores encerrados en la grandiosa y solitaria belleza de las montañas, el río y el cielo.

«Buenos padres, piadosa madre, santos abuelos»

La «Casa Pairal» de Ossó tenía aún la alegría de contemplar la sonrisa serena de los abuelos. Don Jaime Ossó y doña Mariana Catalá, padres de un hombre duro y práctico, honrado y trabajador, Jaime, que se había casado con doña Micaela Cervelló.

Es importante el dato, porque los hogares que cobijan a los niños y a los ancianos, encierran el tesoro de una caricia que el tiempo y la eternidad se dan diariamente.

También vivían en otra «Casa Pairal» — la de los Cervelló — los padres de Micaela, don José Antonio Cervelló y doña Magdalena Jové.

Cuando sonaron las campanas de la iglesia parroquial de San Juan Bautista, el pequeño recién nacido, Enrique Antonio de Ossó, recibía, con las aguas del Bautismo, la sencillez experimentada de esas cuatro sonrisas de sus «santos abuelos».

Era el 17 de octubre de 1840, al día siguiente de su nacimiento.

Y la influencia de sus mayores, será decisiva en la infancia de Enrique de Ossó.

Su madre era piadosa. Sí, como tantas madres buenas de nuestros pueblos sencillos, que rezan cuando viven y viven porque rezan. Enseñaron a sus hijos, y les regalaron con la maternidad el tesoro de su alma abierta a Dios. Y Enrique, como tantos otros niños rurales, rezó junto a su cama y oyó consejos de madre buena, y leyó vidas de santos y lloró con los mártires y con la Pasión de Cristo, porque tenía capacidad para amar y entender las cosas de Dios. Y cuando no se arranca del alma del niño esa



Calle de Vinebre



*Aquí vivía doña Micaela Cervelló,
la madre de Enrique*

grandeza, sino que se fomenta, se cuida y se cultiva, crece espontánea, para dar frutos espléndidos.

Enrique recordará, sobre todo, dos detalles de esa influencia familiar benéfica.

Por las mañanitas húmedas y soñolientas de su pueblo, una deliciosa devoción hace recorrer las calles, llevando en los corazones de grandes y pequeños un amor materno a la Reina del cielo. El Rosario de la Aurora. Parece que el abuelo José Antonio era muy devoto de él. ¡Qué bueno, cariñoso y noble lo recordará más adelante!

Mi abuelo materno era un santo. Era el que dirigía siempre el Rosario de la Aurora, que hay gran devoción en mi pueblo y lo rezaba.

Aún recuerdo su rostro apacible y de predestinado: calvo, de ojos «molls», respetable anciano, muy parco en hablar, de una fe de Abraham...

Y junto a él, pasaba el niño ratos deliciosos oyendo relatos de los milagros de San Antonio, el taumaturgo popular, que encandilan los ojos infantiles. Lo misterioso tiene un encanto especial para los niños.

Y otro detalle. Ahora se trata de la influencia materna. Mucho más decisiva, por cierto.

Es un deseo también de muchas madres cristianas, que quieren para sus hijos lo que ellas estiman como un tesoro: el sacerdocio.

Pero me parece mal tratarlo como detalle. Tengo que narrarlo como el comienzo de una vocación que ha de marcar la vida de nuestro hombre.

Le dedicaré, pues, un epígrafe, y un nuevo capítulo.

«Quiero ser maestro»

Fue su madre la que tuvo vocación sacerdotal en principio. Pero se la dejaría de regalo; más bien, en testamento, cuando su alma volara al cielo.

Le había repetido muchas veces aquella frase que Enrique de Ossó recordaría siempre en su lengua materna, para que no perdiera nada de su esencia esperanzadora: «Fill meu, fes-te capellà. Quin goig em donaries».

Y junto al recuerdo de aquel deseo de madre, Enrique guardaría el suyo, el de sus primeros años, que será también el de sus últimos, el de su vida entera: «Vull ser mestre».

Y con ese deseo creció y fue a la escuela de su pueblo y le enseñó su maestro Francisco Freixas muchas cosas, incluso solfeo. Y jugó junto al río, a la salida de clase, con sus hermanos Jaime y Dolores. Y aprendió todo lo que se podía aprender en un pueblo, porque su inteligencia era abierta.

Y no le dio demasiado tiempo de hacer nada más — sin olvidar algunos sacrificios que su generosidad le exigía — porque aún no tenía doce años, cuando, por encima de su expresado deseo de estudiar Magisterio, su padre tomó la iniciativa y las riendas de su futuro y se lo llevó a Quinto de Ebro. En ese pueblo de Zaragoza, vivía su hermano Juan de Ossó sin hijos varones. Tenía un comercio de tejidos donde Enrique podría iniciarse en el terreno comercial.

Primera Comunión y Viático

Y allí, a Quinto de Ebro, se dirigió y allí vendió y allí estuvo a punto de dejar este mundo. Así lo creyeron sus tíos. Pero no eran éstos los caminos de Dios.

Las circunstancias que tejen también nuestra existencia, hicieron que el niño celebrara su Primera Comunión, el gran deseo y la más limpia ilusión de la infancia, como Viático. Bien. Siempre podría tener el mismo signo. Se empieza una vía, un camino costoso, cuando la infancia deja paso a la adolescencia y la juventud a la madurez... Pero aquí lo tuvo con la dolorosa sorpresa de una enfermedad grave.

El niño, ya curado, tuvo, en contraposición, la alegría de poder arrodillarse a los pies de la Virgen del Pilar. A ella le habían pedido sus tíos con fe y devoción, que le devolviera la salud.

Y poco tiempo después, recorría de nuevo los 136 kilómetros que le separaban de Vinebre, para reincorporarse a la vida familiar.

De nuevo detrás de un mostrador

Pero no fue por demasiado tiempo. Se conoce que el futuro viajero infatigable, tenía que empezar a adiestrarse desde niño.

Doce años ya cumplidos. Su deseo de ser maestro, suponemos que en pie. Sus conocimientos, sin poder aumentar ya demasiado en el pueblo. Y la ambición de su padre, que por el camino del comercio y de la industria.

Su hermano Jaime estaba en Barcelona. Él marcharía a Reus, ciudad ya entonces muy industrial, en la provincia de Tarragona. Don Jaime había hablado con un tal don Pedro Ortal, jefe de la casa de tejidos más importante de la población.

Estamos en el año 1853. En España — campo de lucha entre liberales y progresistas — no sólo están entrando corrientes ideológicas del extranjero, a pesar de las polémicas y de algunos esfuerzos por cerrar las puertas. Están entrando también los síntomas de la Revolución industrial. El mundo laboral es un mundo difícil de patronos y obreros, en donde se mete uno de lleno, o se sueñan otras conquistas.

Enrique tuvo escaso tiempo para comprobarlo. Soñó y realizó sus sueños, porque se trazaron unos caminos en su vida que le alejarían para siempre de ese campo laboral.

Cuando se conoce el dolor

Porque, apenas se había ido familiarizando con el mundo del trabajo y del comercio, tuvo que tomar de nuevo el camino para su «casa pairal».

No es difícil imaginar al dependiente durante el tiempo que la vida le llevó por esos caminos. Tal vez aquí empezó a conocer a los compañeros que marcaron una nota discordante, una sombra en sus recuerdos.

*En la fachada posterior de la casa pariral de los Ossó
se encuentra este escudo*



Volví a las andadas de las malas compañías. ¡Oh, el mal que causan!

Cuando escribe esto, hay muchos horas y minutos de fidelidad por medio, que tal vez desfiguren la realidad lejana. Pudo ser, sin embargo, una circunstancia normal de ese momento difícil de la vida adolescente. Aquí o en Quinto de Ebro.

Sí. Tuvo que tomar de nuevo el camino de Vinebre. Se tenía que asomar por primera vez al dolor para ir convirtiendo su existencia en esa realidad dialéctica de vida y muerte.

Micaela, su madre, estaba gravemente enferma. La noticia llegó tan inesperada como cruel. El cólera empezaba a cobrar víctimas en los pueblos de Cataluña.

Cuando Enrique — catorce años, y mucho dolor acumulado — se acercaba a su montaña y a su río, iba sintiendo que el corazón se le estrujaba como las uvas de sus queridos viñedos, cuando las pisan los viñadores. Y también sangraba como ellas.

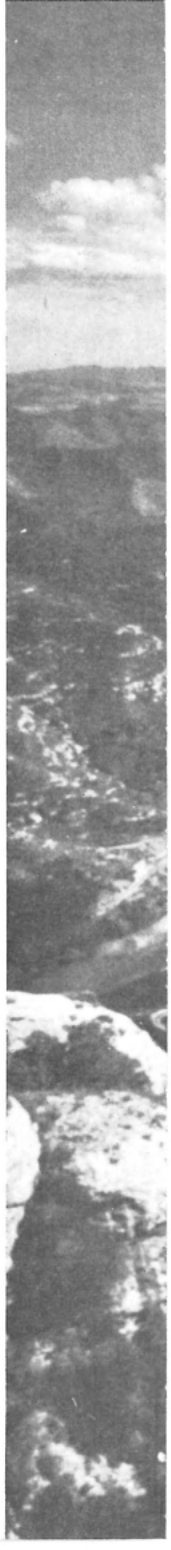
La madre le entregó, con aquella vida propia que se le escapaba, otro regalo de su maternidad generosa: la vocación sacerdotal.

Nada milagroso, extraño o sobrenatural rodea la vida del adolescente, que ponga un halo de misterio en los acontecimientos. Pero la mano de la Providencia va escribiendo detalles de predestinación.

Estuve presente a su muerte santa, y lloré mucho, porque mucho lo sentí verme privado de ella. Mas a esto que parece desgracia, debo tal vez mi dicha y mi suerte, porque luego me vino deseo de ser sacerdote, recordando lo que me decía mi buena madre.

Y cuando el dolor asomaba en su vida, su corazón empezaba a abrirse generosamente a la opción fundamental que le realizaría.

II





POR LOS CAMINOS DE UNA JUVENTUD GENEROSA

Teresa de Jesús empieza a dejar huella

No se puede hablar del apóstol catalán — lo veremos más adelante — callando el nombre de la Santa castellana. Están unidos en una misión común, en un destino eterno que enlaza dos siglos y dos tareas: el siglo xvi y el xix, la vida contemplativa y la acción apostólica.

Pero ya el niño, el adolescente que acabamos de dejar llorando una pérdida y recibiendo un regalo, ha tenido sus primeros contactos teresianos.

No sabemos exactamente cuándo y cómo llegaron a sus manos las obras de Santa Teresa. Él mismo nos cuenta, pero sin detallar fechas, que su tía María, hermana de Jaime, le había regalado unas obras de la Santa, porque ella no las entendía.

Enrique no sólo las entendió. Las fue asimilando de tal modo, como saben hacerlo los jóvenes llenos de ideales, que en octubre de 1854 una carta a su tía es ya una glosa de la doctrina teresiana.

«Acordaos, le dice, que no tenéis sino un alma, que sólo moriréis una vez... Que vuestro deseo sea sólo de ver a Dios, vuestro temor, de perderle; vuestro dolor, de no poseerle...» Basta con conocer las obras de Teresa para encontrar claramente un paralelismo. Enrique las había entendido. Y mucho. Lo vamos a ver en seguida.

María en el principio de una opción radical

Teresa de Jesús no sabía exactamente lo que hacía cuando de la mano de Rodrigo — siempre tuvo gracia para conquistarse a un hermano — se dirigía a «tierra de moros» a que la descabezaran por Cristo. No sabía.



Camarin de Nuestra Señora de Montserrat

Pero intuía algo de esa grandeza que los niños captan con el corazón más profundamente que los adultos con su cabeza. Era, sin embargo, demasiado pequeña y no midió bien las circunstancias. En «Cuatro postes» se acabó la aventura.

Enrique tiene ya 14 años. Temperamento práctico y eficaz como su padre, sueña como todos los niños pero empieza a realizar sus proyectos como algunos hombres.

La muerte de su madre le ha dejado a oscuras. Reus es ahora para él triste y sin caminos. Alguien dijo de aquel niño: «És una caixa tancada». Pero ahora hay un silencio más hondo. No puede compartir porque teme no ser comprendido. Y el misterio de un hombre — aunque tenga pocos años — es demasiado rico para ventearlo y esparcirlo.

La autoridad paterna se ha vuelto a imponer por encima de aquellos deseos que su madre le ha contagiado. Y midiendo sus fuerzas, resuelve salir de la oscuridad y buscar la luz en la cumbre. En María.

Sencillamente lo explica él, años después.

«Volví a Reus, pero no como antes. Mi familia se resistía a que fuese sacerdote. Me confesaba en Reus, así que podía, en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, y resolví marcharme... Escribí cartas de despedida y de consejos a mi padre y tíos, y el día que murió un hijo pequeño de la casa, de mañanita, abrí la puerta y me marché. Mis primeros pasos se dirigieron a visitar a la Virgen de la Misericordia en su capilla. Oré allí, le pedí su bendición y me fui lejos, cargado de unos pequeños libros, sin dineros, a pie; quería ser ermitaño, retirándome a la soledad, y dirigí mis pasos a Montserrat a pie; subí la cuesta de Collbató... qué sed tenía. Tenté a Dios.»

La extraña belleza de la montaña catalana que se alza en maravilloso contraste con el restante relieve de Barcelona, ha cautivado a muchos peregrinos. Sus fantásticas piedras calizas, cónicas, redondas, alargadas, han hecho soñar a muchos niños fantásticas aventuras de reyes, caballos, castillos y gigantes. Pero aquellos días de octubre de 1854 el peregrino de la montaña santa, el soñador de sus extrañas figuras, era un niño demasiado serio o un hombre demasiado idealista que deseaba algo más que un juego, una escalada, o una aventura.

Era un «Solitario» sediento de paz.

Rendido, entró en la Basílica. Yo he entrado muchas veces en mi niñez y en mi juventud y sé de hondas emociones marianas. Pero mi subida ha sido un cómodo viaje en el funicular, en autocar, o en coche, contemplando desde mi asiento la belleza de sus rocas extrañamente salpicadas de romero, espliego y tomillo. Y es otra cosa.

Cuando Enrique llegaba a los pies de María, traía el corazón abierto y los pies sangrando. El frío de las mañanas de otoño y la húmeda frescura de la niebla se le habían pegado a sus harapos de mendigo. Porque había querido llegar pobre a la Reina de Misericordia.

María, sonriendo a la pobreza

El episodio debió guardar los límites de la sencillez y de lo cotidiano. Para Enrique, lo más natural. Pero es uno de esos hechos que nos gusta poder describir en una biografía. Aquello que queda grabado en las mentes infantiles para poder plasmarlo en una pintura o en un poema: Cambiar las ropas de «niño bien» por las de un mendigo. Fue en Papiol. Tendría que parar en los pueblos, y, también él, mendigar un mendrugo. Y si era él quien pedía, ¿qué iba a dar al que alargaba la mano? Con naturalidad, como hacen las cosas los niños, le dio sus vestidos. ¿Para qué los quería cuando había dejado su propia vida y sus esperanzas futuras en Reus, en Quinto de Ebro, en Vinebre, en Barcelona?...

Se los dio y marchó ligero de equipaje para ver sonreír a la Virgen cuando entrase mugriento y cansado por la nave central de su Basílica.

María, testigo de una entrega

«Seré siempre de Jesús». Los radicalismos son ejes y generadores de muchas vidas grandes. Se dan en un momento y se viven heroicamente en una sucesión de horas, días y años. Hacen la santidad, la definen y la glosan.

María, la Moreneta de Montserrat, fue testigo de una opción radical, seria y consciente, que será durante 55 años el centro impulsor de la vida de Enrique de Ossó y de aquellas personas en las que él influya: «ser siempre de Jesús».

Ahora la soledad acumulada en su corazón se abre en una honda y ferviente plegaria. «Os busqué solo en mi mocedad — nos dirá 38 años después, en 1892 —. Solo y por caminos difíciles llegué hasta vuestros pies. ¡Cuán cansado del mundo! ¡Con cuántas heridas!... ¡Bendita Reina de las gracias!»

Y Micaela, su madre buena, la que le enseñó a orar, a vivir y a amar, vuelve a su recuerdo en la acogedora semioscuridad del templo:

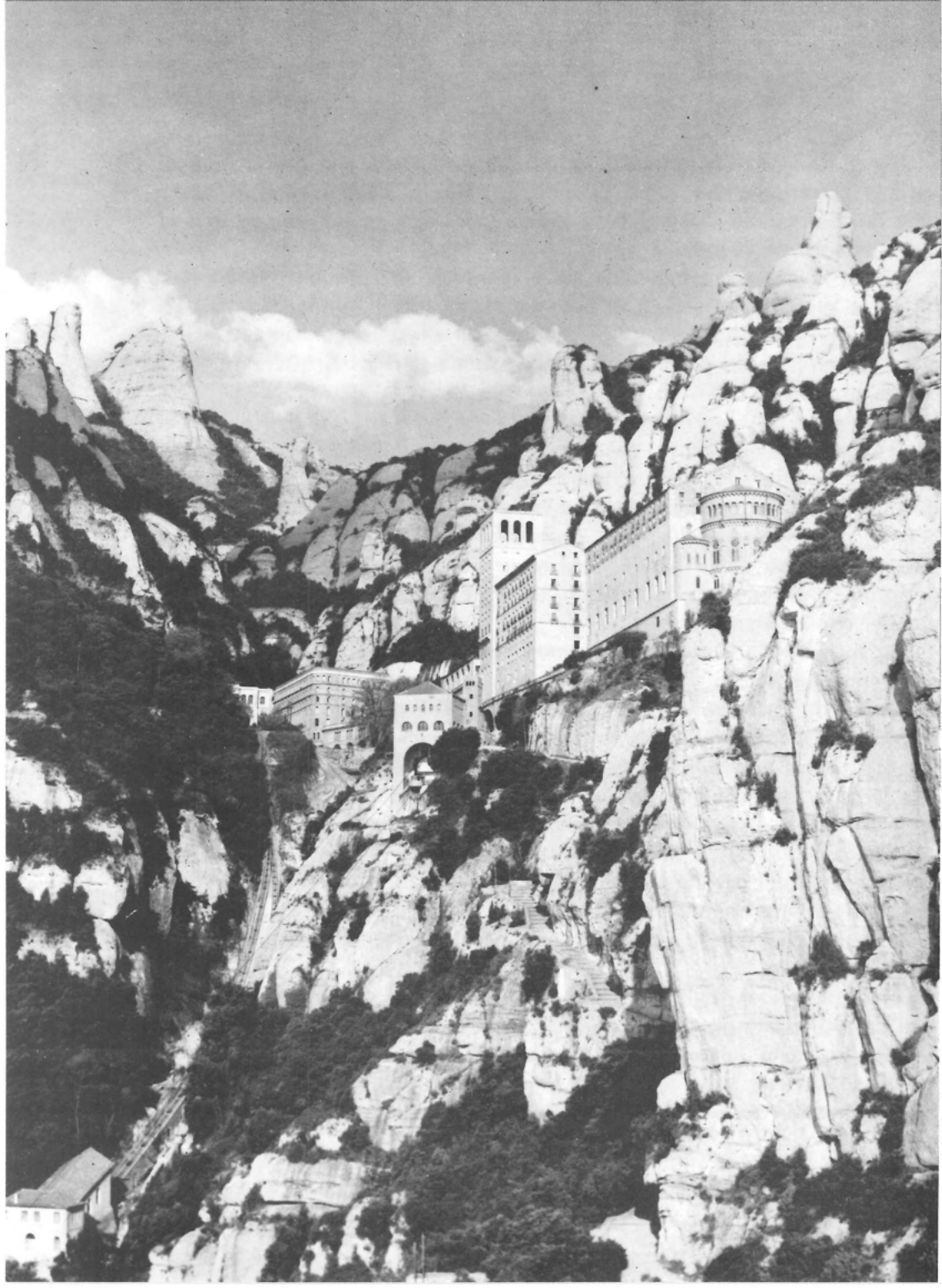
«A las gradas de vuestro trono sentí revivir en mi pecho recuerdos dulcísimos de mi cristiana madre... ¡Era tan buena! ¡Dábame tan santos consejos! Desperté como de un sueño profundo. Creí, deseé y amé lo que nunca debía haber olvidado. El recuerdo de la Madre del Cielo, despertó en mí el recuerdo de la madre de la tierra, sus ruegos, sus consejos santos, sus buenos ejemplos...»

Su madre y la Virgen. ¡Son tantas veces la clave! Y allí, en aquella situación psicológica y sobrenatural, se dio el abrazo misterioso que el hombre y la gracia se dan en toda vocación. Allí decidió su futuro.

«HALLÉ MI VOCACIÓN. Vos me guiasteis, sin que yo recuerde cómo. Estrella de los mares, Estrella de la mañana, Estrella de Cataluña, brillasteis a mi ojos, seguí su luz, y al mostrarme a Jesús, fruto bendito de vuestro vientre, dije: SERÉ SIEMPRE DE JESÚS, su ministro, su apóstol, su misionero de paz y amor».

Las notas del órgano no tocaron, la escolanía no cantó. Hubo silencio en aquel templo, porque los grandes instantes de nuestra vida tienen otra extraña manera de ser acompañados: en la oscura ignorancia de los que nos rodean.

Enrique, allí arrodillado, era uno más entre los peregrinos que piden una curación, dan gracias, recuerdan, lloran o cantan. Era uno más hasta que su hermano Jaime — loco en su búsqueda — llegó hasta él y en la plaza, sin apenas tener tiempo de volver a despedirse de la Señora, tuvo que abandonar su aventura, sus sueños y su ilusión.



«...dirigi mis pasos a Montserrat, a pie...»

Le esperaba la realidad de una familia que con angustia le andaba buscando como en otro tiempo María y José a su Hijo querido. Como Jesús, también él estaba en actitud de servicio y cumpliendo la voluntad del Padre.

Hay que cambiar de rumbo

Había quedado demasiado claro. Nada de comercio. Nada de porvenir prometedor. Sí. Habían visto claro. Enrique, lo que su corazón le dictaba. Don Jaime, la «terquedad» o el ímpetu prometedor de su hijo. Y ya nadie se podía oponer.

La vocación tenía un aspecto del que no podía ya dudar: «ser de Jesús». Y algunos otros que no se perfilaban aún con la claridad de esta opción: ¿Maestro? No sabemos si lo había olvidado. Su vida nos irá diciendo que no. Siempre estará presente este primer «deseo y dolor», como lo llamará más tarde.

¿Ermitaño?, ¿misionero? De momento era evidente que sus estudios tenían que continuar por una formación eclesial y que en Vinebre ya no había nada que hacer.

Y Tortosa empezará a ser el nuevo escenario de su juventud generosa. De pupilo en casa de don Ramón Alabart, un sacerdote amigo de la familia. Sus primeros maestros en la carrera sacerdotal: el Dómine Prades, con quien empezó Gramática, y el Dómine Sena, que despertó o aumentó su devoción teresiana.

Ya está formándose el futuro sacerdote y maestro.

III



AL COMPÁS DE REALIDADES SE HACE UN HOMBRE

Estudio: espíritu y alas

Tenía que estudiar y mucho. Que así se han hecho camino todos los que han amado su mundo y han luchado por él. Y pasó muchas horas de quietud y silencio en su habitación de la casa Alabart.

No había demasiadas condiciones. Los seminarios de otros tiempos conocen bien la ayuda de sus amplios y silenciosos pasillos en los que se camina aprisa hacia la sala de estudio o hacia el aula de Teología. Saben de horarios que ordenan la vida, la encauzan, le suman eficacia a los estudios. Pero en 1854, en España, las cosas no andan demasiado bien para la causa de Cristo. El clima de los Seminarios no ha tenido aún el purificador influjo de don Manuel Domingo y Sol. Y los seminaristas, externos, tienen que arreglárselas un poco a su aire.

El que tiene alas, vuela alto. El que no, realiza cometidos sin demasiado espíritu.

Enrique ha tenido que sufrir para seguir su camino. No «le han llevado», como a tantos otros de aquel momento. Y tiene espíritu y alas para emprender el vuelo.

Latín y Humanidades; luego, Filosofía. Buenas notas, vida ordenada y responsable. Se lo toma en serio.

Deporte y paseo alternan en su vida con la eficacia de un trabajo responsable y el alimento espiritual de la oración y los sacramentos. Su confesor, don Gabriel Duch, párroco de la Catedral, va siguiendo sus avances.

Y luego, a Barcelona. Fue esta vez una decisión de su padre, pero con el consejo de los profesores: Debería estudiar, después de terminada la Filosofía, Física y Química en el Seminario de la Ciudad Condal con el Dr. Arbós.



Colegio de Santiago y San Matías; aquí estudió Enrique desde los 14 hasta los 17 años

Tal vez su vocación de maestro volvió a sus sueños y hasta a alguna de sus realidades. Porque en la cátedra de Química tuvo que suplir al profesor en varias ocasiones. Eran ensayos. Más tarde veremos su actuación.

Y ya en 1861, en Tortosa de nuevo para terminar la Teología, en la Residencia de los jesuitas de la calle Moncada. Sus maestros: don Pablo Foguet y don Bernardo Lázaro. Fueron dos años de Teología Moral y Dogmática. En 1863, otra vez a Barcelona: Dogma, Moral, Historia de la Iglesia. Allí, se fraguaron sus profundas amistades del futuro: Martorell y Matas, los jesuitas, Sardá y Salvany.

Los niños: ya hay futuro

La barcaza lenta y quejumbrosa atraviesa el río Ebro muchas veces a la semana y al día para entrar en Vinebre. Sobre todo en verano. No hay otro medio de romper el círculo montañoso de sus casitas de piedra.

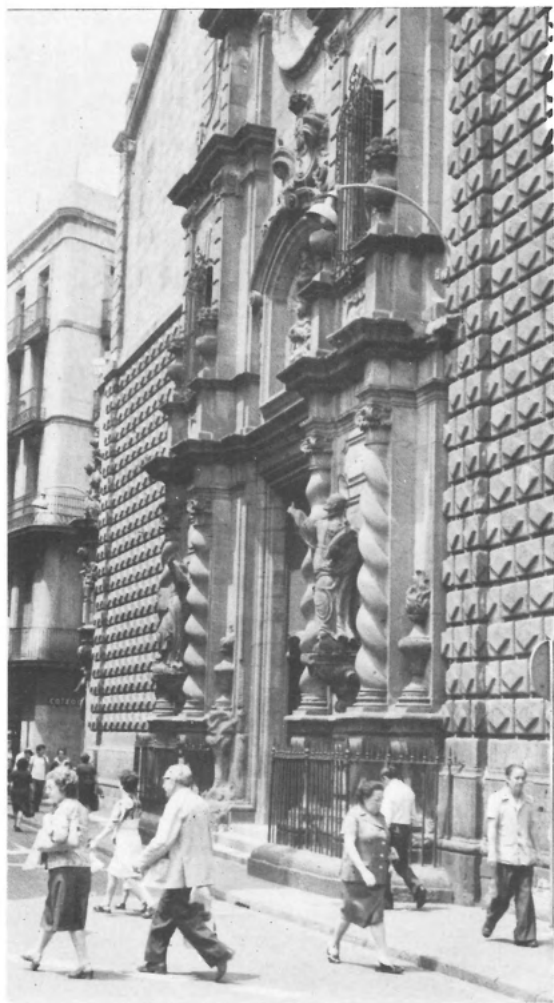
El seminarista siente, con el golpear de la proa en las aguas del río, el aleteo acelerado de sus pulsos. Está llegando a su casa, a sus viñedos y olivos y al bregar polvoriento de las carretas de trabajo.

Es verano. Y Vinebre le abre una puerta a sus vacaciones.

El abrazo paterno, la sonrisa callejera del anciano, la conversación cargada de recuerdos, y... también la soledad de unos ideales y unos vuelos que no puede compartir.

El día es largo y hay que llenarlo de alguna actividad. Su vocación de maestro tiene ya un cauce: los niños de sus vecinos. Los pequeños que tienen los oídos y el corazón tan abiertos a lo bueno como a lo malo. Con ellos formará su primera catequesis y medirá sus fuerzas para una tarea futura. Vinebre se lo agradece. En su plaza mayor, hoy, una estatua de piedra recuerda al Catequista junto a uno de aquéllos pequeños discípulos.

AL COMPÁS DE REALIDADES SE HACE UN HOMBRE



Catedral de Tortosa

*La iglesia de Belén
vecina al Seminario de las Ramblas
barcelonesas*

Conociendo y amando sus días

Aislarse no es bueno. Ni en un solitario. Hay que amar el lote que nos ha tocado y el escenario en el que hemos de actuar. La vida gris cobra con ese amor toda la gama de colorido que le da belleza al cuadro.

En Tortosa, y sobre todo en Barcelona, tuvo que conocer, amar y... sufrir por su España, sus hombres y sus cosas. Y aprendió a vivir los problemas con una visión que hoy llamaríamos comprometida.

Si algo podía hacer por suprimir la miseria, lo hizo. San Vicente de Paúl y sus Conferencias eran entonces un cauce. Allí conoció la pobreza y pudo preparar su corazón a la entrega y al desprendimiento. Siempre fue su característica. No tuvo nada, porque todo lo dio.

En Barcelona conoció, además de la miseria económica, otras peores. Y tuvo tiempo de programar su futuro.

Años más tarde una serie de artículos de la Revista que dirigió y a la que tendremos que aludir muchas veces, presenta una postura de eficacia apostólica que nos obliga a mirar hacia atrás. «Organicémonos», se titula. Y plantea un inteligente estudio de las situaciones, de los «signos de los tiempos», para saber cómo actuar.

En aquellos años de su juventud serena y cerca de la madurez del adulto, Enrique debió pensar mucho, observar otro tanto y programar en consecuencia. Porque su extraordinaria actividad se encuentra perfectamente organizada cuando empieza a caminar por ella.

Realmente sabía ya por dónde quería abrir su alma al apostolado y al servicio. Modestamente, sería — sin grados superiores, sin títulos — «sacerdote y maestro».

Cuando alguien le instó para que accediera a otros estudios superiores en vista de sus éxitos académicos, demostró que tenía programada su tarea: — «Sin grado mayor te incapacitas para ocupar en la Iglesia ciertos cargos desde los que podrías ser muy útil». Y otra utilidad quería ya: — «Pues por eso no me gradúo. Para procurar y promover el bien, según Dios me lo inspire, para desarrollar y organizar el celo y el fervor de la mujer cristiana, no necesito grados mayores...»



*Convento
carmelitano del
Desierto de
las Palmas*



*Ermita
de Santa Teresa.
Desierto
de las Palmas*

En la morada de las almas grandes

Descubrió el silencio tal vez en Montserrat. Pero lo gustó y lo recreó en el Desierto de las Palmas, en Benicasim. Fue el lugar preferido para sus descansos y retiros ya desde los años de seminarista.

Ahora el mar inmenso y atractivo, sustituye a su río de Vinebre. La montaña y el cielo continúan entrando a raudales por sus ojos cansados del polvo y de los libros.

En Benicasim hay turismo hoy día. Entonces aún había silencio. Enrique, además, llevaba el suyo, su silencio, la morada de las almas grandes «donde Dios descubre grandes secretos y gracias». Por eso en el Desierto de Castellón encontró esa paz que le permitía oír en medio de sus días — los que amó, aunque difíciles, ateos y revolucionarios — la voz del Señor que apremia, la voz de los hermanos que solicitan, la voz de su conciencia que reclama.

En la vida regular de aquellos monjes del monasterio carmelitano conoció más a Santa Teresa. En las horas de contemplación en sus ermitas de la montaña, gustó más de la oración y fue preparando su espíritu a la lucha que le esperaba.

Pero el silencio le volvió a llevar a Montserrat. Esta vez sin huidas y «despidos». Con la alegría de una fiesta familiar.

Ungido para siempre

Las bóvedas de aquella querida basílica estaban respondiendo, a la distancia de trece años, a la opción generosa de aquel niño: «SERÉ SIEMPRE DE JESÚS». Ahora sonaría el órgano y cantarían los escolanes. Los hombres no sabemos cuál es la hora más importante de una vida. Cuando nos parece que lo es, lo publicamos a voz en grito.

María otra vez. Y su madre.

«A vuestras plantas, ante vuestro altar, resolví ser ministro de Jesús, sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec, y en vuestro altar

Cáliz de la Primera Misa



celebré la Primera Misa, el día del Rosario, 13 años después... Sólo un vacío notaba: la presencia visible, corporal, de mi buena madre de este mundo. Pero, ¿qué importa? Allí estaba presente su espíritu, alentaba en medio de tan espléndida función. Al entreabrirse los cielos para bajar por primera vez a mis manos el Hijo de María, asomáronse por sus puertas mis buenas madres, María Inmaculada y Micaela. Y se gozaron con este nuevo y divino espectáculo. Razón tenían. A ellas se debía. Les di gracias y siempre he conservado en mi corazón tan dulce recuerdo».

Nadie sabe la suma de pasos y de conquistas que un joven ha tenido que dar para llegar a adulto. Ni las piedras del río los golpes que necesitaron para redondearse. El seminarista llegó al Altar después de recorrer terrenos ásperos: órdenes menores, en 1865, en Barcelona, Subdiaconado, un año después. Fuertes exigencias en unos Ejercicios Espirituales que contagiaban santidad, porque el Director — San Antonio M.^a Claret — la tenía.

Ahora, en la hermosa basílica mariana, un nuevo sacerdote levantaba sus manos con temblor porque ya no eran manos de hombre solamente. Y con ellas era su corazón y su vida las que se elevaban, sin dejar sus caminos de tierra y lodo. En ellos tenía que vivir para hacer CONOCER Y AMAR A CRISTO el nuevo SACERDOTE Y MAESTRO.

IV





CUANDO EL HOMBRE SE HACE DON

«Monseñor, caminemos con los niños»

Es peligroso andar desorientado. Las fuerzas del mal conocen el peligro y procuran esquivarlo. Se organizan. ¿Los hijos de las tinieblas siempre más sagaces que los de la luz? En algunas ocasiones la Historia parece demostrarlo.

1867. Enrique ya es sacerdote. Un año después, estalla la Revolución, se destrona a Isabel II y la República estrena de nuevo su «democracia» con el ansia demoledora con que suele empezar. Tortosa es un buen escenario. Se expulsa a los jesuitas el 1 de octubre, se cierran los dos Seminarios. La libertad de enseñanza tiene sus dificultades. Y sobre todo, el ambiente se ha enrarecido y los niños se han contagiado.

Era ya profesor de Física y Matemáticas en el Seminario y ejercía su vocación de maestro en medio de un ambiente hostil para las vocaciones.

Empezó también otros ministerios sacerdotales que le iniciaban en su vida apostólica.

Y después de un largo retiro en el Desierto de las Palmas, el verano del 68, se complicaron las cosas.

El Seminario ocupado por los revolucionarios. Los seminaristas, devueltos a sus casas. El profesor de Matemáticas tiene un compás de espera que le marca su Obispo. Deberá permanecer el curso 68-69 en su pueblo natal.

Y fue allí donde organizó su plan.

El nuevo curso encontró al sacerdote dispuesto a renovar Tortosa. Esta vez los hijos de las tinieblas no podían triunfar.

Fueron niños, centenares de niños, los que renovaron el ambiente.

**Obras apostólicas realizadas desde
su Ordenación sacerdotal en 1867**



Ya llegaría su turno a los mayores. Y precisamente por medio de aquellos pequeños testigos.

El Obispo, Dr. Vilamitjana, sonrió cuando aquellos planes que el joven sacerdote le propuso un día, empezaron a resultar estratégicos. Caminando con los niños, la ciudad se limpiaba de sus manchas sombrías porque aquellos ojos infantiles y aquellas voces nuevas eran un contraste que dolía a unos y enternecía a otros. Como el grito entusiasta de «Ave María Purísima» que apagaba la nueva manera de saludar de los serenos: «Viva la Soberanía Nacional».

Las Catequesis fueron su primer trabajo apostólico en gran escala. El barrio de pescadores fue cambiando. Las madres se alegraban de ver que los chiquillos, con el fervor de sus cantos y oraciones, transformaban poco a poco las costumbres. Cada día acudían en mayor número.

Catequista. Enrique de Ossó tenía alma de maestro. Pero su magisterio nacía de aquel grito infantil que no podemos olvidar: SERÉ SIEMPRE DE JESÚS. Y eso tiene fuertes exigencias apostólicas. Maestro, sí, para hacer conocer y amar a Cristo, para hacer que los niños respiren el aire puro de una doctrina que eleve sus mentes y sus corazones. Maestro para hacer de los niños esos «gérmenes de renovación cristiana» que su alma de apóstol requiere para Tortosa, para España, para el mundo entero.

Y las calles se llenaron de niños nuevos, para que también la sociedad se hiciera nueva y se empezara por ahí la conquista. Más de mil niños llegaron a formar las Catequesis de aquella ciudad, todos los domingos.

La «Guía práctica del Catequista» — preciosa obra de alto valor pedagógico, que escribió para ellos — habla claramente de una labor organizada con la cabeza y el corazón de un hombre enamorado de Dios.

Ya nadie detiene la flecha

Se ha lanzado hacia el blanco: CRISTO y la extensión de su Reino. Y ya nada ni nadie le puede detener.

Es una larga cadena de cansancios y empeños, de ilusiones y promesas que van haciendo al apóstol.

Los niños irán creciendo, y han de encontrar cauces en su juventud. En los pueblos y en las provincias pequeñas son muchas veces fuerzas latentes que aprovecha el más diestro. Y Enrique conoce, porque está cerca, la riqueza idealista y entusiasta de unos años jóvenes.

La prensa fue su primer agarradero. Le gustarán los caminos del periodismo.

«El Hombre» era una de esas publicaciones contrarias a los empeños de reforma que Enrique se había propuesto. Instrumento de la Revolución, que debería hacer reaccionar rápidamente, si había hombres capaces de hacerlo. Y los hubo. A la cabeza, Ossó. Un grupo de jóvenes a quienes la aventura entusiasma, serían los agentes. Y la pluma del sacerdote, con la ayuda de sus amigos, creó una nueva publicación: «El amigo del Pueblo». Don Manuel Domingo y Sol colaboró con él. El año 1871 vio salir a la luz el periódico. Y ese año fue testigo también de la extraordinaria capacidad de trabajo que iba desarrollando cada vez más el P. Enrique. Hasta garra periodística llegó a conseguir rápidamente para luchar en el mismo campo. Y sobre todo lo que hoy llamamos «trabajo en equipo». Tenía, como una agencia de prensa, sus células hábiles que se infiltraban para conocer los temas del periódico antes de su edición y combatirlos — con la fuerza polémica del siglo XIX — en el próximo número de «El amigo del Pueblo». Abril del 72 vio morir aquella publicación porque la censura tiene el signo que se le quiera dar. Y «El amigo» lo comprobó. Pero no murió el afán periodístico de don Enrique, ni mucho menos su ardiente espíritu de vanguardia.

Los jóvenes estaban ya conquistados.

Con ellos, se llenaría la iglesia de San Antonio en donde celebraría su culto mariano la Asociación de Congregantes de la Purísima. Eran jóvenes labradores. Buenos, sencillos, que ponían en la Madre su esperanza y ayudaban a la renovación de su ciudad.

Ya tenía una buena legión de niños: los de las Catequesis.

Un puñado de jóvenes valientes: los congregantes.

Teresa de Jesús no ha perdido su puesto

Allí estaba, agrandando su figura en el corazón de Enrique. Desde aquellas lecturas infantiles en las obras que le regaló su tía, habían pasado muchos años de oración, de estudio, de fundirse en uno los espíritus de aquellos dos seres extrañamente afines: Teresa de Jesús y Enrique de Ossó.

Tortosa se iba a llenar de ese influjo teresiano que cambiaría su faz. La Santa de Ávila había entrado con fuerza y entusiasmo en tierras catalanas. Durante muchos años permanecería allí, y desde allí irradiaría su vida y su doctrina a España entera.

Fue obra, sin duda, de mosén Enrique.

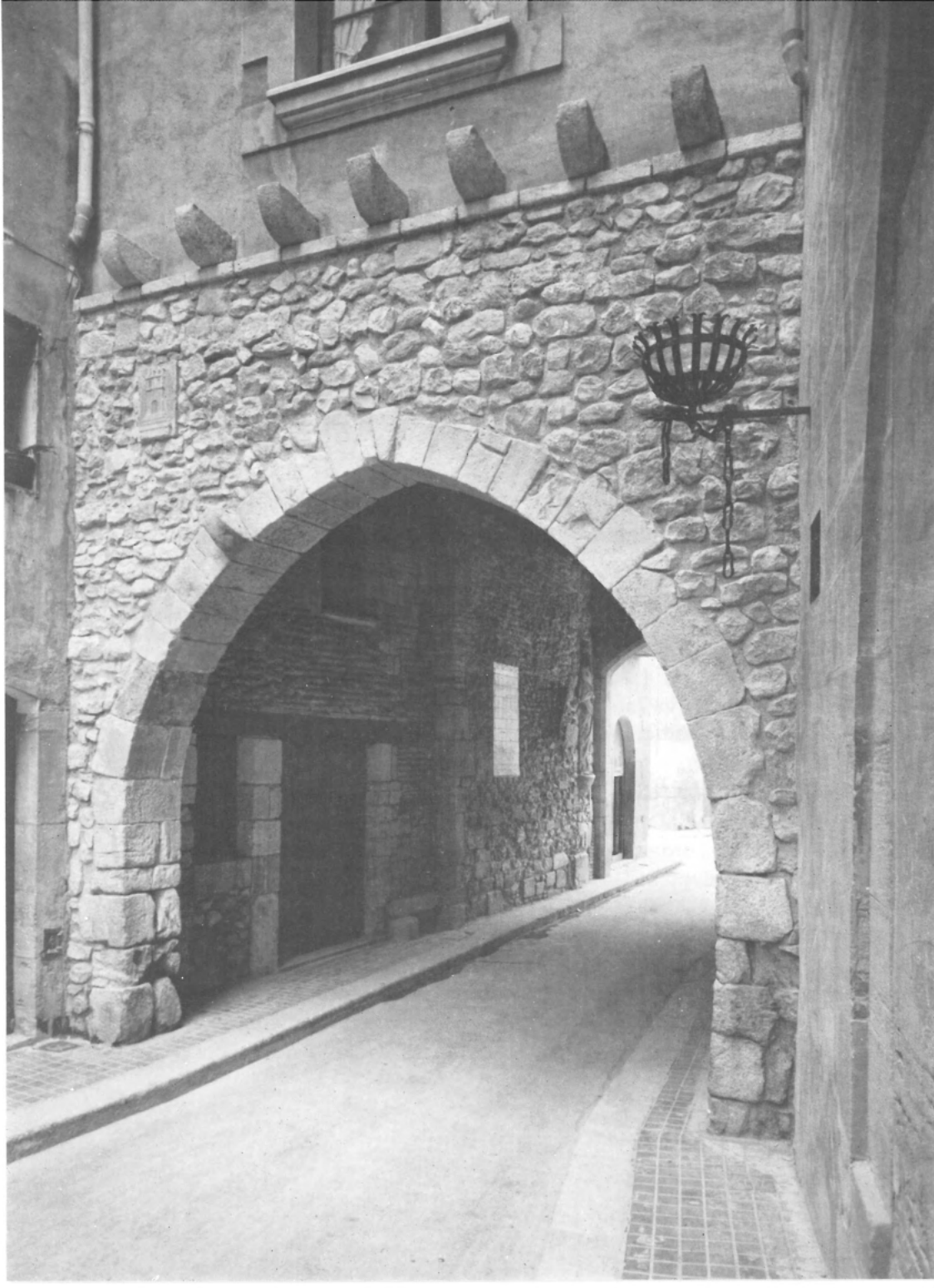
Ya había aprendido cómo se pueden propagar fácilmente las ideas y las costumbres. Sus ensayos de periodismo fueron los que marcaron la pauta.

Ahora las letras de molde llevarían el mensaje que desde entonces constituirá uno de los móviles más fuertes de su existencia: «Salvar a España y al mundo por la influencia de una mujer: Teresa de Jesús».

Y creó la «Revista de Santa Teresa». Ése fue el primer paso. Hasta su muerte no abandonará ya jamás esa tarea de escribir para todos lo que aprendía en soledad. Porque ésa será su misión, y su nombre — «El Solitario» — lo confirmará.

La Revista tuvo una capacidad difusora increíble. Llegó a todos los confines de España y a muchos del extranjero. Movié multitudes a la acción y al esfuerzo, organizó fuerzas, notificó avances, mentalizó masas y formó espíritus selectos. Un instrumento extraordinario para el teresianismo de Ossó.

El gran apóstol empieza a transformar con su acción, y sobre todo con su espíritu, a Tortosa. Es la actividad sobrecogedora que no puede explicarse sin una potencia íntima que hace brotar con naturalidad lo que es obra de la gracia. Retiros, novenas, predicación continua, confesonario, pluma. Y Teresa de Jesús en el centro de su actividad y de su corazón.



Arco del Vall. Tortosa

«¿Habrá alguna que no responda al llamamiento?»

Resuena un grito apostólico en la bóveda del templo tortosino de San Antonio. Hay 300 jóvenes agrupadas aquel 12 de octubre de 1873. En el sexto día de la solemne novena a Santa Teresa.

Enrique de Ossó ha concebido un nuevo plan y se decide a ponerlo en marcha. Ahora está entrando ya en el meollo de su carisma: la mujer. Por ella ha de reformarse la sociedad. Ella es el corazón de la familia y el corazón ha de estar sano para irradiar salud a todo el organismo.

El Obispo ha contemplado sorprendido esa nueva iniciativa de aquel hombre incansable y la ha bendecido porque sabe que sólo algunos seres enviados por Dios son capaces de cambiar una ciudad. Y él está viendo que el cambio es un hecho. Los niños, los jóvenes, la prensa... y ahora la juventud femenina, con la que se había contado tan poco. Asociaciones, sí que existían. Pero era un movimiento con garra inesperada lo que proponía a aquella juventud: apóstoles en el propio ambiente.

Anuncios proféticos del Vaticano II parecían oírse en aquella tarde de octubre bajo las bóvedas del templo. Las 300 jóvenes captaron la exigencia de un llamamiento en la vanguardia seglar: «No se trata de que entréis monjas, ni siquiera de cargaros con nuevas obligaciones o de imponeros duros sacrificios; no se trata sino de que seáis cristianas de veras».

Y solamente con esos grupos selectos de exigencia, era posible cambiar a la sociedad. Grupos de mujeres. Precisamente. Una promoción inesperada para ese siglo y en esas circunstancias. Por la fuerza de un atractivo y una virtud absolutamente femeninas. Supo de su influencia porque supo de su realidad: «Corazón de la familia, reina del hogar... El mundo ha sido siempre lo que le han hecho las mujeres».

A Enrique le gustaban los simbolismos. Lo aprendió de Teresa. Y la imagen del fuego que se apaga en una sociedad atea, le lleva a gritar en busca de «una mano que avive la llama acercando combustible»: las jóvenes formadas en el teresianismo.

Un castillo de buenos cristianos será también símbolo de la nueva juventud. Desde ahí, con sus armas — oración y lectura de Santa Teresa — conquistarán el mundo.

SANTA TERESA DE JESUS.

REVISTA MENSUAL

DEDICADA

A PROPAGAR LA DEVOCION A LA SANTA POR MEDIO DEL CONOCIMIENTO DE SU VIDA Y ESCRITOS ADMIRABLES,
PARA ALCANZAR DE CRISTO JESUS,

por su poderosa intercesion,

EL TRIUNFO DE LA IGLESIA, LA PAZ DEL MUNDO Y LA PROSPERIDAD DE ESPAÑA,

bajo los auspicios

del Ilmo. Sr. Dr. D. Benito Vilamitjana y Vila, obispo de Tortosa,

Y LA DIRECCION

DEL PRESBITERO D. ENRIQUE DE OSSÓ,

catedrático del Seminario conciliar de la misma.

Asegúreme Jesucristo que el me prometia que ninguna cosa le pidiere que no la hiciese. (*Palabras de santa Teresa de Jesus*).

Es expresa voluntad de Cristo Señor nuestro, que sea muy honrada santa Teresa de Jesus, no solo de los españoles, sino de toda la cristiandad. (*Palabras de Maria santísima á la venerable Francisca del santísimo Sacramento*).



En adelante como a verdadera Esposa velaras por mi honor; ahora ya eres mia y soy tuyo. (*Palabras de Jesus á su predilecta Teresa*).

Innumerables eternidades no serian bastante largas para dar á Dios las debidas gracias por la merced que nos ha hecho dándonos a la seralica doctora Teresa de Jesus (*Faber*).

O Charitatis victima!
Tu corda nostra concrema,

Tibique gentes creditas,
Averni ab igne libera.

(Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica).

BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1872.

Aquella noche algunas de esas jóvenes no pudieron conciliar el sueño hasta muy tarde. Tenían clavadas en su alma aquellas palabras de mosén Enrique: «¿Habrà alguna cobarde que no responda al llamamiento?»

Hacer conocer y amar a Cristo

Sí que era algo nuevo entre la juventud femenina. Se trataba de un apostolado y en aquellos momentos el mundo seglar no se sentía llamado a una tarea que el Concilio Vaticano II ha encauzado claramente.

Cristianas nuevas «miembros vivos de la Iglesia, injertadas en Cristo... que vivan en Cristo, estén unidas a Él íntimamente en caridad, vivan su vida, en una palabra, le conozcan y le amen; le hagan conocer y amar».

Y era nuevo también por su carácter «teresiano». Esto tiene su trasfondo de acción bien pesada y medida. Enrique de Ossó había encontrado en una mujer castellana el modelo perfecto de lo que debía ser la mujer española. Y como ella, quería contagiar al mundo de un amor ardiente a Cristo haciendo que «otras Teresas de Jesús» le hicieran conocer y amar.

Y los pueblos de Cataluña y Levante, en especial, se llenaron del influjo de una juventud femenina nueva y renovadora: las «teresianas».

Habían tenido como todas las obras de Dios unos comienzos sencillos. Porque aquellas 300 jóvenes que le escucharon, fueron el día 15 de octubre espectadoras. Bueno, solamente 293. Siete ocupaban los primeros reclinatorios junto al altar. Allí renovarían solemnemente sus promesas bautismales en un anticipo de las actuales «Pascuas de juventud».

Nacía la Asociación teresiana.

Un día no lejano iba a ser la ARCHICOFRADÍA DE MARÍA INMACULADA Y TERESA DE JESÚS y llenaría las parroquias de imágenes de Santa Teresa, mientras llenaba también los corazones de amor a Cristo y a María.

Desde entonces fue uno de los apostolados preferidos de don Enrique. De ahí nacerían otras dos obras del futuro. Y la Revista de Santa Teresa llenaría muchas páginas con las actividades, escritos y crecimiento de la



«Fueron niños los que renovaron el ambiente»

juventud teresiana. Su brazo derecho, constituirá una fuente de las más puras alegrías de Ossó hasta su muerte.

Hoy, otras jóvenes y otro nombre: Movimiento Teresiano de Apostolado (M.T.A., rama juvenil). Idéntico «llamamiento», y los mismos ideales que tuvo en sus comienzos: ser cristianas auténticas, en el propio ambiente. En tiempo de don Enrique llegaron a formar una verdadera legión: más de 130.000 asociadas.

Había tenido garra aquel «llamamiento» a la generosidad.

Sólo quince minutos

Hoy en el oratorio de un colegio teresiano suele haber un grupo de alumnos al terminar las clases. Tienen en su mano un libro: «El Cuarto de Hora de Oración», de Enrique de Ossó. Leen, cierran sus páginas y sus ojos, y vuelven a leer para cerrarlos otra vez. Al salir, les pregunto:

— ¿Qué hacíais?

— El Cuarto de Hora. Somos del M.T.A. —. Es la única explicación. Y basta.

Fue un compromiso y lo sigue siendo. Casi diría un carisma. Enrique pensó en la oración como clave de una vida cristiana para que pueda sostenerse. Huía de la vulgaridad como por instinto. Y sólo se logra grandeza en contacto con lo grande. Teresa de Jesús le contagió su afán de enseñar a orar a todos. Y desde las páginas de la Revista, estableció su cátedra.

Las primeras discípulas eran aquellas jóvenes que habían escogido como arma fundamental la oración. Sí, ya sabía que tenían que luchar en medio del mundo. Que su vida no tendría la dedicación exclusiva de un claustro. Pero supo encontrar una fórmula de eficacia. Un cuarto de hora. Sólo un cuarto de hora diariamente. ¿Y quién no es capaz de sacar 15 minutos de los 1.440 del día?

Dadme cada día un cuarto de hora de oración y yo os daré el cielo.

VIVA JESUS DE TUDESA.
EL CUARTO DE HORA DE ORACION
 DE LA SAGRADISIMA VIRGEN Y DOCTORA
SANTA TERESA DE JESUS
 BENEDICION DEL CORDON DEL NIEVE
 por el presbitero D. ESTEBAN DE JESUS
 director de la Hermandad.

La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)
 La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)
 La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)

Con apostolado eclesiástico.

VALENCIA:
 Imp. de M. Alcaraz, (Corredo, 17,
 1878).

VIVA JESUS DE TUDESA.
EL CUARTO DE HORA DE ORACION
 DE LA SAGRADISIMA VIRGEN Y DOCTORA
SANTA TERESA DE JESUS
 BENEDICION DEL CORDON DEL NIEVE
 por el presbitero D. ESTEBAN DE JESUS
 director de la Hermandad.

La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)
 La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)
 La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)

Con apostolado eclesiástico.

VALENCIA:
 Imp. de M. Alcaraz, (Corredo, 17,
 1878).

VIVA JESUS DE TUDESA.
EL CUARTO DE HORA DE ORACION
 DE LA SAGRADISIMA VIRGEN Y DOCTORA
SANTA TERESA DE JESUS
 BENEDICION DEL CORDON DEL NIEVE
 por el presbitero D. ESTEBAN DE JESUS
 director de la Hermandad.

La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)
 La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)
 La tierra está desolada
 porque no hay quien la
 cultive. (Mt. 12, 1.)

Con apostolado eclesiástico.

VALENCIA:
 Imp. de M. Alcaraz, (Corredo, 17,
 1878).

Con esta sencilla fórmula — slogan, diríamos hoy — creó una maravillosa costumbre, eficaz para crecer hacia dentro. Muchas jóvenes durante una serie de generaciones han vivido el slogan y han hecho cada día oración, aunque sólo sea durante quince minutos, sólo quince minutos.

Empezando con tiempo

Las calles de Tortosa se han llenado de vida nueva con los niños de las Catequesis. En el barrio de pescadores ha hecho una auténtica pesca de corazones con los gritos fervorosos de sus niños. Pero ahora tiene que seguir adelante lo que con tanta exigencia ha propuesto a un grupo de jóvenes. La Archicofradía le ha enseñado la necesidad de empezar con tiempo a formar niños con ilusión de más. Más entusiasmo, más servicio, más oración. Serían la pequeña legión que se prepara.

Y nacen los REBAÑITOS DEL NIÑO JESÚS.

El nombre puede chocarnos, pero es propio de un momento histórico. Tenía su fundamento, porque lo formaban pequeños grupos de niñas con una «Pastora» al frente.

En la plaza de uno de aquellos pueblos de Cataluña se oyen voces infantiles:

«De Jesús soy ovejita
y es mi estandarte la cruz.
Siempre mi grito de guerra
ha de ser ¡Viva Jesús!»

Llevar en hombros una imagen del Niño, su Pastor, y recorren las calles cantando. Es el día de su fiesta eucarística. Cuando lleguen a casa habrá un gozo inmenso en sus corazones, y tendrán que comunicarlo. El niño, más aún que el hombre maduro, necesita los signos externos y disfruta sintiendo y expresando lo que siente.

Mosén Enrique contempla la larga fila satisfecho. Al terminar la ceremonia se acerca una de aquellas «ovejitas».

— Mosén, mi padre necesita hablar con usted. No quería dejarme venir a los Rebañitos y... bueno; la verdad es que no es mi padre el que necesita hablar, soy yo la que necesito que hable usted con él.

Y corre feliz a jugar con sus compañeras.

Mosén Enrique tendrá que decirle a su padre: — «¡Cuánto nos enseñan estos pequeños!» Y a lo mejor el padre se resigna a aprender...

Infatigable

Van creciendo los grupos de niños, van creciendo los grupos de jóvenes. Y crecen los contagios. Y hasta crecen las fuerzas de ese hombre que no se sabe de dónde saca tantas para seguir trabajando.

Ahora escribe, predica, viaja incansable, confiesa y... propone. Su creatividad apostólica es la expansión necesaria de su celo.

Porque ahora les ha de llegar el turno a los hombres.

Sí, a los padres de aquellos niños que sin saberlo daban lecciones. El sacerdote quería llegar ahora directamente a sus hogares. Y San José era el mejor modelo de un padre de familia, de un trabajador y de un espíritu selecto.

Las iglesias tortosinas primero, y después las de Cataluña entera, reboaban de culto. Mosén Enrique se dividía. Había que atender a los Rebañitos con sus cantos y sus gozosas celebraciones, a los Catequistas, a las jóvenes que cada día pedían y daban más, a los congregantes de María y ahora a los hombres de LA HERMANDAD JOSEFINA.

Supo escoger al modelo, José, y supo alentar a los miembros de la Hermandad en una tarea también renovadora.

Descristianizar un ambiente es fácil. Con dejarlo a su aire, desciende rápidamente y su materialización lo aleja del Evangelio.

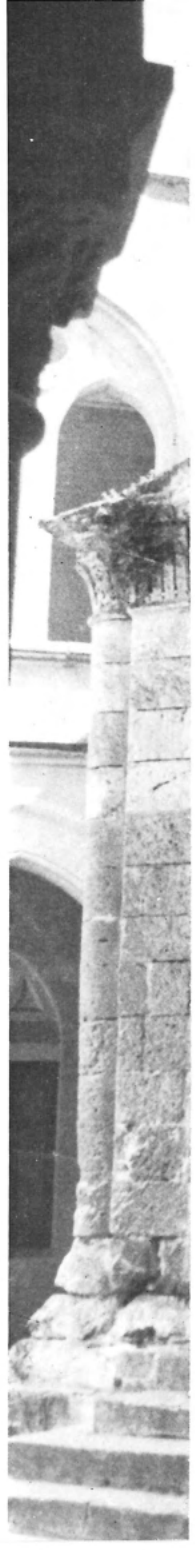
Después, sólo los hombres de talla lo pueden elevar de nuevo. Y esos hombres hay que buscarlos en la minoría exigente. Formando a aquellos trabajadores que conocían el sudor y la fatiga, enseñándoles a amar su vida de trabajo, su hogar, su misión, estaba cristianizando.

Estamos en el año 1876. Escalando la cumbre de su actividad apos-

tólica. Un mes, por ejemplo: el de julio. Los trenes agotadores de finales del siglo XIX, en sus recorridos por Cataluña y Levante, deben conocer ya la figura de aquel sacerdote que marcha de un pueblo a otro sin tiempo para descansar. Puede recorrer, por ejemplo, para establecer la Archicofradía en ese mes, Corbera, Gandesa, Mora de Ebro, Caseras, Batea y Nules. Dar Ejercicios Espirituales en Fatarella, Vinaroz y La Cenia, predicar o levantar el entusiasmo de jóvenes en Calaceite, Alcalá de Chisvert, Cherta, Aldover, Mora la Nueva y Villalba.

Y no está más que al principio de la carrera.

V





UNA HORA DECISIVA

«Qué buenas discípulas... si hubiera un buen maestro»

No sabemos si faltaba maestro para unas discípulas o maestras para unos niños. Tal vez ambas cosas.

Vayamos a los hechos:

Doña Magdalena Mallol es una señora con deseos de hacer el bien, que vive en Tarragona. Dirige allí varias escuelas de Primaria.

La tarea de educar es dura y requiere abnegación. Doña Magdalena ve crecer sus escuelas y necesita ayuda. Jóvenes que deseen introducirse por los caminos del Magisterio y a las que ella facilitará los medios: libros, horas de estudio y prácticas con los niños. Una pequeña escuela doméstica de profesorado.

Un buen día conoce a mosén Enrique en una de sus visitas. La Archicofradía se está extendiendo cada día más. El sacerdote Ossó no pasa desapercibido en aquellas tierras catalanas y se sabe que bajo su dirección hay jóvenes con ideales. Doña Magdalena tiene ideales, pero le falta juventud.

Fácilmente se ponen de acuerdo. Allí, en Tarragona precisamente, había un espléndido equipo de «teresianas» que se tomaban en serio la vida. Ella, doña Magdalena, se comprometía a formarlas y a sostenerlas económicamente; al mismo tiempo la ayudarían haciendo prácticas en sus escuelas.

Dolores Llorach fue la primera. Venía de Godall, en donde vivía con sus padres. Su entusiasmo, grande; sus ilusiones, inquebrantables. Era un nuevo apostolado que se abría ante sus ojos y la llenaba plenamente. Detrás de ella, otra y otra. Hasta siete.



*«Formar a la mujer
según el espíritu de Teresa de Jesús...»
(Escultura de R. Lapayese)*

Semanas después las cosas fueron cambiando de modo alarmante.

La buena voluntad no basta en muchas ocasiones. Y obligada, seguramente por las circunstancias, doña Magdalena va aumentando las horas de servicio y disminuyendo las de estudio y formación. Las jóvenes maestras se encuentran muchos días con la angustia de su falta de saber, su futuro incierto y sus ilusiones frustradas.

Empieza a cundir el desánimo.

Un buen día se alegran los rostros de las aspirantes al Magisterio porque mosén Enrique está de paso en Tarragona. Había que hablarle claro.

Se encarga Dolores Llorach.

— Mosén, no sabe los grandes trabajos que pasamos y el desaliento al ver que no hemos hallado lo que buscábamos y por lo que habíamos dejado nuestras casas...

El Padre les abre el corazón, infundiendo esperanzas. Pero en el corazón del Padre, se ha abierto una brecha.

No es fácil enseñar a vivir

Y se quedó con esa abertura en el alma. Enseñar. Lo había soñado en su infancia. Sabía de la influencia de este trabajo. Él lo estaba realizando en su cátedra del Seminario. Y gozaba con aquellos adolescentes de los primeros años de formación. Pero un hombre no llega más que a unos pocos...

Alguien estaba ya vibrando entusiasta por este campo de la enseñanza. En las páginas de la Revista de Santa Teresa se refleja cada vez más el problema. La Institución Libre de Enseñanza es un hecho, justamente desde ese mismo día. Buena labor pedagógica, sin duda. Pero laicismo, ausencia de Dios como síntoma de una nueva postura ante la vida. Y la «neutralidad» en los niños es un arrancarles de los más santos valores para los que están hechos.

Giner de los Ríos ha tenido la audacia de institucionalizar un estilo, una visión pedagógica, que sólo así puede prolongarse en la Historia. Los hombres mueren; sus obras, se prolongan.

Don Enrique tiene, de momento, un gran amor a los niños, una esperanza inmensa en la mujer y una fe inquebrantable en Jesucristo. Con eso se puede empezar a caminar.

Allá en Tarragona un grupo de jóvenes que tenían puesta la confianza en él. España «doliéndole» en el fondo de su ser y niños, muchos niños, que serían su futuro, pero que ahora vivían un presente que era preciso atender.

Cuando al atardecer del 1 de abril, centenares de aquellos niños se reunieron para una celebración de acción de gracias a San José, el Padre se quedó pensativo contemplando sus filas. Estaban empezando a vivir. De las enseñanzas que recibieran, dependería su futuro.

«Sois como una tabla rasa en la cual nada hay escrito. En ella se pueden escribir cosas muy buenas, como son las verdades y virtudes, o cosas muy malas, como son los errores y los vicios».

¿Qué se escribiría en aquellos corazones?

Los anhelos no duermen: madrugada del 2 de abril

La ciudad de Tortosà está durmiendo. Hay silencio en sus calles y en sus casas. Pero hay gritos interiores que estallan en esas horas del reposo y llenan después siglos de existencia.

En la vida de Enrique de Ossó hay dos noches históricas que constituyen el primero y el último eslabón de una cadena de fidelidades. En la noche de este domingo de Pasión se abre un camino lleno de gozos y de sufrimientos. En la noche del 27 de enero, muchos años después, se abrirá la puerta de un encuentro definitivo con la VERDAD.

No duerme, aunque, como de costumbre se ha entregado al reposo. La preocupación por las maestras de Tarragona le ha desvelado.

Sencillamente, como nacen muchas veces las obras de Dios, vino a su mente, golpeando en ella con insistencia, esta idea clara y precisa:

«UNA CONGREGACIÓN CON EL TÍTULO DE COMPAÑÍA DE SANTA TERESA dedicada a la enseñanza para regenerar al mundo educando a la mujer según el espíritu de Santa Teresa de Jesús».

«Tanta impresión hizo en mí este pensamiento, que me obligó a levantarme de la cama y tomando la pluma escribí los siguientes borrones, que contienen perfectamente el plan de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.»

Así lo recordaba el P. Enrique cinco años después. Y así lo recordará toda su vida.

Sí, tuvo que levantarse y escribir, dejar constancia de una llamada misteriosa de la gracia que llamamos INSPIRACIÓN.

¡COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS!

Empezaba un nuevo caminar para el hombre de Dios que quería contagiar y prolongar su primera opción definitiva: SER SIEMPRE DE JESÚS.

Qué claramente se había presentado ante él este nombre que era ya un símbolo y una postura.

¡COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS!

Y era también perfectamente clara la motivación y el objetivo. «Regeneración del mundo, en especial de nuestra España, por la educación de la mujer según el espíritu de Santa Teresa de Jesús.»

En un pliego de doble folio, abierto y escrito en sentido transversal, comenzó a perfilar, como una necesidad expresiva de la honda vivencia, los tres gritos que con toda la fuerza de una pregunta inquietante se le clavaban en el corazón:

«¿Dios lo quiere?

¿Jesús lo quiere?

¿Santa Teresa lo quiere?»

«Parece que sí. Primero por el bien inmenso, radical, universal que se haría formando maestras según el espíritu de Santa Teresa. En diez años se renovarían toda España. La cabeza buena, el corazón bueno, todo bien. Y no es tan difícil con el favor de Dios...»

No; realmente, con aquella dosis de confianza en la mujer, con aquel entusiasmo por Teresa de Jesús y sobre todo con la fe profundísima en Dios, podía empezar la obra como siglos atrás la Santa de Ávila animada con las palabras de Cristo: ESPERA Y VERÁS GRANDES COSAS.

A la mañana siguiente sobre su mesa de trabajo, un amplio pliego abierto contiene un apretado escrito, un plan que en sus líneas generales será el cimiento de una obra hoy centenaria.



Nra Fein y nra Benesa.
Compañia.

¿Quién lo quiere?
Fein " ?
Benesa " " ?

Parece que el Primer por el inmenso bien
radical, infante, universal que se había formado,
las Maestros, según el espíritu de Sta. Benesa
en diez años, se renovarían toda España. La cabe-
za buena, el corazón bueno todo bien. Que es
tan difícil con el favor de Dios porque

2º Lo de Navarra me dice el cor. que es el
principio Providencial cosa. Mi primera vo-
cación Maestro. Mi primer deseo y dolor. Es que
las dominicales. La buena Maestra de Navar-
ra desea lo mismo, me escribe sin conocer-
me, que va preparando el terreno a este fin
sin saberlo el uno del otro. En estos días
al meditar el librito de Caladras es mi fin
enfanzar con empeño la escuela dominical
y es uno de los fines que propuse al fundar
las Benesianas.

3º Es el complemento de la Congregación
de Donnas católicas. En que bien se darían
la mano. 'cuantos milagros veríamos!'
Cuán pronto regenerado el mundo, España
en especial!

Dios lo quiere.....

Fein de Benesa lo quiere.....

Benesa de Fein lo quiere.....

S. José y María lo quieren.....

Dos días después lo enviará a su director espiritual don Jacinto Peñarroya. Necesita la confirmación de la obediencia. Será el sello de autenticidad.

Mi estimado don Jacinto: Examine este informe-proyecto. Medítelo y vea si Dios quiere que se pase adelante en ocasión oportuna, o que se tenga en cuenta. ¿Le parece que lo vea el Prelado, o desecharlo? Quedará cualquiera que sea su resolución, tranquilo, su afectísimo que espera sus órdenes:

Enrique

Día del cumpleaños del Bautismo de Santa Teresa de Jesús (4 de abril de 1876) Tortosa.

Piedras que sostengan la obra

Supo hacerlo. Buscarse un puñado de mujeres que empezasen a caminar a lo Teresa de Jesús.

Mujeres de una postura:

animosas y dispuestas a trabajar «con todo ahínco» no sólo en la propia perfección sino para celar también la honra de Cristo Jesús, extendiendo el Reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo. POR LA ORACIÓN, ENSEÑANZA Y SACRIFICIO.

Mujeres de un deseo:

ser las primeras en el mundo en conocerse y conocer a Jesús, amarle siempre y hacerle amar por todos los corazones con María, José y Teresa de Jesús.

Mujeres de una divisa:

¡Viva Jesús y muera el pecado!

Mujeres de una aspiración:

ocupar un lugar preferente en el Corazón de Jesús, suspirando por lo mejor, lo más santo, lo más perfecto, por lo que haya de dar más honra a Jesús.

Mujeres que lo dan todo:

su caudal de bienes naturales y sobrenaturales en lo que haya de fomentar más y mejor los intereses de Cristo.

Y todo eso con un medio: EDUCANDO A LA MUJER SEGÚN EL ESPÍRITU DE SANTA TERESA DE JESÚS.

Y comenzó a dirigir sus pasos vacilantes desde aquella primera «inspiración» ya bendecida por la obediencia de su director y del obispo Dr. Vilamitjana.

Alquiló un piso en Tarragona, en la calle de la Bajada del Patriarca. Las reunió para preparar sus armas con unos Ejercicios Espirituales. Y una fecha feliz en la vida y en la obra de Enrique de Ossó quedó para siempre señalada: «23 de junio de 1876». Era el día del Corazón de Jesús.

La sencilla ceremonia de aquellas nueve jóvenes, comprometiéndose a vivir en comunidad EN LA OBSERVANCIA DE LAS REGLAS DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA, y bajo la dirección de su Fundador, tuvo lugar en la capilla de las Religiosas de la Enseñanza, muy cercana al piso alquilado.

Había nacido la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Las piedras tenían que ser buenas para cimientos y hubo que limar, purificar, pulir y hasta podar.

Años de trabajo y santidad contagiada, a golpes de amor y de paternidad, fueron haciendo a aquellas mujeres lo que Enrique de Ossó soñaba y que iría matizando poco a poco con sus palabras y escritos.

En el piso de la calle de San Pablo, a donde pronto se trasladaron, se vivían aquellas primicias de una vida consagrada que el Fundador modelaría año tras año.

Cuidó de su obra hasta en los más mínimos detalles como un artesano de la santidad.

Cimientos de pobreza material — como en todas las obras de Dios — pero de una riqueza espiritual extraordinaria. Las quería santas y sabias y tenía que darles los medios.

El tren y la diligencia tuvieron ahora muchas más ocasiones de conocer a mosén Enrique. El Seminario lo requería en Tortosa. Sus nuevas hijas en Tarragona y un número cada vez mayor de solicitudes apostólicas en distintos puntos de España. El Padre se dividía para llegar a todo con la fuerza de un entusiasmo que sólo el amor de Cristo, apremiando, podía alentar.

La secularización de la enseñanza va abriendo brechas en el campo de la niñez. Pero allí, escondidas, en un pequeño piso de Tarragona, un puñado de jóvenes estudian, oran, se sacrifican. Se están preparando «en el silencio y apartamiento del mundo, formando su espíritu, su corazón y su inteligencia al molde de Santa Teresa de Jesús». Luego llevarán anclas. Ahora su Fundador las quiere en retaguardia para que un día puedan «EXTENDER EL REINADO DEL CONOCIMIENTO Y AMOR DE JESUCRISTO POR EL MUNDO, POR MEDIO DE LA ORACIÓN, DEL EJEMPLO Y LA EDUCACIÓN CRISTIANA.»

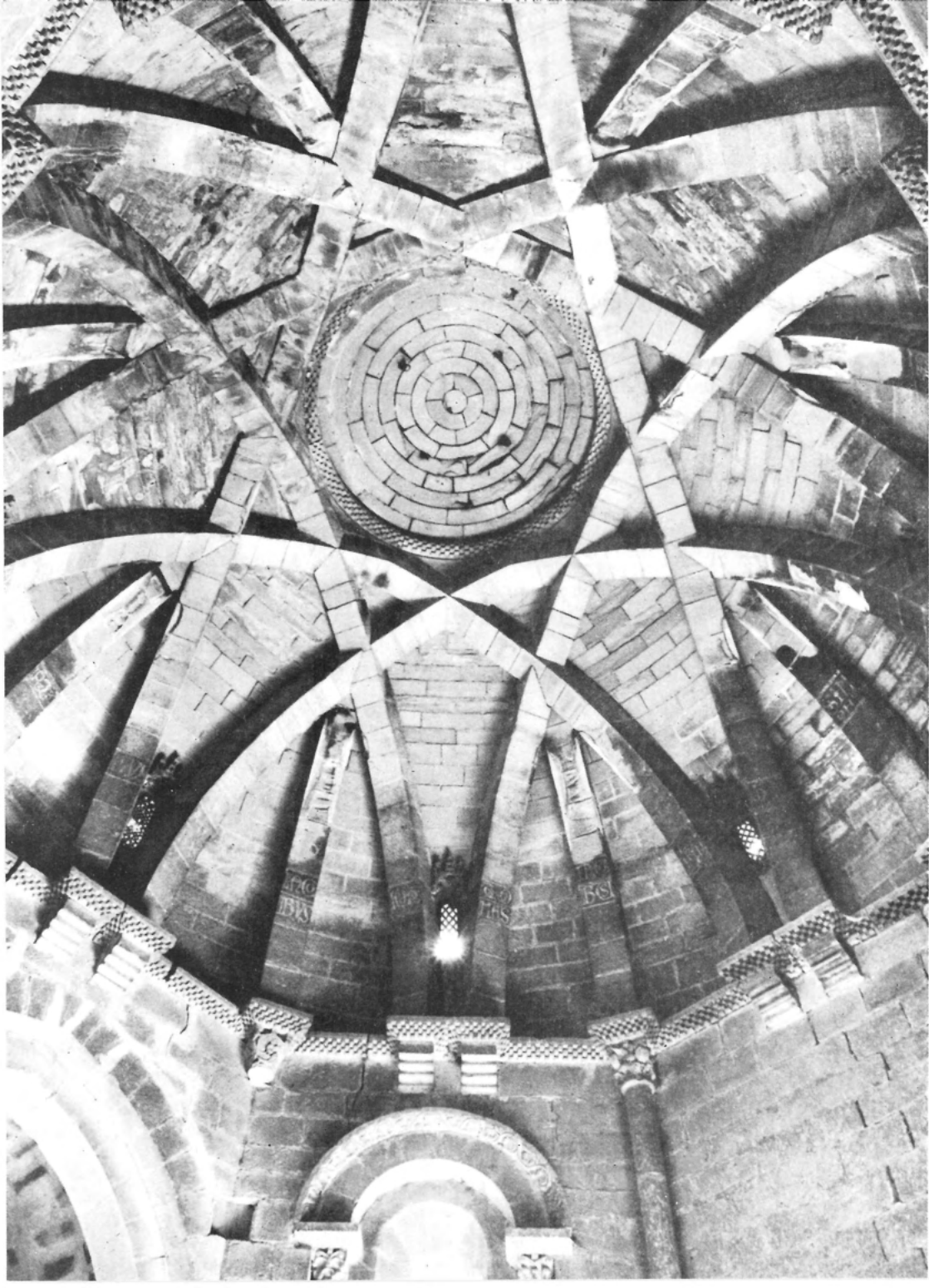
Vamos hacia las mieses

Dos años han transcurrido.

En Vilallonga, un pequeño pueblo de la provincia tarraconense, casi un centenar de niños rodean a las Hermanas que acaban de llegar. Vienen estrenando juventud y entusiasmo. Acaban de conseguir sus primeros títulos oficiales y el Padre las quiere en campaña para que sepan por dónde caminan.

Las cartas serán desde este momento uno de los grandes regalos de su espíritu a las hermanas de la Compañía. Alienta, exhorta, reprende, anima. Comunica su alma de pedagogo y su vida de apóstol.

El curso 1878-79 había empezado y el Sr. Obispo comprendió que la



«Piedras que sostengan la Obra...»

Cátedra de Física era ya una carga pesada para aquel sacerdote que gastaba su vida, sin escatimar un instante, en la causa de Cristo.

Y le eximió de ella. Tenía que dedicarse más de lleno a aquella obra para la que Dios le había designado: LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA.

Dos comunidades ya en formación y una primera «Escuela de Santa Teresa» constituían sus principales desvelos.

Otra fecha llena de alegría para el Padre, que veía caminar con calma, pero con decisión, a su obra querida: 1 de enero de 1879.

La capilla de San Pablo, minúscula pero bellísima en su sobria construcción románica, era el escenario de los PRIMEROS VOTOS de aquellas ocho hermanas que desde aquel momento pasarían a la historia de la Compañía con el nombre de Fundadoras: Teresa Pla, Teresa Guillamón, Saturnina Jassá, Dolores Llorach, Josefa Teresa Audí, Cinta Talarn, Teresa Blanch y Agustina Alcoverro. Mujeres todas de una pieza, que eran necesarias para cimentar con su heroísmo incluso, las ambiciones santas de su Fundador.

Las dos comunidades tenían ansia de caminar hacia la meta: SER OTRAS TERESAS DE JESÚS EN LO POSIBLE. Unas, las que en un simpático y familiar diminutivo llamaba él La COMPAÑIETA, habían tenido su comienzo en Tortosa. Eran aspirantes a la vida teresiana. Ahora, en el piso de arriba constituían el Noviciado. Las recién profesas, abajo, se formaban para salir a la lucha.

Los jalones necesarios para una nueva Congregación iban alegrando la vida del Padre que veía cumplida su vocación de maestro en plenitud cuando ayudaba a aquellas jóvenes a prepararse para serlo.

Estudio y oración. Tenían que aprovechar aquel tiempo que las acercaba a las mieses en las que tenían que trabajar.

Un día fueron institucionalizadas aquellas prácticas que ya eran vida en las jóvenes hermanas. Y les regaló su espíritu y el de la Iglesia en las primeras Reglas que día a día había ido elaborando para ellas.

En los anales de la Compañía, otra fecha más:

El 23 de junio de 1879, en Tarragona, tercer aniversario de la Fundación, formalizóse la Compañía de Santa Teresa de Jesús



Viva Juan y su buena mujer Dolores Horacio.

1491

Buenos

Querido Sr. D. Juan. Le he escrito, hoy, del 1.º de Mayo
a lo mismo q. p. la falta de perfecta organización de la
gracia mit. Juan y su familia, gracias!

Ya os avisaré el día. Preparaos con una
reconocimiento, unánime con Juan y su familia, y
y obrenan a la vez. Reflex.

Devuélvase a su hijo en el buen Dolores D. Juan

Enrique D. Juan

Juan, don Pablo 1843.

Vista a D. Juan y a su familia, de la pluma por la unión
del 1.º de Mayo y otras por el ofreciendo comunión. No es si se da o no
dinero.

con el mayor detalle y extensión de sus Constituciones, presentadas a las hermanas por el Fundador.

Y las vio crecer.

Eran su obra; se iban haciendo con su amor y su esfuerzo.

Han pasado cinco años y puede suspirar satisfecho, porque ya hay nueve casas donde se educa cristianamente a más de mil niños. Aquellas ocho hermanas se han convertido en setenta y se esperan más.

Y sobre todo

La Compañía ve crecer cada día el fervor y unión cordialísima entre todos los miembros... por la oración y el estudio se hacen cada día más aptos.

Las hermanas con sus títulos recién estrenados, estrenan también con entusiasmo la pobreza y las dificultades de cada comienzo. Siempre «los principios son penosos». Sabían la lección teresiana y tenían quien se lo recordase. Desde Tortosa, Roda de Bará, Maella, Barcelona, San Carlos de la Rápita, Rubí... recibían los alientos continuos de quien era ya el alma de la Compañía:

Adelante, hijas, y no cejéis en vuestra noble empresa. La honra de Jesús y su Teresa está interesada en ella. Buen ánimo y nada temer. Todo lo podemos en Jesús que nos conforta.

Cuando tengáis alguna duda, o hayáis de resolver alguna cosa importante, si no tenéis tiempo de consultar, tratadlo con Dios en la oración, pedidle con humildad acierto y obrad. No erraréis. Contad con las oraciones y aprecio que en Jesús os profesa vuestro Padre y Capellán que os bendice,

Enrique de Ossó

Tortosa, octubre de 1878.

VI





CONTAGIANDO VIDA

Obra de M. Alcorlo. Detalle

La grandeza de un hombre

Castellón es una tierra que parece estar hecha para recrear la vista. Hoy sus playas resultan muchas veces un alarde de arquitectura funcional. Los apartamentos se elevan en edificios escalonados junto al mar. Pero cuando el turista quiere convertirse en «solitario» tiene también todavía rincones de extraordinaria belleza y paz. He llegado una mañana calurosa de julio al Desierto de las Palmas donde los PP. carmelitas tienen un hermoso convento. Allí he querido captar la presencia del espíritu de don Enrique.

En paraje solitario, a varios kilómetros del convento y en pintoresca situación, una ermita dedicada a la Transverberación de Santa Teresa. Para las hijas de la Compañía es una necesidad conocerla. Allí bebió grandeza el alma de su Fundador. Allí descansaba de sus tareas apostólicas para no agostar su espíritu en una acción externa. Allí alimentaba su celo apostólico con la oración y el retiro:

Descanso a la sombra de mi amada Madre. Pedidle mucho para que me inspire en esta soledad y hermosas playas donde tanto se la ama. ¡Cómo va despertando corazones!... Me he fatigado, pues hemos trabajado muchísimo dando Ejercicios a más de 600 valerosas teresianas en 15 días.

Y un alma que ama la soledad y el silencio — «la morada de las almas grandes» — tiene que encerrar tesoros insospechados de vida y de verdad.

Enrique de Ossó, el hombre de acción, el infatigable caminante de pueblos y ciudades, el fundador, el predicador, el director de almas, el es-

critor, el maestro, es también «El Solitario». Y su alma, como la fuente que describe Santa Teresa en las cuartas moradas, construida de un material que va agrandándose para recibir más agua, se va también agrandando a la medida de la acción de Dios.

Pero ya poseía — regalo de la naturaleza y de la gracia — unas capacidades enriquecedoras que habían de convertirle en aquella personalidad atractiva, necesaria para cimentar una obra en sus comienzos siempre pobres y llenos de dificultades.

Su temperamento era rico por la unión de contrarios. Y eso produce naturalmente equilibrio. Lo caracterizó manifestándose en los momentos en que podía necesitar al mismo tiempo la grandeza de un carácter recio y una fuerte energía, junto a la delicadeza y la ternura.

Las hermanas que crecieron junto a él supieron de esa armonía. Y una de ellas dejó reflejada su rica personalidad en este retrato:

Grandísimo y claro talento; juicio maduro y reposado y una especie de intuición o discernimiento de espíritus que penetraba lo más íntimo del corazón humano y veía muy claro por dónde había de conducir a cada uno.

Pensaba muy bien lo que tenía que hacer y, una vez conocida en la oración la voluntad de Dios, tenía gran constancia y firmeza para seguirla y llevarla a cabo, y cuando alguien le ponía algún reparo solía decir: para que yo desista de mi propósito han de decirme que en ello hay pecado. «No habiendo pecado, nada temo. Haga yo lo que deba y suceda lo que suceda.»

Estas máximas de Santa Teresa eran sus favoritas en casos adversos.

Tenía mucha facilidad para ordenar, dictar y despachar cualquier género de asuntos por enojosos y difíciles que éstos fueran... nunca se le vio alterado ni perder su admirable igualdad de ánimo...

Y continúa la hermana, evocando la rica figura de su Padre querido. Así, en esa doble vertiente de un hombre contemplativo y de acción

se puede comprender la personalidad de Ossó y así fueron creciendo bajo su influencia aquellas mujeres que lo habían dejado todo con la gozosa esperanza de trabajar en la EXTENSIÓN DEL REINO DE CRISTO.

Amando el sacerdocio

Aquellos años en el Seminario de Tortosa y Barcelona habían sido fecundos. Entre otras cosas, para saber lo que no debe ser un sacerdote. Y cuando sus manos elevaron por primera vez la Hostia Santa en la Basílica de Montserrat, Enrique sabía que no había llegado al final del largo camino que empezó también junto a la Moreneta. Ahora, realmente, tenía su comienzo. Y fue elaborando, con la capacidad de crecimiento que le caracterizaba, su sacerdocio. Fue sacerdote en fidelidad, porque sabía de la grandeza de su entrega. Y luchó, en aquel mundo ateo que podía contagiarle, para hacer de su vida lo que un día prometió en los Ejercicios que le prepararon a su primera Misa: «En su servicio seré, con su gracia, attente, devote, confidenter, alacriter, et ferventer».

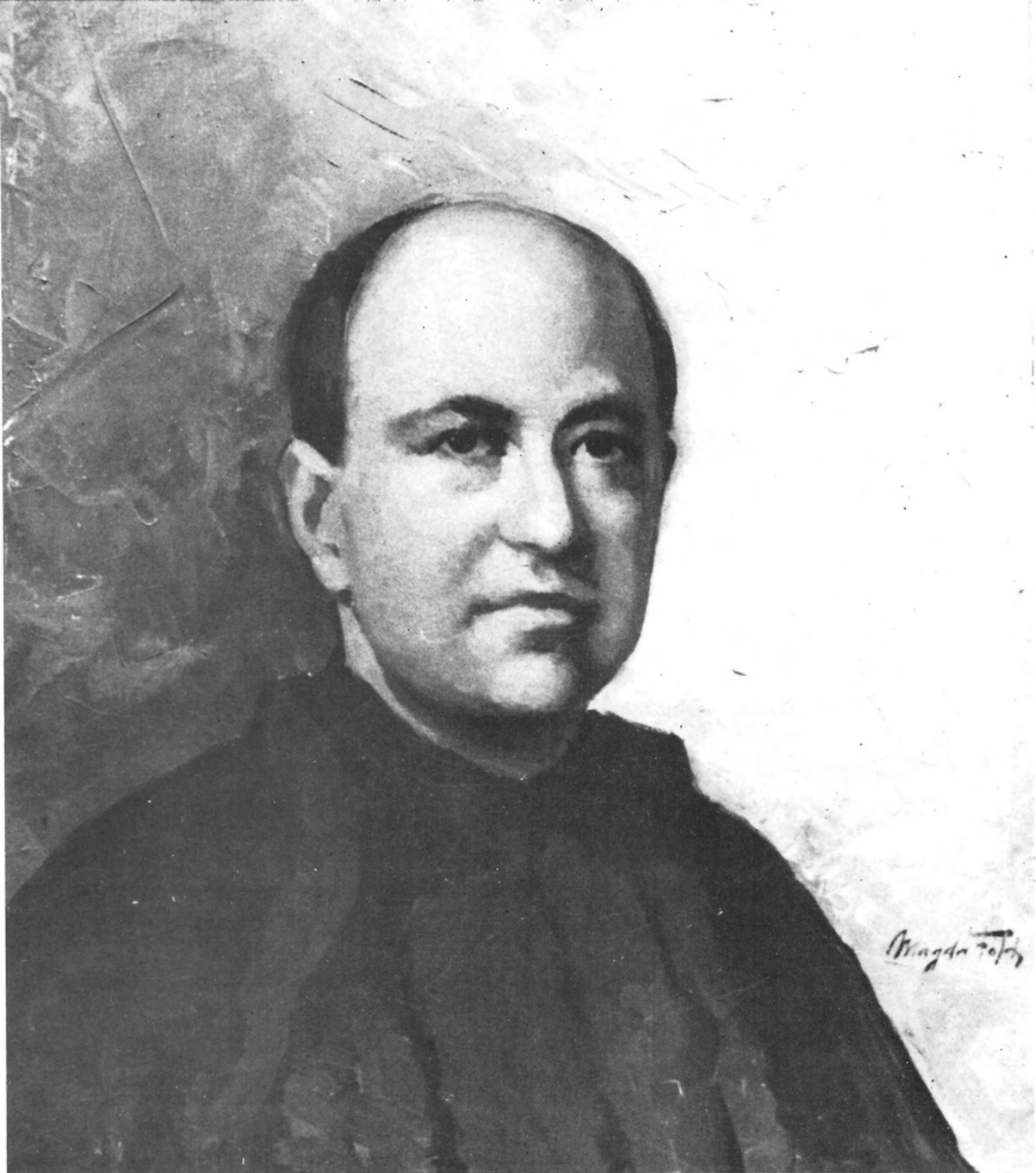
Teresa de Jesús había amado este apostolado del sacerdocio y su Reforma tenía, entre otros fines, la oración por los sacerdotes: «Cuando vuestras oraciones y deseos, y disciplinas y ayunos no se emplearen por esto que he dicho, pensad que no hacéis ni cumplís el fin para que aquí os juntó el Señor».

Y se propuso, como su Santa predilecta quería, no sólo ser santo y sabio, sino luchar para que el sacerdocio fuera vivido y amado. «La obra de la mayor gloria de Dios» llamó al fomento de vocaciones eclesísticas. Y a ella dedicó muchos capítulos en la Revista de Santa Teresa.

El sacerdote se fue haciendo a la medida de sus santos deseos:

ATTENTE. Atentamente, con esmerada atención. Como se hacen las filigranas de orfebrería. Porque así fue labrando su sacerdocio y así enseñó a amarlo a sus hijas.

Durante varios años, todos los días a la misma hora, las gentes de Tortosa vieron pasar con la sencillez y al mismo tiempo con la grandeza



Retrato de Enrique de Ossó por Magda Folch

de quien sabe el tesoro que encierra ser hombre, al seminarista de Vinebre. Sabía también de la grandeza de lo que preparaba: ser sacerdote, ministro de Jesús. Se dirigía a la iglesia de la Purísima después de las clases de la mañana. La Madre ante quien nació su vocación le iría también ayudando a crecer en ella.

Por la tarde, antes de ponerse a estudiar sus lecciones, las calles tortuosas eran recorridas de nuevo por aquel joven seminarista. Ahora en la catedral, en la capilla del Sagrario. Le vieron tan asiduo que adivinaron su riqueza interior y respetaron, como se hace con el misterio, aquella «caixa tancada».

La luz de su habitación permanecía durante mucho tiempo, ya entrada la noche, testimoniando sus horas de trabajo silencioso. Así se labran los hombres y... los sacerdotes: attente, esmeradamente.

Han pasado muchos años.

Un grupo de hermanas trabajan también en el silencio y el recogimiento. En junio, los exámenes. Sin títulos no podían salir a su empeño. El Padre desde el principio les dio una consigna: «Mártires del estudio». Él les había contagiado. Destacarse por la gloria de Dios es cultivar la humildad en su más alto grado. Es dejar que el Señor obre maravillas y facilitarle el camino, por supuesto.

Las horas de estudio tienen también su peligro. Hay que vigilar para que el enriquecimiento de la persona sea integral.

— En los estudios no os atropelléis.

Tú, sobre todo, no estudies ahora demasiado y toma a las diez alguna cosa. Lo mismo Rosario y si alguna más lo necesita.

Mirad, hijas mías, que os esperan grandes trabajos y muy pesados y conviene que os reforcéis bien ahora que estáis en paz, que cuando estéis en campaña quizá no podréis.

Y las hermanas fueron creciendo porque lo vieron crecer a él. Porque adivinaron los callados esfuerzos de aquel sacerdote que día a día contagiaba más vitalidad, porque en aquellas horas de naturaleza en el Desierto de las Palmas, aquellos ratos de recogimiento en su oratorio, aquellas

vigilias en las noches que precedían a sus santos favoritos y sobre todo aquel estudio con asiduidad de años, le iban llevando a la plenitud de su sacerdocio.

DEVOTE. «De devociones a bobas nos libre Dios.» Se lo había enseñado Teresa. Pero también sus grandes amores del cielo: María, en primer lugar, San José, el gran amigo y bienhechor de la Santa y su Reforma, los Ángeles de la Guarda... San Francisco de Sales fue para él un maestro de vida: su paz, su bondad, su vencimiento, le habían cautivado.

Pero por encima de esas devociones, Enrique fue siempre un enamorado de Cristo y por serlo, ama a sus amigos y les pide su intercesión.

No son infantilismos, no, los detalles con el Señor, con la Virgen y con los santos. El sacerdote Ossó los fomentó siempre. Sobre todo en los niños, que necesitan más que nadie de esas manifestaciones externas.

Las calles de Tortosa se habían ido acostumbrando a los cantos y devociones de aquellos niños. Y sus transeúntes aprendieron a respetarlos.

Los niños contagian con mucha facilidad.

Para ellos utilizó el método de las máximas que, repetidas, se graban y llegan a hacerse vida sin apenas darse cuenta de ello.

En la Revista de Santa Teresa una sección se dedica a narrar estas pequeñas iniciativas de los niños que nacen de una devoción sincera.

Un día don Enrique ha llegado a una de sus queridas casas. Las hermanas de la Compañía han aprendido la lección y también han enseñado a los niños por el sencillo método de las «máximas».

Dos párvulos se acercan al sacerdote. Es carnaval y están ya aleccionados. Hay que hacer sacrificios.

— Mosén Enrique, ¿nos vienes a hablar del Niño Jesús?

— Bien. Iré a hablarlos. No me pedís nada difícil. Es lo que más me gusta hacer.

— ¡Y a nosotros, anda!

Más de 80 pequeños escuchan en silencio. Al terminar, don Enrique cree oportuno premiar su comportamiento y atención.

— Bueno. Os habéis portado tan bien que os lo merecéis. ¿Queréis confites o caramelos?

Un espontáneo se pone en pie y levantando los hombros en señal de indiferencia, dice:

— «No pedir nada ni rehusar nada.»

Don Enrique mira a las hermanas y ríe. Sabe que ellas le han enseñado esa máxima de San Francisco de Sales. Y los demás niños corean:

— «No pedir nada ni rehusar nada.» Después corta los aires una cargada infantil.

— Pues bien. No lo rehuséis. Ahí van los confites.

Y la alegría infantil se une a la esperanza del sacerdote: han aprendido la lección. Si no se cultivan las devociones desde la infancia, difícilmente después el hombre o el sacerdote podrán crecer «devote», devotamente.

CONFIDENTER. Confiadamente.

Las montañas de Montserrat pudieron recoger el eco de algo tan grande como el comienzo de una vida en diaria capacidad del milagro.

Como nos hemos acostumbrado al misterio diario de la Eucaristía, nos hemos también habituado al sacerdocio. Pero al hombre que ungido por Dios se le reclama para actuar así durante toda una vida, se le regala con la consagración una inmensa capacidad de confiar.

El sacerdote es un hombre de esperanza, si es auténticamente sacerdote. Porque debe ayudar a caminar en ella.

Y fue una de sus más fuertes características. Esperar contra toda esperanza. Fue el motivo de su actuación.

Tuvo demasiadas obras entre manos como para no hacer acopio de confianza. La confianza es hija del espíritu de fe. Y el sacerdote que no vive de ella ha perdido la razón de su existir.

Sólo así pudo emprender aquellas aventuras a lo divino que eran un riesgo y una verdadera osadía. También se lo había enseñado Santa Teresa:

«Tener una gran osadía, que Dios ayuda a los fuertes y no es aceptador de personas.» Y con esa confianza podía embarcarse en cualquier aventura.

Quiere construir un Noviciado para su naciente Compañía.

El señor Obispo contempla a aquel sacerdote de 38 años que le presenta un nuevo proyecto.

— Está bien. La idea me gusta. Y no me parece mal. Pero hay que pensarlo y meditarlo todo. ¿Con qué cuentas para hacerlo?

— Con 100 duros, Monseñor. Y... — sonríe —, una inmensa confianza en la Providencia divina.

Las hermanas fueron aprendiendo la lección. Pero les costó; porque es más difícil de lo que parece; sobre todo en algunas ocasiones, cuando el horizonte se pone oscuro.

Dolores Llorach es ya superiora de sus hermanas. Tiene serias dificultades en la fundación de Barcelona. Entonces el sacerdote le comunica su confianza:

Ya veo que son muchos tus apuros o pruebas. Pero no desconfíes. Oración, oración, oración, y mucha confianza. No es nuestra causa. Está empeñada la honra de la Santa Madre y ella proveerá en todo.

No te apures, hay un Señor que tiene empeñada su palabra y no faltará en tiempo de necesidad. Descuidad por esta parte.

¡Pues no faltaba más! Tened confianza, repito, que Dios proveerá. CUIDADO DE NO FALTAR EN LA FE VIVA, QUE HACE ALCANZAR GRANDES COSAS DE DIOS.

Reiterativo. Lo fue porque sólo a golpes de repeticiones continuas nos vamos enterando de las verdades que hacen crecer.

Y cuando las hermanas temen que no se arreglen «algunos asuntos» que lleva entre manos:

«Lo que más temo a mi lado es una persona de poca fe y confianza.»

«Todo me lo echáis a perder con vuestra falta de fe.»

Y es que el sacerdote, acostumbrado al milagro diario de sus manos que consagran, o crece en confianza o pierde para siempre su camino.

ALACRITER. Vivamente, con ardor. Cuando el peregrino de 14 años pasaba aquellos apuros voluntarios, caminando los 110 kilómetros escar-

pados de su huida a Montserrat, tenía el corazón ardorosamente encendido. Recuerda años después la sed tremenda que pasó. En octubre puede apretar aún bastante el calor en aquellas tierras catalanas. Y subiendo montañas, más.

Pero una sed más ardiente hay en su interior. Porque a los 14 años los deseos se dan así, «alacriter», vehementemente.

Cuando los años templan los primeros ardores, un poco inconsecuentes, el sacerdote sigue viviendo con la llama encendida.

No puede dejar de gritar lo que un día gritó también el Señor: «Fuego he venido a traer a la tierra. ¿Y qué quiero sino que arda?»

La juventud de Tortosa le oirá anunciar la «buena nueva del ardor». Sólo así se consigue cambiar al mundo. Y los sacerdotes que la comunican dejan una huella inconfundible.

«Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo...» Fue Santa Teresa la que gritó así. También ella sintió en su alma y en su ser la necesidad de reformar.

1873. La iglesia de San Antonio. Quien tenga oídos para oír que oiga:

El mundo, hermanas mías en Cristo, va envejeciendo... se extingue la luz de la fe y se ahoga la llama de la caridad. Europa muere, helado su corazón del que podría creerse se retira el calor de la Sangre de Cristo. Mas Dios Nuestro Señor, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, Dios que ha hecho sanables las naciones, ha dejado en su seno gérmenes de vida y restauración. Algunas brasas del fuego divino ocultas bajo la capa de ceniza que han amontonado nuestras culpas esperan que un soplo poderoso las avive, que una mano acerque combustible para producir el fervor de mejores días.

¿Dónde está esa mano? o ¿dónde ese soplo? ¿Quién renovará esos carbones que van apagándose, hasta arrancarles chispas que recorran la tierra...?

Sólo con gritos arrebatados de celo divino se hacen los sacerdotes auténticos. Y sólo así se llenan las ciudades de hombres de Dios.



«Las primeras enseñanzas son los gérmenes
de la futura grandeza o bajeza» (E. de Ossó)

«Ardo en celo por Yahvé mi Dios.» Como Elías, el profeta. Como todos los santos y apóstoles.

FERVENTER. Hay alegría entre los niños. Se celebra una fiesta tere-siana. Llevan sus trajes domingueros y el pueblo entero los ve pasar llenos de ilusión y entusiasmo.

En otro grupo, varias jóvenes se acercan también a la iglesia. Tienen una reunión con mosén Enrique.

Los niños marchan con flores y arrancan preguntas a su paso:

— ¿A dónde vais tan «mudados»?

— Ha venido mosén Enrique y tenemos que celebrarlo. Vamos a cantar las nuevas canciones aprendidas para el mes de mayo.

— Ya te contaremos, abuela. Ahora hay prisa. Nos espera mosén.

— Hasta luego, que no puedo perderme la charla.

La viejecita esconde más aún sus ojos entre los pliegues de una sonrisa que cuarteja su cara en mil arrugas. Una indefinida ternura le humedece las mejillas y... el corazón.

— Si mosén Enrique continúa así, ¡hasta el romero de los caminos le seguirá!

Y le seguían porque un sacerdote fervoroso tiene el atractivo de lo sobrenatural que el hombre necesita, y que en su andar atropellado y materialista, difícilmente encuentra.

El pueblo sencillo lo vio santo porque lo contempló cuando rezaba y cuando les hablaba de Dios. Y ése es el lenguaje que entiende la sencillez. NO se equivoca. Canoniza fácilmente porque adivina algo de grandeza inconfundible en el trato fervoroso con el Señor. Y cuando en el Arrabal de El Jesús lo ven llegar cada día hacia las cinco de la tarde para dirigirse al Noviciado, las mujeres que están sentadas junto a las puertas de sus casas, curiosas levantan la vista. Alguna comenta:

— «És lo capellà santet (el sacerdote santo).

El fervor de sus misas llamaba la atención de los que le veían celebrar por primera vez. Los demás se habituaban a lo grande.

En Roma celebra un día en las catacumbas. Van con él la M. Saturnina Jassá y la M. Teresa Pla, fundadoras.

Unos turistas franceses se quedan asombrados al verle. Algo les llama su atención.

— Perdón. Oh, ¿quién es ese sacerdote que celebra?

La fuerza de un sacerdocio vivido con fervor, se hace transparente.

Las novicias caminan con la alegría de los comienzos. Hay que cimentar ese fervor que oriente sus existencias hacia Dios.

En el recreo, la M. Maestra anuncia carta del Padre. Se hace un silencio.

— Voy a leerla porque aunque se dirige a mí, es para vosotras. Y ni una palabra tiene desperdicio:

Viva Jesús y su Teresa en su hija Francisca Pla... que todas las hijas de la Compañía se distingan por su magnanimidad. Por eso has de procurar hacerlas ante todo muy generosas con Jesús. Que conozcan quién es Jesús. Infinitamente amable por su bondad y digno además de infinito amor...

Enséñales a decir muy a menudo, como su respiración: «¡Jesús mío y todas las cosas! ¡Todo por Jesús! ¡Viva Jesús mi amor! ¡Jesús mío, Vos sabéis que os amo!» Y por el estilo. De modo que no piensen más que en Jesús, ni hablen más que de Jesús, ni amen más que a Jesús.

... Que aprendáis a amar, a sufrir y gozar en Jesús y por Jesús os desea y os bendice vuestro Padre y Capellán

Enrique de Ossó

Roma 1884.

Hace 18 años que se ha fundado la Compañía. El sacerdote está recorriendo el final de su camino. Aquel FERVENTER que prometió antes de ordenarse es hoy un deseo más apremiante que nunca: Ahora se dirige a toda la Compañía:

¡Oh qué pocas almas hay que amen de veras a Jesús! A lo menos, mis hijas muy queridas, sed vosotras las enamoradas de

Cristo Jesús, siguiendo las huellas de vuestra Santa Madre Teresa, todas y exclusivamente de Jesús.

Pedidle que os envíe una centella de sus corazones, un dardo de fuego divino que nos haga vivir y morir abrasados de divino amor. Yo esto pido en todas mis oraciones, visitas y misas en esta ciudad santa: que todas las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús sean confirmadas en Gracia; que todas las que mueran en la Compañía se salven, que todas VIVAN Y MUERAN ABRA-SADAS Y CONSUMIDAS EN EL DIVINO AMOR COMO PARA MÍ DESEO.

El sacerdote sigue creciendo. Y sus hijas se van contagiando...

¡Maestro!

Recogemos noticias de la época.

«La Voz de la Frontera», periódico de Ciudad Rodrigo, en julio de 1889:

El miércoles y jueves, 3 y 4 de julio tuvieron lugar los exámenes de párvulos y niñas que asisten al Colegio de Santa Teresa de Jesús, establecido en esta ciudad.

Dos horas estuvieron los párvulos contestando con admirable precisión y exactitud a las preguntas que la maestra les dirigía, sobre varias materias, sin que el público diera inuestra alguna de impaciencia, antes bien escuchaba con profunda atención...

... Al día siguiente, se celebraron los exámenes de las mayores. Las jóvenes y simpáticas alumnas divididas en varias secciones, fueron luciendo sucesivamente sus profundos conocimientos de Gramática, Historia, Geografía, Geometría, Matemáticas, Francés..., etc., en una palabra, de todas las ciencias que constituyen la verdadera educación de una mujer.

... Para comentario final a todo lo referido, sólo se nos ocurre



«Su alma se fue haciendo a la medida de Dios»

insertar a continuación las frases que pronunció el Inspector de Primera Enseñanza al salir de visitar este Colegio: «He visitado — decía — el primer Colegio de la Provincia de Salamanca y sobre todo, la Escuela de Párvulos que no tiene rival en Castilla la Vieja».

Don Enrique leyó el comentario y sintió esa profunda alegría que llena el alma cuando se siente cumplida la propia vocación.

Quiso ser maestro porque Dios le había hecho para serlo. Y ahora, cuando contempla los colegios de la Compañía — su obra — y admira sus éxitos y sus adelantos, se siente más maestro que nunca sin enseñar directamente.

Ha puesto las bases para que su obra se prolongue.

Desde el principio tiene una visión muy clara de lo que pretende enseñar. MAESTRAS, sí, las hermanas de la Compañía, lo eran en especial para FORMAR A CRISTO JESÚS EN LA MENTE Y EN EL CORAZÓN de las alumnas.

MAESTRAS sobre todo de la mujer. La niña es un porvenir gozoso para la sociedad regenerada en Cristo Jesús: EDUCAR A UN NIÑO ES FORMAR UN HOMBRE. EDUCAR A UNA NIÑA ES FORMAR A UNA FAMILIA.

Y frente a la Escuela laica contra la que luchó denodadamente con su pluma, su palabra y sobre todo su acción, opone la «escuela cristiana» que FORME AL HOMBRE SEGÚN LA IMAGEN DE CRISTO. Son las mismas palabras con que hoy nos alerta el Papa Juan Pablo II: «El objetivo de la educación debe ser claro como el agua: es COMUNICAR a CRISTO... AYUDAR A FORMAR A CRISTO EN LA VIDA DE LOS DEMÁS».

«Maestro» enamorado de la infancia porque sabe que en ella se puede confiar:

Todo depende de la primera edad. Lo primero que se aprende es lo último que se olvida. Las primeras enseñanzas son como los elementos o gérmenes de la futura grandeza o bajeza, virtud o vicio, felicidad o miseria del alma de los párvulos...

Los amó tanto que ellos, los niños, lo sabían y se sentían seguros a su lado. Cuando se dio la noticia de su muerte a los pequeños de un colegio, uno de ellos se echó a llorar:

— ¿Entonces, ya no tendremos más P. Fundador?

Se equivocaba. Siguió siendo el P. Fundador de millares de niños que en los colegios de la Compañía se forman según su doctrina y su espíritu.

Y lo dejó encarnado en deliciosas obras de pedagogía.

En primer lugar «La guía práctica del Catequista». Una tarea que para él iba unidísima a la enseñanza. Conocemos su entusiasmo por los Catecismos desde su primera juventud.

Después, sus numerosos artículos sobre la Educación en la Revista de Santa Teresa.

«El Plan de Estudios de la Compañía de Santa Teresa de Jesús» que dio a la imprenta en 1882.

Muchas enseñanzas orales y por carta durante tantos años de amar y cuidar su Compañía.

Y en sus últimos meses dejó — inéditos — unos «Apuntes de Pedagogía» que recogen la riqueza de su alma de maestro.

En todos ellos la fuerza de su tarea educativa está en la «Razón, el amor y la Religión» para

FORMAR A CRISTO JESÚS EN LAS INTELIGENCIAS POR MEDIO DE LA INSTRUCCIÓN,

FORMAR A CRISTO JESÚS EN LOS CORAZONES POR MEDIO DE LA EDUCACIÓN.

Cómo se hace un santo

Cuando el día 15 de mayo de 1976 el Papa Pablo VI firmaba el Decreto de Aprobación de virtudes heroicas del Siervo de Dios Enrique de Ossó, estaba firmando también una vida en camino de santidad.

Porque así se hacen los santos: con virtudes. Luego, Dios — si quiere — lo confirma con algún milagro. Pero la «carrera de la Santidad» tiene

como asignaturas fundamentales cada una de las virtudes que constituyen el ideal de CRISTIANO.

Enrique de Ossó ayudó también a caminar a sus hijas y a todos los que se acercaron a él contagiando las virtudes que le caracterizaron.

Y fue un «hombre de fe» firme y constante. Tal vez, una herencia de su abuelo. En cierta ocasión había dicho don Enrique:

— Mi abuelo materno era de los de la fe de Abraham.

Fe viva que es lo mismo que decir vida sobrenatural, vida de oración y presencia de Dios, amplitud de miras y magisterio de espíritu.

Fe, en la acción poderosa del Señor cuando la gracia tiene que obrar milagros de santidad.

Fe, en la ayuda sensible y material de Dios cuando sea necesario o conveniente.

Una mañana en el Noviciado de Tortosa, «aquellos principios penosos» de que habla Santa Teresa habían llegado al colmo. La cocinera no tenía nada para hacer la comida. La M. Superiora tuvo que decir a las hermanas que se fueran a su oficio. De momento... las mesas estaban vacías.

El Padre se enteró cuando la Superiora entró llena de congoja en su cuarto.

— «Fe viva» — le dijo sin inmutarse — «fe viva» que hace alcanzar grandes cosas de Dios. Anda, di a las hermanas que vayan a la capilla a rezar los dolores y gozos de San José.

Y allá fueron las hermanas con los estómagos vacíos pero... animadas por la fe del Padre.

A las 2 de la tarde, una hora después, un bienhechor enviaba al convento un carro cargado con pan, huevos, fruta y otros comestibles.

Con toda naturalidad, el Padre mandó que fueran a dar las gracias a San José. Después de comer, claro.

La caridad o amor de Dios fue el motivo de su vida y de su obra. Pero tiene esta virtud detalles que se derivan de ella y la hacen atrayente. Son los que nos relacionan con el prójimo y hacen la vida de los que nos rodean más agradable y llevadera.

Desde joven se acercó a la pobreza y se sintió solidario con ella.

El barrio de Pescadores conocía perfectamente a aquel seminarista primero, y al celoso sacerdote después, que sabía compartir con ellos la vida y... la hacienda. A cada cual hay que hablarle en el lenguaje que entiende. Los pobres sólo saben lo que es «caridad» cuando se les echa una mano.

Y el más exquisito detalle del amor: la palabra. Tuvo verdadero horror a la crítica o murmuración. Sus hijas de la Compañía lo sabían.

«Huid sobre todo de la murmuración, que es la ruina de las Comunidades.»

Cuando los testigos comenten de él podrán decir: «Nunca le oímos hablar de los defectos del prójimo. Todo lo interpretaba en sentido favorable».

Justicia y verdad. Supo vivirlas y sufrir por ellas. Aborrecía la falsedad y la doblez como su Madre Santa Teresa.

«La verdad padece, pero no perece.»

«Verdaderas en las palabras, francas en la conversación», quería a sus hijas. Y hasta en los detalles lo exigió. Fue con la Maestra de Novicias, Francisca Pla. Un día, paseando por la huerta, la Madre dijo con una de esas hipérboles tan frecuentes en la conversación:

— Mire, Padre. Ese árbol tiene más fruta que hojas.

Al terminar el paseo la llamó.

— Quédate y cuenta las hojas de ese árbol.

La tarea resultó tan imposible para la Madre, a pesar de su humilde obediencia, que tuvo que volver junto al Padre.

— No puedo. Pierdo la cuenta.

— Lo sé — le contestó — pero eres Maestra y has de enseñar a tus hijas a ser verdaderas en las palabras.

Fue también un hombre pobre y austero.

Pudo vivir mucho mejor. Pero no quiso. Amó la pobreza y la siguió como Cristo. También en esto fue creciendo.

Desprendido hasta el máximo, no aceptaba nunca lo que pudiera cam-

biar su postura voluntaria. Ni un reposo cuando llegaba cansado a una casa de la Compañía. Sabían las hermanas que era inútil insistir.

Sólo admitía «despilfarrar» en las cosas del Señor. Recordando siempre el pasaje evangélico de la mujer rompiendo el frasco de perfume.

En el Noviciado no hay aceite. También la Compañía ha aprendido la lección de pobreza. Junto al Sagrario, una vela encendida.

El Padre lo observa y llama a la sacristana.

— Padre, no hay aceite, ni dinero para comprarlo.

No vacila un momento:

— Para Dios nunca ha de faltar nada. Siempre tengo yo una peseta para Nuestro Señor. Toma y que te compren ahora mismo aceite para la lámpara.

Era la única que acababa de recibir en uno de sus ministerios.

Porque a veces no tenía ni para viajar. Y no es una exageración.

La M. Procuradora de San Gervasio le veía llegar cada sábado a rendir cuentas de sus gastos, y... hasta para el tranvía tenía que pedirlo humildemente.

También aquí quiso contagiar vida a la Compañía:

Amad la santa pobreza como madre y reina que os hará señoras de todo el mundo.

¡Feliz pobreza que nada posees y nada temes; siempre jovial, siempre abundante, haces refluir en provecho propio las molestias mismas que experimentas!

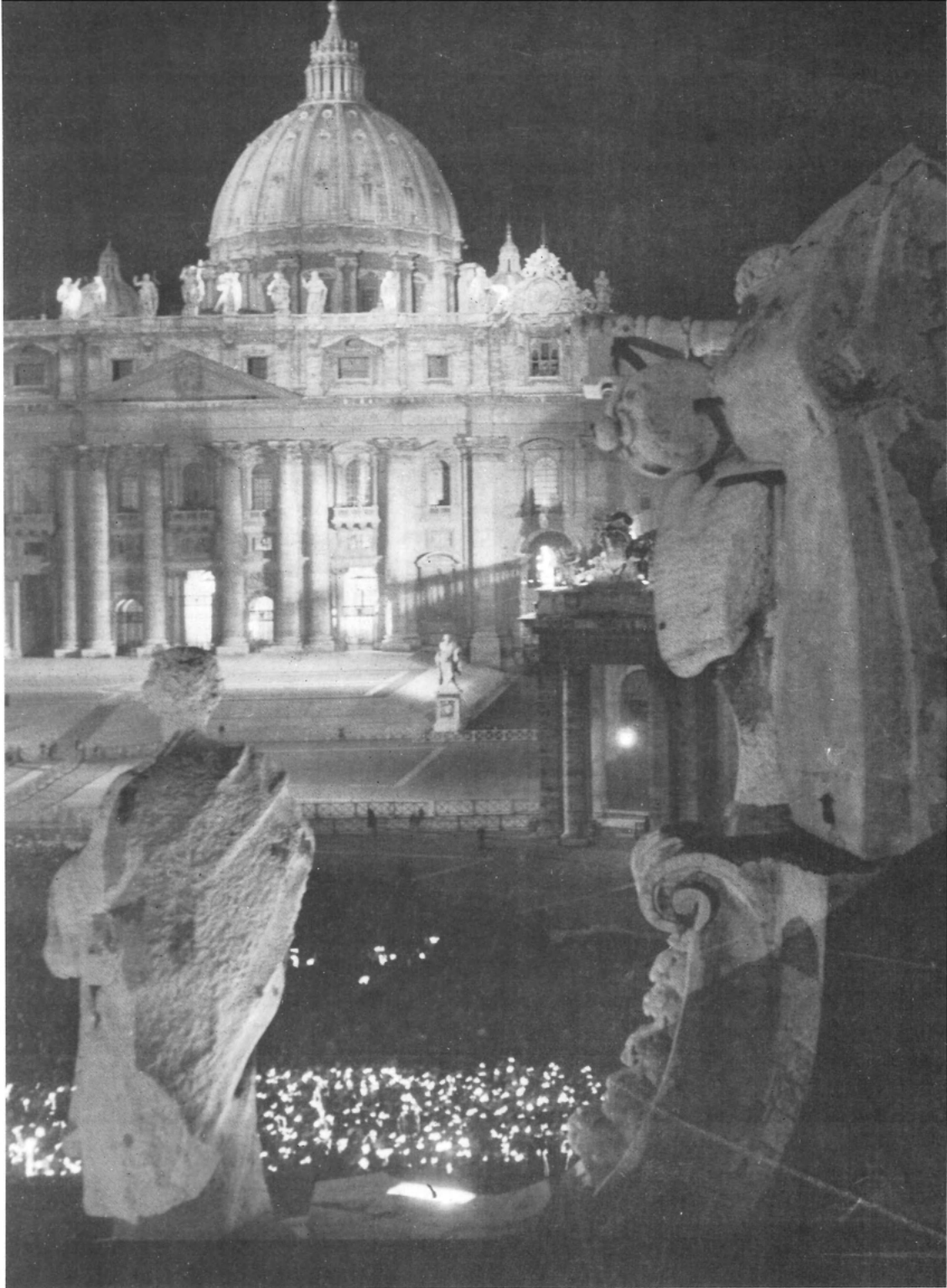
La humildad y la mansedumbre las enseñó viviendo.

Dos anécdotas que dicen más que las palabras:

Una nos muestra esa humildad, hija de la pobreza. El pobre ocupa siempre el último lugar. Sabe que ahí no estorba.

Una parienta suya le debe cierta cantidad para sus obras. Don Enrique ha ido ya muchas veces a su casa para pedir humildemente lo que le corresponde.

Un buen día, la señora, en el colmo del despecho, le entrega la cantidad. Pero, en calderilla y tirándosela por el suelo.



«Hijo de la Iglesia en la más absoluta fidelidad»

Don Enrique se agacha sin decir una palabra. Una a una va recogiendo las monedas por debajo de los muebles. Al terminar, dice a la criada que dé las gracias de su parte a la señora.

Fue la criada la que tuvo que agradecerle el ejemplo de santidad.

La segunda, es la canonización del detalle silencioso. A todos nos cuesta dar algo de lo nuestro. Pero a lo que verdaderamente nos resistimos es a regalar el tiempo, cuando andamos escasos de él.

Es el año 1888. El Padre ha terminado de redactar las Constituciones renovadas y va a marchar hacia Roma, a presentarlas para su aprobación.

La noche anterior a su partida, la pasa en el Colegio de San Celoni. Antes de acostarse, deja la cartera preparada para el día siguiente, detrás de la puerta.

La hacendosa hermana de la portería, con tantos bríos quiso limpiar, que derramó una buena cantidad de agua detrás de la puerta... ¡donde se hallaba la cartera!

A la mañana siguiente, los papeles — mojados durante toda la noche — estaban ilegibles.

Ni una palabra de reproche.

Cualquiera hubiera dicho demasiadas...

Se contentó con una invocación repetida, muy suya, por cierto: «¡válganos Santa Teresa!, ¡válganos Santa Teresa!»

La que supongo que perdió la calma fue la hermana portera.

Y don Enrique tuvo que volver a copiar los documentos.

Pero tal vez la marca del heroísmo se la tendríamos que colocar a su fortaleza invencible. Creo que bastaría para admirarle, este testimonio de una de las fundadoras:

Observé siempre en él una igualdad de ánimo que admiraba. Nunca le oí una queja, ni mostrar ningún resentimiento.

Y la hermana estaba hablando de una de las épocas más difíciles de su vida. Cuando la prueba se hace oscuridad absoluta.

Nunca vi en él tristeza ni desaliento. Siempre la misma serenidad.

Éste fue el legado maravilloso que dejó a la Compañía y a todas sus obras que deben de llevar este sello de autenticidad: fortaleza, ánimo invencible, como el de Teresa que no quería que sus hijas fuesen «nada mujeres, ni lo parecieran». Magnanimidad, para llegar hasta el fin, como él pudo llegar, partiendo de una MUY GRANDE Y MUY DETERMINADA DETERMINACIÓN.

¡Que así se hacen los santos!

Hijo de la Iglesia en fidelidad

En 1582, Teresa de Jesús moría en una celda carmelitana de Alba de Tormes. La muerte le sorprendió en camino, como había vivido. Sus últimas palabras son el gozo y la esperanza de una vida entera en servicio: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia! ¡Gracias te doy Dios mío, Esposo de mi alma, porque me hiciste hija de tu Santa Iglesia Católica!»

Enrique de Ossó es el hombre teresiano por excelencia y tenía que vivir y morir en esa misma postura: hijo de la Iglesia en la más absoluta fidelidad.

La amó como Madre. Vivió para ella. Sufrió con ella y por ella. Y enseñó a todos a amarla y a servirla.

Un sacerdote enamorado de su misión no hace otra cosa, sino servir a la Iglesia. Y en eso se distinguió siempre Enrique de Ossó.

Cuando la Iglesia habla por sus Obispos o por el Papa, el sacerdote está allí a punto de secundar su doctrina. Las páginas de la Revista Teresiana están siempre llenas de artículos, cartas pastorales, discursos y encíclicas.

Cada elogio o apoyo moral de un prelado, es una satisfacción íntima del Padre. Ve en ello la confirmación de una auténtica realidad amada por Dios.

Hay en su amor y servicio a la Iglesia, tres aspectos en los que se desborda su actividad:

- El sacerdocio. Fomentar las vocaciones eclesiásticas es para él la «Obra de mayor Gloria de Dios».
- La doctrina. Fiel a ella, la hará conocer del modo más sencillo.
- El Papa. Amor filial y obediencia extremada.

El sacerdocio. Amigo y colaborador de don Manuel Domingo y Sol, luchó también desde las páginas de la Revista por la regeneración de las vocaciones eclesiásticas. Y sobre todo, poniendo ante la mirada de los niños ese sacerdote que era él. La fuerza del testimonio es la más convincente.

La doctrina eclesiástica. Es continua su labor en la Revista. No hay número en que no dedique algún artículo a ello. Los lectores de aquel momento encontraban en la Revista el medio fácil de acercarse a la doctrina del Papa y de los Obispos.

Pero había que llegar más lejos. No todos serían capaces de asimilar los textos pontificios.

En 1891 aparece un documento histórico en el mundo de la cuestión social: la «Rerum novarum». Inmediatamente, un artículo en la Revista, apoyando la doctrina de la Iglesia en cuestión tan difícil. «La verdadera solución de la crisis social»:

Verdaderamente, sólo la caridad de la Iglesia católica, infiltrándose en el corazón y en los ánimos de las masas de obreros y de patronos, entre los que manejan y concurren con el capital y el trabajo, podrá resolver, sencillamente y sin sacudidas, ese pavoroso problema social...

Y para que pueda llegar más lejos, a los mismos obreros y a los patronos, edita «El Catecismo de los obreros y de los ricos», basado en la encíclica «De opificum conditione», que además publica íntegra en la

Revista en los meses de junio, julio y agosto de 1891. De una manera sencilla, mediante breves formulaciones, toda la profundidad de una Doctrina Pontificia. La edición, muy numerosa, se repartió gratuitamente, por todos los territorios de habla española.

El mismo método para la Encíclica «Humanum genus»: «Catecismo acerca de la masonería».

El Papa. Fue amor filial lo que le profesó. Y con extraordinario espíritu de fe, que mira no a la persona, sino a lo que representa. Primero fue a Pío IX, el luchador en momentos difíciles para la Iglesia, cuando el dogmatismo fue una necesidad. Prisionero, tuvo siempre en don Enrique, el apóstol defensor, que oró, sufrió e hizo orar a todos los católicos con sus incesantes llamadas.

La Historia sólo se puede comprender con perspectiva. En el presente, lo único que puede hacerse, es sufrirla. Y don Enrique sufrió con el despojo de los Estados Pontificios como un hijo con los sufrimientos de su padre.

Continuas peticiones — «Por el triunfo de la Iglesia», «Por el Papa, cautivo y pobre» — en la Revista.

Su muerte fue sentida por don Enrique. Y llamó a todos a compartir el dolor y la alegría. Que así entienden la muerte los hombres de Dios.

Estimadas hijas en Jesús: (A las hermanas de Tarragona) ¡Pío IX ha muerto! ¡Viva Pío IX, que vive eternamente! Para los santos el morir es comenzar a vivir para siempre — dice la Santa Madre —. Así es que más bien que lágrimas de dolor, lágrimas alegres debemos derramar sobre su tumba... Orad mucho para que el Señor, en su misericordia, nos envíe un digno sucesor.

Y en cuanto el Espíritu actúa en la Iglesia, dándole esta vez el hombre de la luminosa doctrina, de las famosas Encíclicas, de la clarividencia profética, en el siguiente número de la Revista, una invitación a la Fe y a la obediencia.

También por el nuevo Papa León XIII hubo de orar y de suplicar en

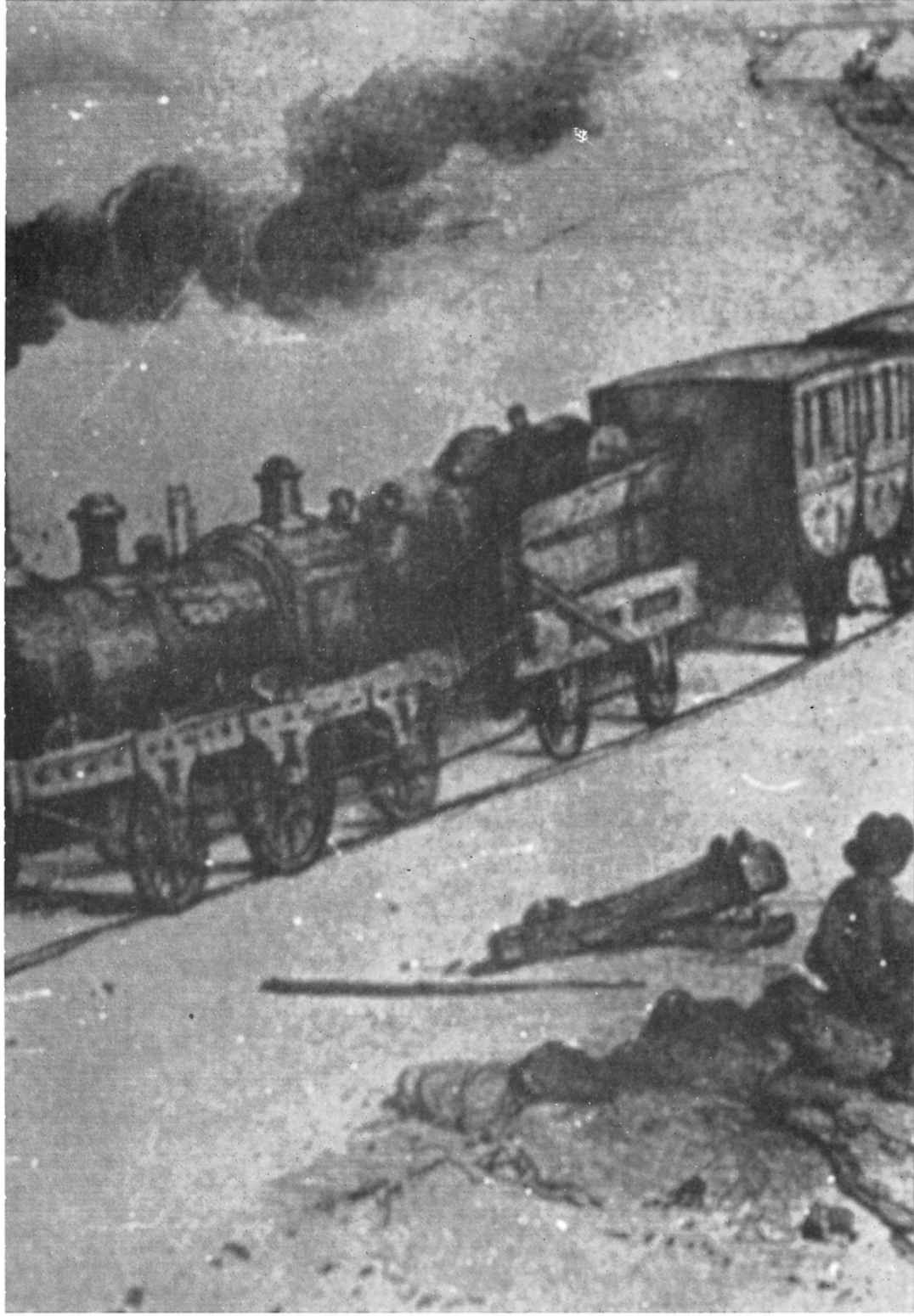
aquel momento difícil de la Iglesia, comienzo tal vez de una nueva era de extraordinaria fecundidad.

A los dos Papas amó, de los dos recibió gozosamente autógrafos de Bendición a sus obras. Y ante ambos se postró en Roma. Solo, en la primera ocasión. Con sus hijas de la Compañía, la segunda vez.

Y así, hijo de la Iglesia en fidelidad, vivió y murió. Porque tuvo que morir dolorosamente, para que su vida fuera el triunfo definitivo que hoy celebramos.

VII





EL APÓSTOL NO DESCANSA

Orando unas, enseñando otras

Agosto de 1875. Enrique vuelve de su primer viaje a Ávila. El contacto directo con la cuna de su Santa. Lo veremos después, como uno de sus grandes gozos. Pero ahora tenemos prisa porque hay que acompañarlo a una visita histórica que realizará a la vuelta, a su paso por Zaragoza. Serán los comienzos imprevisibles de una cadena de hechos santificadores.

La campanilla del torno, el «Ave María Purísima» de la hermana tornera y la entrevista con la Priora detrás de las rejas, debieron ser algo así:

— Rvda. Madre. Es un deseo que hace tiempo vengo madurando. Mi tierra, donde yo trabajo y lucho para hacer conocer a Teresa de Jesús, necesita la presencia de sus hijas las carmelitas. Un convento en Tortosa. Quiero prolongar la acción de mi Madre Teresa y llegar a donde ella no pudo llegar.

— Nosotras, Padre...

— Yo me encargaría de todo. Conozco el «Libro de las Fundaciones» de Santa Teresa y sé de dificultades. Pero, con la gracia de Dios... Hay que ESPERAR Y VEREMOS GRANDES COSAS.

Y accedieron. Parte de la comunidad marcharía a la nueva fundación.

El resto, le tocó a don Enrique.

Y a la Archicofradía.

Después, fue una conversación con las dirigentes que más influencia podían tener. Quería que fuese obra de aquellas jóvenes teresianas.

Y empieza una incesante llamada a colaborar con oraciones y limosnas. De ahí solamente podía salir la obra. En la Revista junto a otras gracias, se pide: «Por el palomarcito de la Virgen en Jesús de Tortosa».

El 6 de agosto de 1876, un año después, se ponía la primera piedra. Don Enrique la bendecía, en delegación del Sr. Obispo.

Era la primera piedra de un edificio teresiano y la primera piedra de un camino de sufrimiento y... de santidad heroica.

El terreno fue fruto de una cesión. Doña Magdalena de Grau y Gras había querido hacer esta generosa donación. Los trámites jurídicos y los permisos necesarios, así como la recaudación de fondos para empezar a construir, fueron obra de don Enrique. De él y de tres sacerdotes que, como amigos y colaboradores, estuvieron a su lado en los comienzos: su director, don Jacinto Peñarroya, don Mateo Auxachs, prior de Mora de Ebro, y don José Sánchez, cura párroco de El Jesús.

Y allí estuvieron junto a él en aquella solemne colocación de la primera piedra. Era un día de la Transfiguración del Señor. A las 6 de la tarde. Un inmenso gentío animaba el acto. En primera fila, las jóvenes de la Archicofradía. Era, en parte, su obra. Así lo vio don Enrique:

Es el primer fruto de nuestra estimadísima Archicofradía, un convento propiamente dicho teresiano, porque, a no dudarlo, se debe a las oraciones teresianas...

Siguió un año difícil. Entusiasmarse con un proyecto es relativamente fácil. Recaudar fondos para realizarlo y llegar con él hasta el fin, ya cuesta más. Pero Enrique de Ossó no es de los que sólo proyectan. Llega hasta el final «suceda lo que sucediere, murmure quien murmurare...» como aprendió de su Santa abulense.

Y además anda por medio una fecha importantísima: el 2 de abril, Inspiración de la Compañía. Precisamente tres días después de la cesión del terreno el día 30 de marzo.

Catorce meses después, la inauguración. El 12 de octubre de 1877 precisamente, fiesta de Nuestra Señora del Pilar. De su tierra aragonesa habían llegado las cuatro carmelitas que la priora de Zaragoza enviaba para la Fundación. Se hospedaron de momento en el Convento de la Consolación, muy cercano.

La fiesta fue de lo más solemne. En la Revista de Santa Teresa se

dedican varias páginas a la crónica. Todas las muestras de fiestas propias de aquella época: campanas, flores, bandas de música, estandartes, cohetes...

Solemne Misa en la Consolación, celebrada por el Sr. Obispo de Tortosa. Y desde allí, bajo palio, traslado del Santísimo Sacramento, acompañado por una inmensa multitud. Todo el pueblo de Tortosa estaba allí, abriendo las puertas al nuevo conventito carmelitano. Todo el pueblo, menos mosén Enrique. Su clase de Matemáticas en el Seminario era una obligación ineludible. Al final, pudo llegar a unirse con la multitud anónima, casi cuando terminaban las fiestas.

Ya andaba rondando en la mente del sacerdote otro nuevo proyecto. Más bien era una necesidad que le imponía el crecimiento de su obra. La Compañía de Santa Teresa no podía limitarse a aquella casita de Tarragona. Las vocaciones aumentaban. Una Casa de Formación era, por tanto, de verdadera urgencia. Antes de la inauguración del convento carmelita de San José en El Jesús, se había tenido que añadir una cláusula interesante al contrato de edificación:

La Real Orden del 28 de junio de 1876, que autorizaba la fundación del convento, ponía también sus condiciones. Eran fruto del Concordato entre la Iglesia y el Estado español. Se obligaba a las carmelitas a dedicarse a la enseñanza o a la beneficencia.

Esto era imposible. El carisma de las carmelitas estaba claro: la contemplación. Y don Enrique con sus tres socios vieron fácil la solución proponiendo construir cerca un colegio de la recién fundada Compañía de Santa Teresa.

unas orando y enseñando otras, celarían los intereses de Jesús y de Teresa.

Las carmelitas comprendieron y estuvieron de acuerdo.

Don Enrique pensaba que el colegio que se requería para cumplir la Real Orden podía tener un doble fin: por una parte enseñanza gratuita que ayudara a la gente más necesitada del arrabal tortosino. Por otra, la



*Ávila. Atravesó por primera vez ese prodigio de sus murallas
en agosto de 1875*

formación de sus religiosas maestras. El momento político era también un inconveniente para hablar de Noviciado o casa de Formación.

El plan fue de los más acariciados por don Enrique. Allí, en El Jesús de Tortosa, se formaría como un Centro de teresianismo por excelencia.

Y empieza de nuevo a llamar desde las páginas de la Revista a los bolsillos y al corazón de sus lectores, interesados todos por «los intereses de Santa Teresa».

Las obras del convento tenían ya las cuentas saldadas en su mayor parte. Al menos, en la Revista de diciembre del 77 sólo pide para que se pueda concluir la iglesia.

Pero en enero una llamada distinta.

Es interesante: la encontramos precisamente en uno de los artículos dedicados a las vocaciones eclesísticas, titulados: «LA OBRA DE LA MAYOR GLORIA DE DIOS». Es un artículo revelador. Empieza don Enrique contando su vocación por el influjo de una madre buena. Habla después de la necesidad y escasez de semejantes madres. Alude al deseo de Santa Teresa, expresado en una carta al P. Ordóñez, de la Compañía de Jesús, de fundar colegios donde «se criaran en recogimiento y virtud jóvenes doncellas hasta tomar estado». Y acaba refiriéndose a la tarea de la Compañía de Santa Teresa que en ese momento sale al paso de tan gran necesidad.

Y entonces, viene el «sablazo».

Y son tantas las vocaciones que van despertándose para esta obra...

Sólo nos falta casa, colegio a propósito donde puedan admitirse a todas las jóvenes católicas que lo soliciten, y formarse más fácilmente en ciencia y santidad.

Tenemos el terreno muy a propósito para este fin; más aún, tenemos ideado el plano y algunas blancas para empezar.

Pero ¿qué son unas blancas para una obra tan colosal?...

... A nosotros toca empezar esta obra de mayor gloria de Dios: a nuestros lectores y a todos los amantes teresianos, continuarla, concluirla...

... Todos pueden contribuir a esta obra bajo el título de bienhechores o de fundadores. Bienhechores serán todos los que den una limosna por pequeña que sea. Fundadores, los que den una limosna más crecida.

Dado el «sablazo», teniendo el terreno y la idea bien clara... no había más que empezar. Y se empezó. Sólo Dios sabía en aquel momento cuándo concluiría y cómo. Ya nos acercaremos más tarde a los hechos.

Vamos a Ávila

Evidentemente lo deseó.

Atravesó por primera vez ese prodigio románico de sus murallas perfiladas en el azul de Castilla en agosto de 1875. Fue allá con su amigo y colaborador en la Revista, Juan B. Altés.

A Ávila y a Salamanca. A la cuna y al sepulcro de Teresa. Y en ambas ciudades quedó constituida la Archicofradía teresiana.

En su corazón, un gozo inmenso y un deseo de volver acompañado de multitudes.

Porque hoy no podemos entender demasiado el valor de las PEREGRINACIONES. El turismo les ha robado algo de su sentido. Entonces fue un signo de los tiempos y una de las actividades apostólicas con que contaban los sacerdotes celosos.

Tres organizó don Enrique con su capacidad directiva extraordinaria. Al menos fueron las más interesantes por la motivación de cada una.

Agosto de 1877. Ya por las ciudades españolas se habla del hecho:

— ¿Vas a la peregrinación a Ávila que organiza el sacerdote catalán?

— ¿Cómo no? Yo pertenezco a la Archicofradía.

Y es que durante un año se hicieron preparativos. A Ossó le gustaba planificar a distancia para poder dejar previstos todos los detalles. La previsión será siempre una de sus características y la inculcará como imprescindible para el gobierno.

Las dificultades y obstáculos se superan.

Y en cada ciudad de España en donde la Archicofradía tenía socias, las estaciones de aquellos renqueantes ferrocarriles de mediados del siglo XIX se llenaban de jóvenes con estandartes, gritos y alegría. Eran las que no podían sumarse a la peregrinación pero querían acompañar a los afortunados con su presencia moral y su entusiasmo.

Un auténtico testimonio exterior de una fe que deja huella. El Padre les da las gracias desde la Revista:

¡Bien por vosotras, animosas teresianas de Cataluña, Aragón y Valencia, que despreciando las burlas del mundo habéis cantado vuestra fe y vuestro amor a Teresa, a la faz de toda España, alentando con vuestro valor y noble ejemplo otros corazones tibios o retraídos!

En el 82 otra ocasión formidable para entusiasmar al pueblo español con la figura de Santa Teresa. EL TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE.

Ya desde octubre de 1880, don Enrique empieza a prepararlo.

Propone una nueva peregrinación a Ávila y Alba y un certamen literario de magnitud enorme. Junto a esto otra peregrinación a Roma.

Pero una circunstancia se cruzó en el camino de las realizaciones.

Intereses políticos de entonces se aprovecharon del momento y la coyuntura. Y don Enrique, que cuando no estaba de acuerdo con algo, no pactaba con facilidad, se retiró. No iría a la peregrinación.

El certamen fue un éxito. Y con él los demás actos del Centenario. Desde su lugar de «El Solitario», don Enrique constituía el alma de todo.

Y ya que de peregrinaciones hablamos, tendremos que acercarnos de nuevo a Montserrat. En su preciosa Basílica se erigía un nuevo altar costado por la Archicofradía. Y un documento de León XIII, concedía indulgencia plenaria a todas las asociadas, con motivo del Centenario.

La montaña de la Moreneta vio subir por sus escarpadas cuestas — otra vez en octubre — a 4.000 personas que acamparon en Montserrat tres días: 22, 23 y 24.

La última de las peregrinaciones se sucedió mucho más rápidamente de lo previsto.

Fue un acto de desagravio. A la Santa de Gregorio Fernández le robó algún atrevido la mano enjoyada por la piedad popular.

El hecho hoy es demasiado frecuente. Entonces, insólito.

Y fue también don Enrique el que rápidamente reaccionó. Hay que hacerle una mano de oro. El hecho del robo tuvo lugar el 17 de febrero de 1883.

En mayo se hace la llamada desde la Revista: el dedo anular lo costeará la Compañía de Santa Teresa, el pulgar, las carmelitas descalzas de toda España, el meñique las niñas del Rebañito, el índice los PP. carmelitas y el tercero la Archicofradía. Los restantes donativos espontáneos, para las joyas que perdió en el hurto.

Don Enrique estaba gozosamente lleno.

Ya moriremos gozosos. Porque sabios e ignorantes, grandes y chicos, ricos y pobres, prelados y fieles, todos, ensalzan las glorias de Teresa de Jesús, su santidad, su sabiduría.

Donde no llegue la palabra

Se multiplicó.

Y donde no podía llegar él, estaban sus escritos.

Las hermanas de la Compañía guardaron como un tesoro las CARTAS. Eran su espíritu, que regalado en pequeñas dosis iba llegando hasta aquellas mujeres en formación.

Podían seguirle desde tantos rincones en los que su persona se prodigaba. Y él las animaba y dirigía personalmente.

Pero, sobre todo podían seguir el itinerario de su alma, cada día más rica y enriquecedora. Las últimas cartas son un tesoro del espíritu.

Basta una muestra.

Está en plena actividad, pero en ascensión continua.

Viva Jesús y su Teresa en su hija de Montevideo, Dolores Folch: He recibido todas vuestras cartas. No extrañéis tarde tanto en escribir porque tengo muchísimo que «escribir»...

... No os olvido en mis pobres oraciones. De esto no dudéis.
 ... Veo tu soledad. Feliz tú, mi hija en el Señor, si sabes aprovecharte de ella, pues entonces el alma está más cerca de Dios. Pasa la brevedad de la vida y la dulzura está en padecer por el amado, que el gozar está más en la otra vida. Esto te hará unírte más con Dios, y gozar de sus caricias. Arriba los corazones. Te bendice tu Padre y Capellán que desea verte la primera «regla viva» americana,

Enrique de Ossó

Es de octubre de 1895. Tres meses después habría terminado su carrera en este mundo.

No fue un escritor. Ni un periodista. Se sirvió de lo uno y de lo otro para llegar al mayor número de personas.

Sus escritos, editados recientemente, forman tres volúmenes clasificados de este modo.

I. Escritos de carácter catequético

«Guía práctica del Catequista».

Escrita en 1872. Tal vez la mejor y más completa de sus obras. Es de gran riqueza pedagógica en muchos de sus aspectos, válidos aún hoy.

II. Escritos para sus Asociaciones

Los constituyen los Reglamentos de la Archicofradía, la Hermandad Josefina, el Rebañito. Y los proyectos de la Hermandad Teresiana universal y los Misioneros de Santa Teresa.

«El Cuarto de Hora de oración». Libro de meditación en el que han aprendido a orar varias generaciones de jóvenes.

Actualmente se ha publicado en Barcelona, la 52.^a edición. Ha obrado y sigue obrando auténticas «vueltas» a Dios.

El «Viva Jesús» tiene la misma finalidad que el Cuarto de Hora, pero dedicado a los niños.

CATECISMO
DE
LOS OBREROS
y de los ricos,

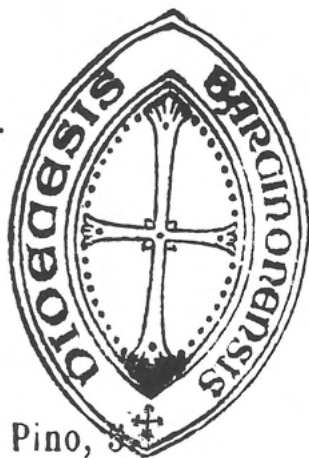
SACADO Á LA LETRA DE LA ENCÍCLICA
DE OPIFICUM CONDITIONE
DE NUESTRO AMANTÍSIMO PADRE LEON XIII,

POR
D. Enrique de Ossó,
PRESBITERO.

—●—
CON LICENCIA ECLESIASTICA.



BARCELONA :
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5.
1891.



«El Tesoro de la juventud», devocionario muy útil para las de la Archicofradía especialmente.

«El Tesoro de la niñez» que en nueva edición actualizada está constituyendo un extraordinario éxito.

«El devoto josefino», que contiene una serie de devociones a San José.

III. Escritos para la Compañía de Santa Teresa

En primer lugar, «Las Constituciones».

«Exámenes».

«Plan de Estudios».

«Ejercicios Espirituales para las Religiosas de la Compañía».

«Catecismo de Directoras».

«Apuntes para un libro de Pedagogía».

En todos ellos el Fundador fue derramando los tesoros de su espíritu y formando poco a poco la mente y el corazón de las que habían de formar a otros.

IV. Escritos varios

— Dedicados a Santa Teresa:

«Novena», «Mes», etc.

— Dedicados a la Virgen:

«María al corazón de sus hijos», «Tres florecillas a la Virgen de Montserrat», «Novena a la Inmaculada».

— Dedicados al Corazón de Jesús:

«Las siete moradas en el Corazón de Jesús», «Un mes en la Escuela del Sagrado Corazón de Jesús».

— Dedicado a San Francisco de Sales:

«Tributo amoroso».

— Dedicado al Espíritu Santo:

«Novena para honrar al Espíritu Santo».

— Sobre doctrina pontificia:

«Catecismo de la Masonería», «Catecismo de los obreros».

Hay que añadir a este rápido catálogo la «Escuela de Santa Teresa»: uno de los proyectos más ambiciosos.

Las religiosas de la Compañía debían distinguirse por su preparación pedagógica y, en aquel momento sobre todo, había que salir al paso de una dificultad y una escasez: LOS LIBROS DE TEXTO.

Él mismo escribió algunos:

- «Rudimentos de Religión y Moral».
- «Rudimentos de Historia Sagrada».
- «Rudimentos de Historia de España».
- «Reglas fundamentales de Urbanidad».

Las hermanas continuarían esta labor.

Pero fue sobre todo a través de las páginas de la Revista de Santa Teresa de la que era fundador, director y se puede decir que el alma que la mantuvo durante 24 años, como pudo llegar a más ámbitos y a más personas.

Llegó a tener más de 2.000 suscripciones, que es mucho para aquella época en que se leía poco, muchas veces por la sencilla razón de que no se conocían las letras...

Se extendió por Francia, Bélgica, Italia, Portugal y América.

Realmente, donde no llegaba su palabra podía llegar su pluma.

El camino tiene gozos

Se aprueban las Constituciones, la Compañía en marcha.

Los tuvo especialmente unidos a su obra predilecta, la Compañía. En primer lugar, cuando la Iglesia ratificó que aquella Inspiración del 2 de abril de 1876 podía seguir adelante y alabó el estilo de vida que su Fundador le había propuesto por medio de las «Constituciones».

Éstas tuvieron que recorrer un largo camino.

Nacieron el 23 de junio de 1879, en Tarragona. Como es ley natural, después de varios meses de gestación y tres años de vida regular.

Contenían «el espíritu de la Obra y los detalles más precisos».

Eran un ejemplar manuscrito que había elaborado en el silencio de un pequeño pueblo: Figuerola.

Fueron creciendo con la esperanza ilusionada del Padre que no quería que todo aquello quedara en letra muerta.

«¡Cuándo habrá una Regla Viva?»

«¿Quiénes serán las primeras que me digan: ¡Padre, regla viva!»

Y el final de tantas cartas: «Os bendice vuestro Padre y Capellán que desea veros Reglas vivas».

El día de San Enrique de 1882, se imprimieron ya. Era un espléndido regalo a todas las hermanas para seguir adelante.

Aprobación diocesana. Otro gozo y otra esperanza. 1884.

Los hijos necesitan las alabanzas de sus padres.

Y eso es, ni más ni menos, un «Decretum laudis». La Iglesia está contenta con una obra y se lo manifiesta solemnemente. 22 de setiembre de 1888.

Don Enrique y la Compañía sabían ya que Dios bendecía su obra.

Ya sabéis el Decreto de Roma, alabando y recomendando el Padre Santo la Compañía y su fin. Demos infinitas gracias al Señor.

El último paso y el último gozo lo debió gustar don Enrique con otras categorías distintas a las terrenas. Fue el 2 de julio de 1901 con el «Decreto de Aprobación del Instituto».

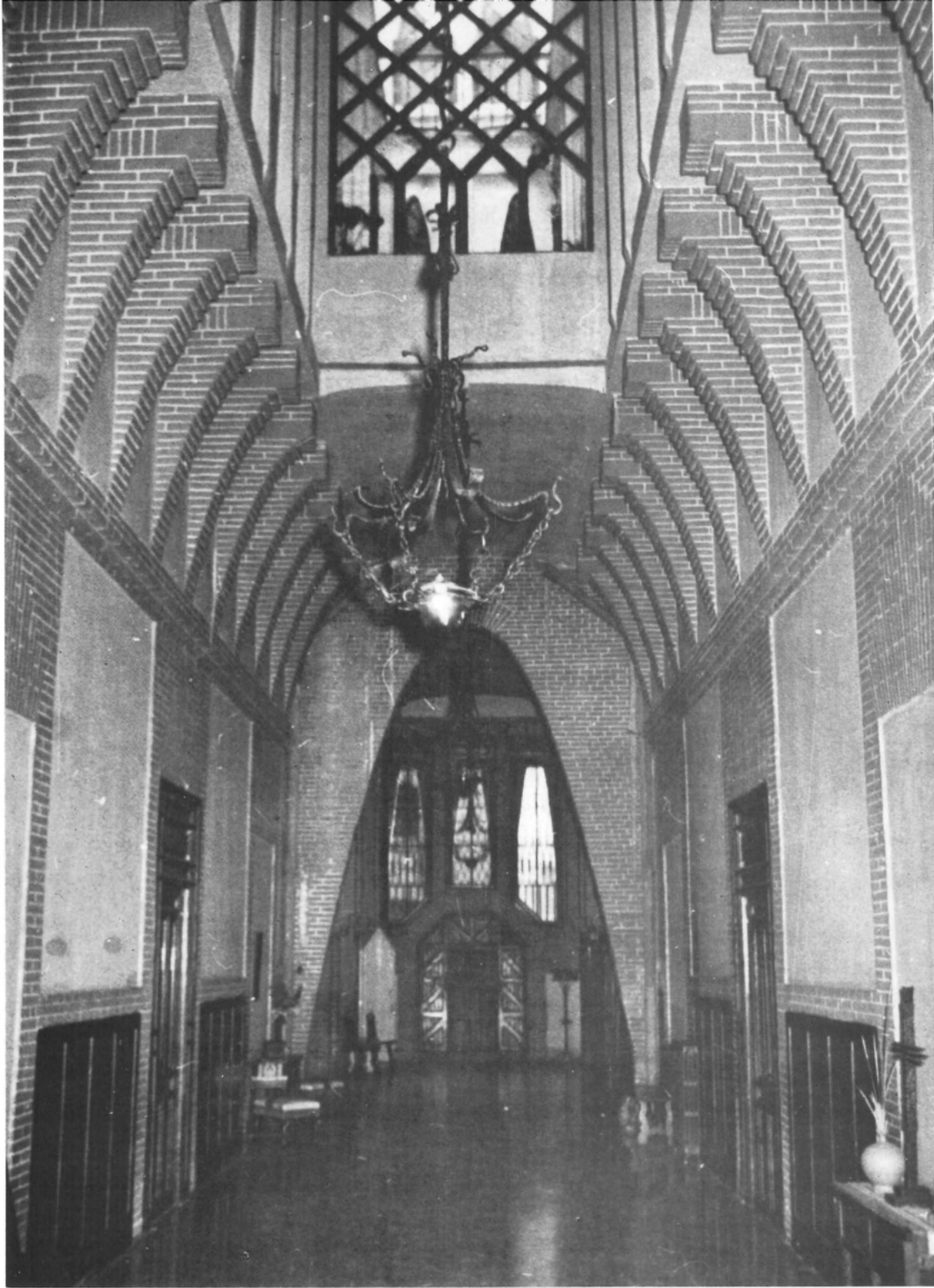
Roma está más cerca

Pero el «Decretum Laudis» nos evoca otra gran alegría de don Enrique. Había estado en Roma, junto a Pío IX en 1870 con don Manuel Domingo y Sol.

Y en 1888 volvía para arrodillarse a los pies de León XIII.

Ahora no iba solo. Dos Madres de la Compañía le acompañaban y la representaban. Era año de Jubileo.

En audiencia privada, fueron recibidos don Enrique y las dos Madres:



Casa Madre de la Compañia. Obra de Gaudí. Barcelona

Saturnina Jassá y Teresa Pla. Por primera vez la Compañía de Santa Teresa ante el Papa.

Su bendición fue un estímulo y una esperanza.

Se conoce que el año 1888 estaba destinado por Dios para dar compensaciones al alma de aquel sacerdote. Las necesitaba. Una gran amargura estaba enriqueciéndole con la prueba. Y estos goces en el camino, eran un verdadero alivio.

El ayuntamiento de milagros

Con ilusión, casi diría infantil, marchó un día a entrevistarse con el más genial arquitecto de los tiempos modernos: Antonio Gaudí. Le encargaría la casa madre.

Era ya el remate de su obra. Allí tendría su asiento el consejo general. Sería también colegio e internado.

Y el escenario de sus últimos años. De muchas alegrías, de entrañables momentos y de los más dolorosos encuentros.

La construcción de esta obra fue la que llamará don Enrique «El ayuntamiento de milagros».

El primero fue el de aquella fe inmensa que demostró.

Humanamente, viene eufórico de su viaje a Roma. Y sobrenaturalmente se está empezando a acostumbrar a la acción de Dios por encima de nuestras pobres posibilidades.

La anécdota de esta construcción que tanta importancia va a tener no sólo en el ámbito de su vida y obra, sino en el de la Historia del Arte, es una de las primeras que conocen las hijas de la Compañía.

Estamos en el verano de 1887.

El Padre había pensado ya con una visión de futuro que hoy queda bien confirmada, en una zona abocada al crecimiento: San Gervasio. Hablar de esa barriada — se sabía — era hablar de miles de reales. Y en el Instituto, brillaban por su ausencia.

Pero es hombre tenaz y cuando quiere una cosa, no desiste fácilmente. Sabe a dónde va.

Febrero de 1888. La M. Cinta Aguilar, ecónoma, y otra hermana, pasan por el despacho del Padre antes de salir a la compra de terrenos.

— Padre, ¿contamos con medios para semejante empresa?, ¿sabrá que los solares en esa zona son costosísimos?

— ¿Tenéis fe?

¡Cualquiera contestaba negativamente! Ese hombre, al que no la tenía, se la contagiaba.

— Sí, Padre.

— Pues, ¡adelante!

Y tan adelante. A los pocos días, el 4 de marzo, se firmaban las escrituras. El precio era de 130.000 ptas. Para aquellos tiempos, una cantidad muy grande. Pero como la fe de Ossó era más grande todavía, no se vio problema en comprometerse. Y aquel día en la Procuraduría General no había más que una peseta. ¡Sí, cuatro reales exactamente!

El resto fue algo así como la multiplicación de los panes y de los peces. Empezaron a llover reales. Claro está que la Revista de Santa Teresa era una invitación continua a ayudar en una obra tan necesaria. No podía estar un Instituto de Enseñanza sin una adecuada casa de estudios.

Y siguió en pie el «ayuntamiento de milagros».

La obra se puede seguir paso a paso — en su crecimiento externo — a través de los números de la Revista de 1888 y de 1889. Pero su crecimiento interno, el de los prodigios de fe, era desconocido para la mayoría.

El dinero se multiplicaba. Bueno, don Enrique se quedó, si no lo estaba ya antes, con los bolsillos del revés.

Cada factura, un apuro. Uno de ellos llegó al máximo. Se terminó el primer plazo para pagar los solares. Y el acreedor, en vista de la tardanza, intentó llevar a don Enrique a los Tribunales. Éste pidió dos días de prórroga. Realmente en ese plazo era casi imposible conseguir lo que le pedían. Pidió, suplicó y... reunió cerca de 8.000 duros.

Los jornales de los obreros eran también una continua angustia para la M. Procuradora. Don Enrique nunca se inmutó y la cantidad salía desde luego, de donde menos se esperaba.

Antonio Gaudí también fue extraordinario. Su inmensa fantasía iba

añadiendo detalles a la obra, que resultaba, además de genial, muy costosa.

Primero fue la idea de un castillo que evocara las Moradas teresianas, con sus torreones y almenas. Después, los símbolos de la gran doctora, rematando cada almena. Y luego, la grandiosa puerta de hierro forjado, para entrar al castillo interior...

Pero si el Padre le hablaba de frenar fantasía y gastos, le decía:

— ¡Cada cual a lo suyo, mosén Enrique! Yo, a hacer casas, usted a decir misas y predicar sermones.

El 15 de diciembre de 1889 pudo ser habitada. El consejo general se trasladó de la calle de San Elías, donde estaba, a la casa madre de la calle Ganduxer.

Había costado trabajos y premuras económicas. Pero ahora con su rica vida interior y su acción de relevancia externa — sin duda, también importante — constituía un inmenso gozo para el alma del Fundador.

Le secundaban

Era General del Instituto la M. Saturnina Jassá Fontcuberta. Y vamos a contarla también entre las satisfacciones internas del P. Fundador.

Fue una mujer extraordinaria. De esas que la Providencia envía para las obras grandes. Porque se necesitan. Estuvo siempre junto al Padre y él le regaló su estimación y su confianza.

Adivinó desde el primer momento lo que se encerraba en su interior. Y se lo comunicó a una de las primeras fundadoras, la M. Teresa Pla:

Acabo de llegar de Tarragona de acompañar a una de las mejores teresianas que tenemos en España. Se llama Saturnina Jassá. Un año de sufrir y batallar le ha costado para alcanzarlo; pero, por fin venció la Santa. Es de las almas que necesitamos: gran cabeza y gran corazón.



NIÑO JESUS que el Siervo de Dios
Enrique de Ossó, Fundador de la Compañía de Santa
Teresa de Jesús, obsequió a las Madres Fundadoras
del Colegio de Puebla, México, al despedirse de ellas en
el Puerto de Barcelona Año 1888

Esto era el 5 de mayo de 1877. Y mucho debió de confiar en ella porque cinco días después, el 10, le envía un documento importantísimo: El Directorio provisional:

... te encargo hagas al margen notas y observaciones que se te ocurran. Pide mucha luz a Jesús y su Teresa y al Espíritu Santo... Hazlo sin que nadie absolutamente lo sepa y lo advierta, y cuando yo vaya, hablaremos.

Y junto a ella, Teresa Pla y Teresa Blanch. Mujeres también a lo Teresa de Jesús que fueron hasta el final de su vida su principal gozo y corona.

Supo desde el principio realizar una fórmula que creía importante: «La primera atención es elegir buenas cabezas; que las cabezas estén conformes».

Una ciudad sin fronteras

La casa madre de Gaudí tenía fuertes almenas y torreones. Eran un símbolo. Pero también las tenía Ávila, y Teresa de Jesús salió de ellas para comunicar a los hombres su amor a Cristo y sembrar los campos de España de aquellos rincones de oración.

Las hijas de la Gran Teresa tenían también que salir, que extenderse y hacer del mundo su casa.

Y se extendió la Archicofradía. Como un abanico se fue abriendo primero por los pueblos de Tarragona, de Cataluña más tarde, de España y... cruzó las fronteras. Fueron aquellas jóvenes del «Cuarto de Hora» de oración, un fermento en la masa, en donde comenzaba su tarea el laicismo. Eran fervorosas y lo contagiaban. Las crónicas de sus actos, en la Revista de Santa Teresa, las unía desde los rincones más alejados. Y allí estaba, también como vínculo de unión, las consignas de su Fundador, don Enrique, que cada mes proponía los aspectos principales del Retiro — uno de sus compromisos fundamentales —: Una INTENCIÓN, una

MÁXIMA y unas REFLEXIONES. Es el sistema que hoy se utiliza para organizar cualquier encuentro de los miembros de un Movimiento que se halle establecido en puntos distantes.

Y se extendió la Compañía. Y con ella, el Rebañito.

La primera salida fuera de España fue a nuestro país vecino. A Portugal marchó don Enrique con un sacerdote portugués — don Lorenzo González, que debió conocer a través de la Revista —, el 25 de octubre de 1883. Regresaba de su viaje a Ávila para desagraviar a la Santa por el robo sacrílego.

Y en abril del 84, cinco hermanas saldrían de Maella hacia La Fraga en la diócesis de Viseo para hacerse cargo de un colegio. Sería la primera salida de la Compañía al extranjero.

La segunda, a África: Orán. Y fueron los emigrantes españoles los que preocuparon a Ossó al pensar en aquellas tierras. Un apostolado hoy de gran actualidad como preocupación pastoral urgente.

La primera expedición, compuesta de seis hermanas con la M. Saturnina a la cabeza, salió del puerto de Barcelona el 1 de febrero de 1885.

Entusiasmo misionero de las primeras hermanas que pisaron África. Serán el principio de actos heroicos de muchas otras que don Enrique contemplará desde el cielo, años después, en Angola: en la década de los años 70. Ya en el siglo xx.

Él no pudo marchar: su hermano Jaime se estaba muriendo. En pocos meses le dejarían su padre y su hermano. El primero, el 8 de octubre de 1884. El segundo, el 7 de marzo del 85.

Y por fin, a América. Allí a la Compañía le esperaba un futuro esperanzador. Las fundaciones en aquella tierra nueva, iban a multiplicarse hasta superar las españolas.

Puebla de los Ángeles, en México, fue la primera ciudad americana donde tuvo casa la Compañía.

Cuando en el puerto barcelonés embarcaban las siete hermanas dispuestas a fundar en el Nuevo Mundo, don Enrique las bendecía satisfecho.

Cerca de él, despidiendo a aquel grupo ilusionado de misioneras, estaba mosén Jacinto Verdager, un amigo del Fundador que entendía también de grandes empresas.

Hubo que parar

Primero fue el cólera, aquella terrible enfermedad del siglo pasado, el que obligó a pararse a algunas hermanas. Para medir sus fuerzas y lanzarse al heroísmo, a unas. Para dejar su actividad en el tiempo y entrar en la eternidad, a otras.

Don Enrique sabía que su obra era de Dios y a Él le pertenecía. Con generosidad se la ofreció. Y Dios tomó dos vidas y aceptó el sacrificio de todas. Era el mes de agosto de 1885.

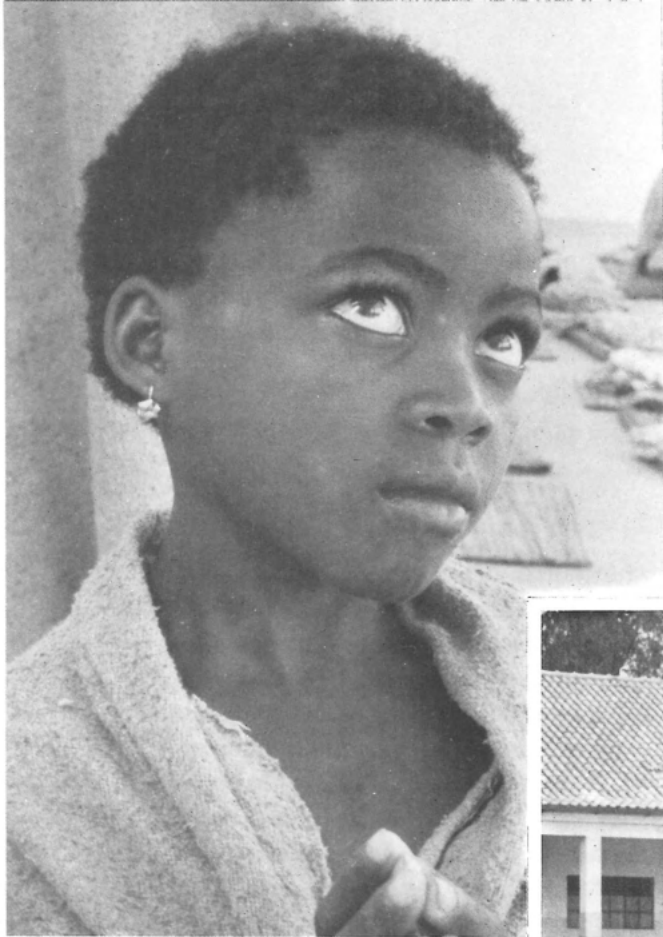
En la Revista teresiana leemos:

Hace más de un mes que las hermanas de la Compañía de Santa Teresa cerraron el colegio que tienen en aquella villa (La Almunia de Doña Godina) para consagrarse exclusivamente al cuidado de los coléricos, tomando a su cargo el hospital. Mas como la enfermedad continúa y va causando cada día nuevos estragos, la asociación de contribuyentes mandó un telegrama para que se mandasen ocho hermanas más. A pesar de que el fin de la Compañía de Santa Teresa de Jesús es el atender a las obras espirituales de enseñar al que no sabe, no obstante, todas las hermanas, y lo que es más de maravillar, las postulantes, en estas circunstancias externas, se han ofrecido a cuidar a los coléricos donde la obediencia las envíe...

Pero detrás de aquel heroísmo estaba el Padre animándolas hasta el martirio si fuera preciso:

Bien me parece que las que se sientan con ánimo se ofrezcan a dar la vida por sus hermanos, sirviendo a los coléricos, pues es la prueba más grande de la verdadera caridad, como dice Jesucristo.

Y dos de aquellas valientes jóvenes murieron en acto de heroica caridad.



*La hija de
una ex-alumna de Bela Vista,
reza en el internado
las oraciones de la mañana*



*Internas de la
Misión de Nova Lisboa
en Angola*

También la incesante actividad de don Enrique tuvo que frenar en cierta ocasión, cinco años después del cólera.

Fue durante el mes de enero de 1890.

Y por segunda vez en su vida recibe el Viático. Y también, por segunda vez para seguir caminando. En su marcha definitiva no tendrá tiempo de hacerlo.

Una erisipela, mal cuidada al principio, estuvo a punto de acabar con su vida. Pero la Compañía, y sobre todo los niños, con sus oraciones, no le dejaron marcharse. Cuando Dios lo quiso, tuvo que llevárselo por sorpresa...

Soñando nuevas conquistas

Fue un deseo muy ambicioso. Como los tienen siempre los hombres de ideales sin fronteras. Mejor dicho, fueron dos deseos. Y quedaron sin realizarse plenamente.

Cincuenta y cinco años, que son los que vivió, dan de sí para muchas cosas, como podemos ir viendo. Pero algunas corren el peligro de quedarse en proyecto, o de no prolongar su realización en el futuro.

Lo primero le ocurrió a la obra que hubiera constituido la Congregación de MISIONEROS DE SANTA TERESA DE JESÚS.

Entre las «intenciones» que se ofrecen para la oración de los suscriptores de la Revista, se encuentra, repetidamente, a partir de 1877. Fue aquel año, en Montserrat — cuna de tantas opciones de don Enrique — cuando escribió el proyecto.

En noviembre de 1882 aparece en la Revista una explicación detallada del mismo. Se firma también en Montserrat, el día de San Francisco de Asís.

Su fin, semejante al de la Compañía, excepto en la dedicación apostólica:

El fin de los Misioneros de Santa Teresa no es sólo atender con todo ahínco a la propia salvación y perfección con la gracia de Dios, sino además celar la mayor honra de Cristo Jesús, María

y José, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo por medio DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN, MINISTERIO Y APOSTOLADO DE LA PALABRA, Y SACRIFICIO, bajo la protección y guía de Santa Teresa de Jesús.

Todo estaba perfectamente estructurado.

Fue un deseo espléndido.

Pero Dios tiene sus designios. Y también en Tortosa, otro hombre, amigo suyo, saldría al paso de esta inquietud sacerdotal de reformar los seminarios: don Manuel Domingo y Sol.

Aunque realmente los proyectos eran distintos.

Lo segundo — una obra que no tuvo el futuro previsto por don Enrique —, fue:

LA HERMANDAD TERESIANA UNIVERSAL.

La idea nació en Ávila, a raíz de la peregrinación de 1877.

Quiso ser algo más que una asociación. Una como Confederación de carácter universal.

Vinculada a tres ciudades españolas, Ávila, Alba de Tormes y Tortosa, sería un foco de teresianismo.

O le faltaron hombres que secundaran sus deseos, o le sobraron deseos para los hombres con los que contaba.

Pero el proyecto saltó barreras y llegó a extenderse en los primeros años, unido precisamente a algo muy estimado por don Enrique: la ORACIÓN.

Un dato interesante nos ilumina sobre la expansión de aquel proyecto.

En noviembre de 1888 la Revista Teresiana habla de una nueva obra: Una «Escuela de oración». Y precisamente vinculada a la Hermandad teresiana universal. Su sede, lejana: Alemania. Hay un informe del Obispo de Brixen:

«Por estas letras declaramos que la Ilustrísima Señora Carolina, Condesa de Raezysnska, Princesa de Ottengen Wallerstein, con celo digno de aplauso, no omitió esfuerzo alguno para la fundación de la Hermandad Teresiana en Bregenz, pueblo de esta diócesis, en forma tal que dicha Hermandad local dependa en todo de la de Alba de Tormes en España.

»A esta Hermandad se halla unida la “Escuela de oración” llamada así por tener como fin principal la enseñanza y aprendizaje de la oración fervorosa y de la sagrada meditación.

»Esta piadosa Asociación cuenta ya en muchas diócesis con cerca de 2.000 individuos y hay esperanza de que se propague mucho más de día en día».

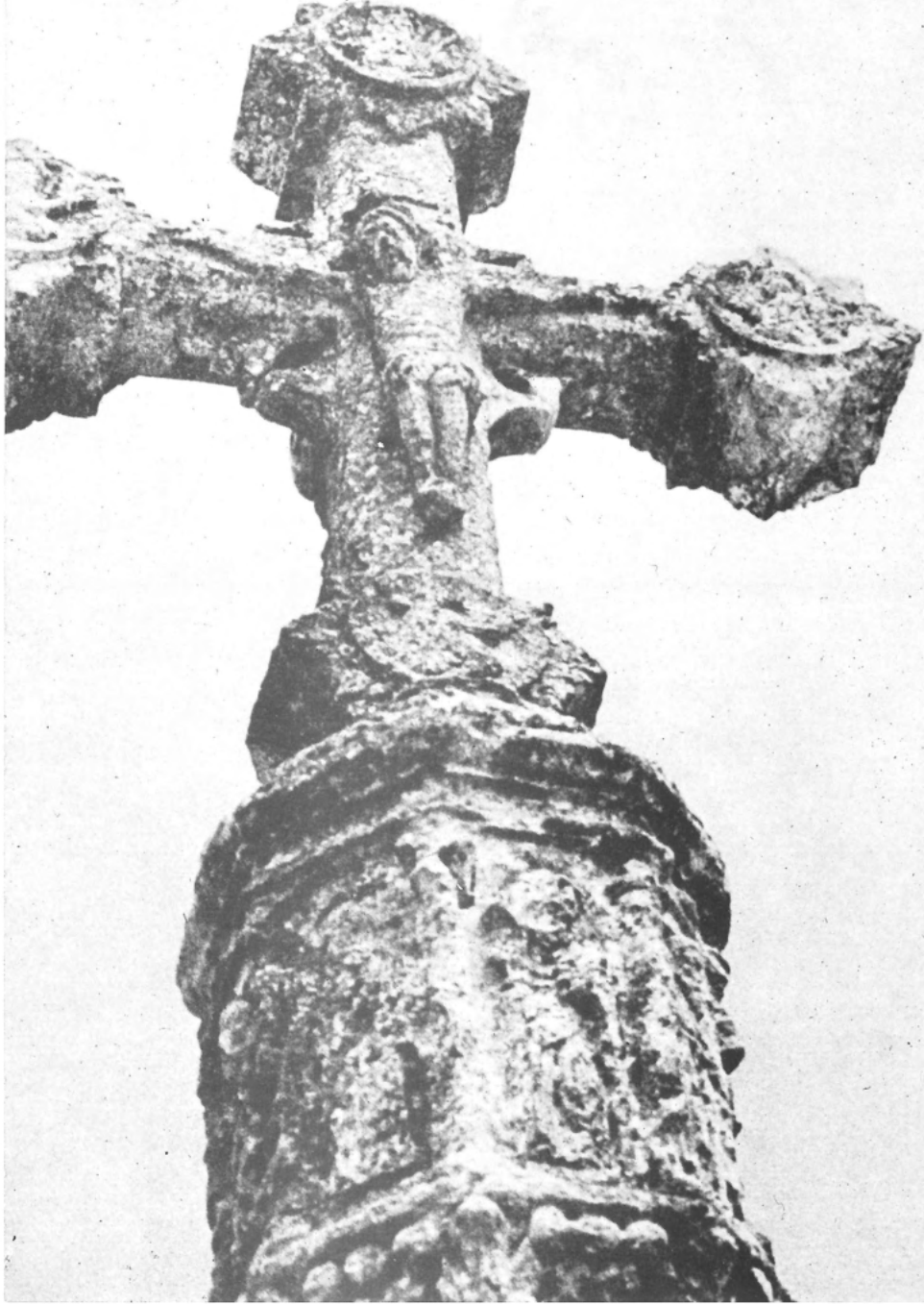
El Papa León XIII escribe un Breve concediéndole gracias espirituales.

También a Salamanca, otra de las sedes de la Hermandad, llega una bendición especial de Roma para la «Escuela de oración» vinculada a ella.

El sueño de nuevas conquistas había tenido principios prometedores. Si no tuvo un futuro más espléndido fue porque hay hombres gigantes a los que es difícil secundar plenamente.

VIII





EL APÓSTOL HA DE PADECER

¿Y la verdad?

Aquella noche del mes de octubre de 1879, don Enrique, al repasar en su alcoba los acontecimientos, debió preguntarse por la verdad.

Lo sabía demasiado bien: «padece, pero no perece». Y para enterarse mejor, lo repitió a menudo a sus hijas.

Los años desvelan los hechos y ahora podemos acercarnos mejor a ellos. Lo que seguirá siempre en el más absoluto desconocimiento humano, será el gran misterio del dolor que un hombre supo soportar con serena postura y rectitud admirable.

La oscura fuerza del dolor cristiano que hoy nos hace más grande su figura.

Intentaremos asomarnos a los hechos.

Aquellas dos obras que en Tortosa habían nacido de su entusiasmo teresiano: el convento de las carmelitas y el noviciado — entonces colegio — para formar a las futuras maestras, fueron el motivo.

Un solo terreno, cedido por doña Magdalena Grau. Una cercanía material, fruto de la necesidad: cumplir con el requisito del Real Decreto. Y una cercanía espiritual: celar juntas los intereses de Jesús y Teresa «orando unas, enseñando otras».

Dificultades desde el primer momento.

Primero, en cuanto al lugar exacto de la construcción.

Se hicieron los planos. Un edificio junto al otro separados por una calle. Se salvaban así las dificultades del permiso para la edificación del convento de clausura. Y por otra parte, se conservaba absoluta independencia.

Un día doña Magdalena fue a visitar el lugar. No le gustó.

Propuso otro al fondo de la finca que era impropio para colegio.

Y don Enrique intentó caminar por otros derroteros distintos. Dejar el terreno cedido por doña Magdalena, y empezar a edificar en uno en el que anteriormente se había pensado, de un tal señor Balaguer. El garrofal del «Sant», de Roquetas. Hay un motivo que conviene dejar aquí señalado. Nos ayudará después a entender «la verdad». Habla de él en una carta a la M. Teresa Pla, entonces hermana mayor de la Compañía:

**¿Sabes que hoy estoy volviendo al lugar que primero habíamos escogido para convento, y que por el amo no se hizo la escritura, pues pedía gran precio? ... A nadie le he dicho mi pensamiento, pero me mueve no poco el temor de si por querer luchar contra la señora, salen las pobres monjas perjudicadas, no ayudándolas en nada, cuando antes de esto, se ofreció a fundar un beneficio para el capellán y a ayudarles en la cerca e iglesia...
... Repito que el colegio estaría más bien situado... pero, eso sí, estaréis separadas de vuestras hermanas del convento.**

Y otro buen día doña Magdalena cambió de parecer. El 25 de marzo de 1878 don Enrique leía una carta de mosén Amades, condiscípulo suyo que le había presentado a la señora Grau: «Doña Magdalena me encarga de un modo especial que te diga que la casa-colegio para la Compañía, lo hagas en el mismo punto que tú tenías proyectado y no en otra parte».

No le gustó demasiado tanto cambio de postura. El Obispo y los otros consocios de don Enrique leyeron la carta y estuvieron de acuerdo.

El 4 de mayo de 1878 se puso la primera piedra. Las obras, en marcha.

Pero siguieron los contratiempos. Otra visita de doña Magdalena y de nuevo ¡que no le gusta el lugar! Pueden molestar a las monjas. Don Enrique estaba acostumbrado a las dificultades. Eran una herencia de su Santa Madre en las Fundaciones. Pero tanto cambio de pareceres en la señora, le preocupaba. ¿Qué querría el Señor? «Contradicción de buenos». Y ésa será desde ahora su única queja.

Inmediatamente detiene las obras. Y en la carta a la M. Teresa Pla, el 7 de julio comenta:

Mi estimada hija en Jesús: Ruge la tempestad todavía sobre el colegio y todos se han conjurado. digámoslo así, o todos desconfían o temen por él.

Me escribe hoy el prior (uno de sus consocios) apenadísimo, que teme con fundamento se haya de deshacer lo hecho y hacerlo en otra parte...

... ¡Válganos Santa Teresa de Jesús! ¡Cuán buena ha de ser su Compañía, qué frutos tan copiosos de santidad ha de dar cuando, podemos decir, que antes de nacer ya se la quiere ahogar y matar...

... Contradicción de buenos, que es la peor de todas como dice la Santa Madre...

... Yo estoy tranquilo y confiado. Me parece tener pruebas de que es la voluntad de Dios que se haga allí el colegio y no en otra parte.

Y explica con detalle todas las vicisitudes y cambios de opinión de la señora. Acaba diciendo:

Una voz me parece decir, como en otra ocasión a la Santa: Ahora, Teresa, ten fuerte. Os he explicado todo esto porque «quiero que estéis bien enteradas. Si no nos hubiera rogado la señora, no hubiéramos vuelto a edificar allí». Primero que no, después que sí; ahora que no y yo espero que por fin será que sí...

Oración y resignación y «silencio». Sólo con Jesús, María y José y Teresa, y los Santos Ángeles tratemos de este asunto, pues son los únicos que nos han de valer...

Después del paro de la obra, doña Magdalena pidió el derribo prometiéndolo indemnización. Pero, en vista de que los gastos superaban lo previsto, volvió a cambiar de parecer.

En el verano de aquel mismo año siguieron las obras sin más interrupción. Don Enrique comenta ahora escuetamente, en carta a la M. Saturnina del 30 de setiembre:



*«Los hombres tienen jueces.
Y los jueces conocen una parte de la verdad»*

Esta semana se empiezan ya las obras de vuestro colegio. Ya amainó la tempestad. Todo bien a Dios gracias, menos de dineros, que hay pocos.

Pero esos apuros económicos eran ya cosa fácil para él.

Llegó octubre del 79, y el 12, fiesta del Pilar, se había terminado la obra y se tomaba posesión del edificio.

El día 16 bendecía la Capilla el Sr. Vicario general, Dr. Castellarnau. Y el Padre decía la Primera Misa.

La M. Saturnina, al frente de un grupo de novicias, empezaba una vida pobre y austera, en aquel caserón que, si bien se había ya inaugurado, sólo era habitable en una mínima parte.

Pero allí se instalaron aquellas mujeres, intrépidas como su fundador, con una pobreza y unas privaciones que no les restaban felicidad. Al contrario, la aumentaban.

Nuestra pobreza era suma — dirá la M. Saturnina —. Vivimos todo el rigor del invierno sin que hubiera puertas ni ventanas para cerrar, con ropa escasa, con alimentos muy pobres, que se procuraban como se podía, con mil necesidades.

Y sin embargo el Señor nos hizo la gracia de que estuviéramos siempre contentas, siempre felices, siempre llenas de gozo en el Señor.

El Padre, feliz de verlas gozosas: «Me han alegrado vuestras cartitas».

Y precisamente aquella noche, después de una fiesta tan consoladora, don Enrique se pregunta por la verdad.

Porque una noticia le deja el alma en la más absoluta oscuridad: El día 13, las monjas del convento le han levantado un Recurso ante el Provisor de Tortosa. Alegan que les ha hecho graves daños con la construcción del colegio en un terreno que sólo a ellas les pertenecía.

Hay un silencio doloroso en la habitación de mosén Enrique.

¿Cómo puede ser aquello?

Y en el desvelarse continuo de aquellas primeras horas de la noche,

debió de recorrer uno a uno los acontecimientos que acabamos de reseñar.

¿Y la verdad?

Los hombres tienen jueces

Pero los hombres tienen jueces. Y los jueces conocen una parte de la verdad. La que se les desvela con mejor o peor intención.

Fueron momentos difíciles para don Enrique que se convirtieron en una larga y pesada cruz, durante dieciséis años. Los que le quedaban de vida. Dolor producido por juicios humanos desfavorables.

Un «Pleito» que le hará recorrer tribunales en busca de la verdad que él conoce, pero que las circunstancias o los corazones se empeñan en ocultar.

Unos la ignoraron porque les faltaban datos que se la desvelaran. Otros, torcieron su camino porque tal vez les faltó grandeza de alma y se dejaron llevar por debilidades también humanas.

Los procesos judiciales son itinerarios que muchas veces los hombres necesitan recorrer. Pero alguien sufre frecuentemente por una justicia que sólo Dios posee en plenitud infinita.

Una terrible angustia y soledad debió penetrar en el alma de don Enrique al conocer los hechos que se sucedían sin explicación lógica para él. ¿Qué había ocurrido? ¿Sus más fieles amigos, le abandonaban ahora, impugnando lo que ellos mismos habían aprobado y decidido?

Porque el día 14 de noviembre de aquel mismo año 1879, sus tres consocios se unían también a la causa contraria, presentando recurso al Provisorato de Tortosa.

Al principio fue una terrible incógnita sobre la que ni siquiera se atrevía a juzgar. Los Tribunales tendrían que hacerlo. Él no desistió ni un momento de defender la verdad aun a costa de íntimos sufrimientos.

Poco a poco fue comprendiendo, cuando la causa pasaba de Tribunal en Tribunal, que no podía hacer otra cosa sino seguir en la brecha, aceptando en soledad y santificándose en ella.

Sabe que aquel dinero invertido en la obra — procedente en su mayor parte de las dotes de las hermanas — no le pertenece. Tiene que defender lo que por no ser suyo es más sagrado.

Se alzan voces durante el proceso en favor de la verdad. Pero ésta vuelve a ocultarse porque Dios tiene sus caminos que muchas veces necesitan el desconcertante recurso humano.

Los dos últimos años de la vida de don Enrique se vieron duramente amenazados por el Decreto de Ejecución de sentencia que Roma dictó al fin. Los jueces humanos juzgaron los hechos con los datos que les llegaban. Y allí había algo que tardaría muchos años en manifestarse.

Dos errores judiciales, algunos «malos entendidos» y debilidades humanas, constituyen un difícil proceso.

Cuando en enero de 1896 muera don Enrique, aún se ignorarán los caminos de la verdad.

Sólo los años la desvelarán plenamente.

Porque los hombres tienen jueces y los jueces conocen la verdad que se les presenta. En 1967, un gozoso descubrimiento en los archivos del Vaticano hará patente la verdad y sobre todo la heroica postura de un hombre que supo luchar por ella esperando contra toda esperanza.

Para la grandeza no hay Tribunales

Sí, los Tribunales podrían ordenar el derribo del Noviciado. Pero lo que jamás derribarían sería la grandeza extraordinaria de aquel hombre que sabía ESPERAR sin amargura, y CALLAR sin resentimiento.

Su postura y la de aquellas mujeres que en los comienzos de su vida religiosa supieron secundarle, es suficiente para juzgar al hombre que sostuvo aquella agotadora lucha por la «verdad».

En la capilla pobre y sin terminar de aquel Noviciado, hay una inmensa tensión. La M. Saturnina, profesas y novicias, están reunidas en el Oratorio. Es la víspera de San José. El día anterior, 17 de marzo de 1884, les han leído la notificación del Entredicho. Ahora, dentro de breves instantes,



un sacerdote, a quien ha designado el Obispo, dirá Misa y dejará abierto y vacío el Sagrario. Quedarán solas en aquel caserón sin terminar. Y han ido a él para vivir con el Señor, para formarse junto a Él.

Cuando la lámpara de aquel Sagrario se apaga, don Enrique, desde Barcelona, está encendiendo una nueva lámpara en otra fundación. Y sobre todo una inmortal esperanza. Un día se volverá a encender y brillará para siempre en los corazones de aquellas hermanas:

Mañana pongo el Santísimo en Junqueras.

¡Qué admirable coincidencia! Se apaga una lámpara y se enciende otra. ¡Todo por Jesús y su Teresa! Nada os turbe, nada os espante, que todo se pasa!

Y no se turbaron, porque aquella fe a toda prueba del Padre, era un testimonio demasiado fuerte. Las 50 novicias permanecieron allí, aunque no les obligara ya la Congregación, y a pesar de no poder vestir el hábito o hacer los votos.

En el Diario de la Casa, se lee todos los días: «La Comunidad ha oído la Santa Misa y ha comulgado en las carmelitas descalzas». Precisamente allí.

La paz inquebrantable de aquel hombre de Dios es ahora cada día más extraordinaria. Expone, lucha, sufre, pero jamás una palabra de amargura y crítica. A don Manuel Domingo y Sol, su entrañable amigo, le dirá al ejecutarse el Entredicho:

Mi querido Mn. Domingo y Sol:

Extrañaría mucho que nada le dijera el día que nos vimos en la estación. Estábamos hablando del asunto que hoy todos sabéis.

Y después de ponerle al corriente de los hechos y de su postura, termina con esta admirable reacción:

He aquí en sus más sencillos términos la cuestión. Se quejan porque no he acudido antes. Y yo digo: por deferencia y consi-



*Aquellos
ladrillos rojos,
caprichosamente
escalonados
por Gaudí,
le han
contemplado
durante
varios años*



deración a la autoridad eclesiástica. Y es la verdad y Dios sabe que no miento.

Son cosas de Santa Teresa de Jesús... Oremos, callemos y Jesús y su Teresa proveerán.

Las hermanas y su Fundador están tranquilos, porque nada les remuerde la conciencia.

SÓLO UNA COSA HE ENCARGADO: QUE TENGAN MUCHO CUIDADO EN NO OFENDER A DIOS.

Suyo affmo. SS. y C.

Enrique de Ossó

21 de marzo de 1884.

Ésa fue su obsesión, y ésa su grandeza.

«En no habiendo pecado, nada temo.»

Sabía que nada puede dañar a la persona, si no es su postura negativa ante las cosas. Y jamás se colocó frente a la VERDAD y al BIEN. Prefirió «callar y orar». Las hijas aprenderían la lección:

Vosotras orar, callar, esperar.

Esta tribulación ha de ser de gran gloria. Pero es menester que os portéis dignamente como hijas de la gran Teresa de Jesús, cuya vida os ofrece enseñanzas admirables sobre el particular. «No os dañará ninguna adversidad, si no os domina ninguna iniquidad.»

El Noviciado está en Entredicho. Pero no «derribado». Hay allí demasiada grandeza y no se puede echar abajo con un simple juicio de los hombres.

Las novicias, que podían marcharse — «la que no se sienta con valor y esfuerzo para soportarlo, puede, con entera libertad, volver a su familia», les había dicho el Padre — permanecieron firmes los 21 meses. Y junto a ellas, muchas otras, que fueron llegando... ¡a pesar del Entredicho! Habían aprendido la lección: ¡ESPERAD Y VERÉIS GRANDES COSAS!



Despacho de D. Enrique en el Colegio de Barcelona, Ganduxer

Pasan años y años. Dieciocho, que son muchos. Y la Compañía sigue adelante y el Fundador vive junto a ella. Y su entusiasmo y su alegría, su gozo y su esperanza, no descubren ni un solo momento la cadena de amargas realidades que don Enrique conoce porque va de Tribunal en Tribunal.

Y aquel verano de 1894 — precisamente uno de los momentos más dolorosos del Pleito — está en Roma para luchar por la verdad, sin que nada le impida decir a las hermanas de San Gervasio y a la Superiora General:

Sigo muy bien, gracias a Dios. Creo que no he pasado ningún verano tan fuerte y tan aprovechado.

Y ni una alusión a su dolor por el Pleito. A pesar de que otra angustia mucho más punzante, le dolía ya en aquellos momentos.

¿Qué sabemos del misterio?

En toda relación humana hay un misterio que respetar. Porque misterio es siempre el hombre.

Puede ser otra de las fuentes inagotables del dolor humano. Y en Enrique de Ossó, lo fue.

Nos queda asomarnos a la última y más dolorosa prueba por la que tuvo que pasar.

Sus amigos le habían defraudado. Los Tribunales eclesiásticos — por lamentables errores — le juzgaban desfavorablemente.

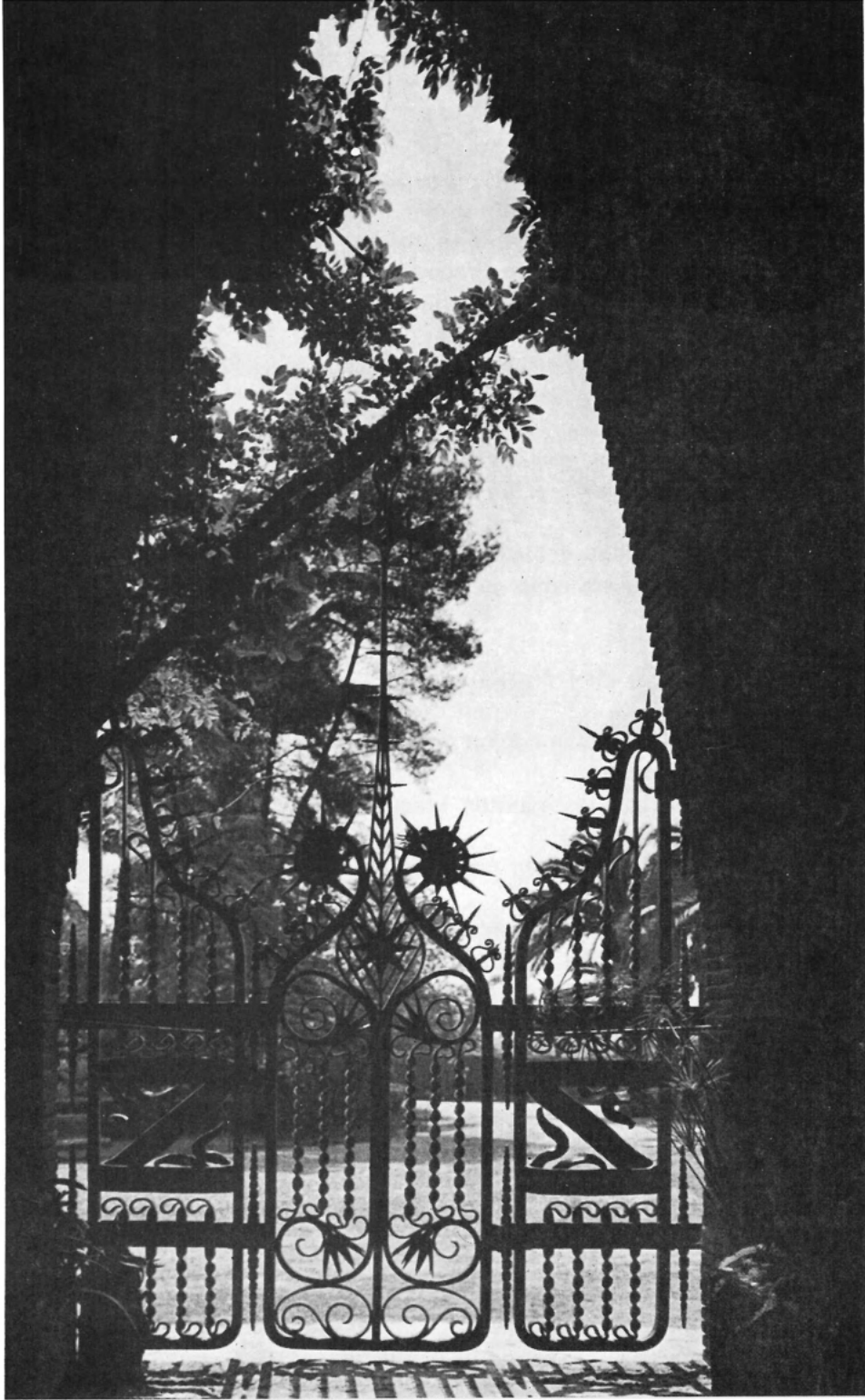
Y ahora SU MISMA OBRA amenaza ruina, por una crisis interna.

También el tiempo desvela los hechos y deja al descubierto lo que sin perspectiva puede resultar incomprensible.

Las Constituciones presentadas en 1888, cuando merecieron el «Decretum laudis», tuvieron también una serie de animadversiones que el Padre se apresuró a atender.

Una de ellas se refería al nuevo modo de gobernarse el Instituto.

Un día atravesó por última vez esta puerta...



Dos circunstancias interesantes: La situación del Fundador cambiaba canónicamente. Hasta entonces él había sido el «Consultor General» o «Superior inmediato»; ahora la Compañía de Santa Teresa de Jesús «se debía regir solamente por la Superiora general y su Consejo».

Don Enrique se apresuró a formar a las hermanas para el gobierno.

El segundo dato interesante es éste: otra de las animadvertencias exigía la edad de 40 años como mínimo para el cargo de Superiora General.

Hacía 12 años que se había fundado la Compañía con un grupo de jóvenes. Y naturalmente las que seguían entrando, lo eran más.

De las 269 hermanas, sólo dos tenían la edad requerida.

Entre las dos hermanas, pues, hubo que decidir: o Teresa Guillamón o Rosario Elíes. Y recayó la elección sobre esta última.

Realmente no tenía por qué ser la más adecuada por el hecho de tener 40 años. La M. Saturnina, general hasta ahora, tenía 38. Había sido el extraordinario apoyo del Padre en tantos momentos difíciles.

Y Dios quería este nuevo desgarrón.

Como una pared que empieza a resquebrajarse, dibujando la amenaza de ruina en su grieta, la Compañía tenía una brecha abierta en su pared maestra.

Don Enrique había ido creciendo en aquel «silencio y esperanza» en donde la Sagrada Escritura descubre la fortaleza. Y en esta ocasión calló también.

Sólo supieron de aquella terrible realidad las consultoras y algunas superiores que no podían dejar de ver lo que era demasiado claro.

Rosario Elíes no estaba a la altura de las circunstancias.

Una enfermedad vino a agravar la situación. No hacía ni dejaba hacer.

El Padre insinuó la solución que parecía más adecuada: «Que en ausencia o enfermedad grave de la General, gobierne interinamente la Vice-superiora general».

Don Enrique, que estaba ya acostumbrándose demasiado duramente a las interpretaciones torcidas, aceptó también ésta. Y de nuevo tuvo que callar.

Lo peor era que el misterio humano, respetado siempre por las almas grandes, no está hecho para otras que no saben de vuelos.

La tarde de la vida se presentaba demasiado dolorosa para el gran apóstol. Fue la prueba del fuego. Allí se había de purificar.

Y tuvo la grandeza de la santidad. SE RETIRÓ.

Finales de agosto de 1895.

Don Enrique tiene un pequeño despacho en la planta baja de la casa madre. Aquellos ladrillos rojos, caprichosamente escalonados por Gaudí, le han contemplado durante varios años en su mesa de trabajo. Muchos gozos y muchas esperanzas. De las hermanas y de las niñas del colegio.

Era el cuarto del P. Fundador y a todas les gustaba visitarlo. Sobre todo a los parvulitos, sus grandes amigos.

Y un día el cuarto se quedó vacío.

Don Enrique recogió sus papeles, vació los cajones, se puso el manteo y atravesó aquella puerta de hierro forjado que era un símbolo en el Castillo interior interpretado por Gaudí.

No volverá a atravesarla.

Unos días en el Noviciado de Tortosa y marchó a Vinebre, su pueblo natal.

Soledad y silencio. Pero no inactividad. Ni menos, resentimiento. Siguió animando, exhortando, escribiendo sus últimas y más bellas obras.

Varias veces salió de su pueblo durante los meses que estaría hasta diciembre.

Se acercaba Navidad. Tuvo que ir a Barcelona a despedir a un gran amigo, el Obispo de Chilapa, Monseñor Ibarra, y se hospedó en casa de su cuñada.

Cuando tres Madres del Consejo fueron a verle, don Enrique permanecería con tanta serenidad como equilibrio.

Pero aquellas hermanas no podían cegarse ante el dolor, por muy silencioso que fuese.

Lo que a mi parecer sufrió el Siervo de Dios en este período de su vida no se puede ponderar, siendo él de sentimientos tan nobles y delicados.

Sólo Dios y su siervo saben las penas y amarguras que pasó en absoluto silencio.

Cuando salieron de su casa los ojos del Padre estaban humedecidos y su corazón, de tanto guardar las penas, se había agrandado a la medida de la Compañía entera.

IX





EL APÓSTOL HA DE MORIR

Cuando se cuida un silencio

También el silencio hay que cuidarlo para que no pierda su valor.

Por eso don Enrique quiere retirarse a su lugar preferido: al Desierto de las Palmas. Antes, pasa por Tortosa.

En el Noviciado se anuncia la llegada del Padre. Aquellas novicias no saben nada del calvario de su Fundador. Ni lo sospechan.

Da el hábito a unas cuantas hermanas y contagia la santidad de su vida que va llegando a la cumbre.

Sólo unos días permanece en Tortosa. Quiere ir pronto al Desierto.

La Madre Maestra de Novicias se le acerca la última tarde:

— Padre, querrá despedirse de las novicias, ¿verdad?

— ¡Para qué más pena! — fue su respuesta. Por un resquicio insignificante, dejaba asomar aquella pena que ya no quería aumentar.

Desde el Noviciado escribe una carta a las hermanas de Vinebre. La carta es, o al menos parece, un símbolo:

Va caja con un tesoro. Recogedlo en seguida, que no se pierda, y hacedle gran fiesta y guardadlo y regaladlo bien, bien, bien. Y ORAD MUCHO POR VUESTRO PADRE QUE ASÍ OS REGALA EL ALMA.

Cuando la carta llega a su destino, ya caminaba el Padre en busca de soledad para cuidar su silencio; y en busca de la Hora de REGALAR SU ALMA Y SU VIDA A LA COMPAÑÍA.

No sé qué misterioso designio le llevó a otro lugar de silencio.



Sancti Spiritus. Convento franciscano donde murió D. Enrique

En el Desierto de las Palmas estaban pasando las vacaciones varios amigos y allí no podía encontrar lo que buscaba.

El 2 de enero llegaba a aquel rincón valenciano de Santo Espíritu del Monte, en Gilet, su última morada en la tierra.

Si quería silencio, allí lo tenía. Si quería naturaleza como en el Desierto, allí se la regalaba Dios en abundancia. Y si quería paz, aquella comunidad de franciscanos se la brindaba en el monasterio rodeado de siete colinas, con su vida regular y observante. La casa era también Noviciado. Y para formar a las almas es preciso también cuidar el silencio.

Allí se quedó.

Fuera y dentro

En los atardeceres de aquel templado invierno, «El Solitario» pasea por la explanada anterior al monasterio.

Allí hace el Vía Crucis. Acompañando a Cristo en su camino de dolor, el suyo le parece ligero. Y sonríe con la paz del que «no temiendo ya nada, lo posee todo».

Del 6 al 13 de enero hace Ejercicios Espirituales.

Y luego, continúa su retiro con serena calma.

Allí firmará su más bello libro de meditación: «La novena al Espíritu Santo». El día 14 de enero, trece días antes de su muerte.

Allí vivirá de las aspiraciones que se traslucen continuamente en sus últimos escritos.

Oh Jesús mío y todas mis cosas! Tú sabes que te amo, porque lo sabes todo!

¡Oh Jesús mío y todas mis cosas! Grabad vuestro divino nombre en mi entendimiento, en mi memoria, en mis labios y sobre todo en mi corazón para que no me acuerde más que de Jesús, no hable más que de Jesús, ni ame más que a Jesús.

¡Oh Jesús mío y todas mis cosas! O amarte o morir.

No me vaya yo de este mundo, Jesús mío, sin haberte amado, y hecho conocer y amar cuanto me es posible.

Éstos son ya sus últimos deseos.

Y sus miradas, con el hermano lego, que le acompaña en aquel último paseo, el 27 de enero, van más altas.

Es media tarde. Pero ha oscurecido demasiado y en el cielo brillan algunas estrellas. D. Enrique siente un extraño peso y un ligero malestar.

Sólo lo comunica con el hermano lego.

Y cuando se despide para entrar en su celda, dirige su última mirada al cielo. «Desde fuera.» Sus ojos iban a abrirse pronto para gozarlo «desde dentro».

¡Qué cielo tan bello, hermano! Si por fuera es tan hermoso, ¿qué será por dentro?

Las dos puertas

Se le habían cerrado demasiadas puertas en sus últimos años. Y al fin se le cerraría una, la última, para abrirse ante él la puerta de la verdadera VIDA.

En silencio, como él deseó, «El Solitario» pasó su última noche en aquella celda de la Hospedería.

Conociendo sus últimas cartas, se adivina en aquel hombre de 55 años mucho vigor y muchos planes en futuro. No es el hombre derrotado por la lucha que se esconde en la desesperanza. Es el conquistador de nuevos aires que le descubran otra realidad distinta para poder seguir trabajando.

El 20 de enero escribía a su amigo Sr. D. Miguel Casals, enviándole varios libros para imprimir. Y al despedirse le decía:

Dirija contestación a Tortosa, Colegio, y me la mandarán donde esté, y guarde silencio si usted lo sabe por casualidad, «hasta que acabe mi retiro».

Cuando lo terminara, pensaba seguir trabajando. No cabe duda. Era un hombre de esperanza. Y en ella, hasta el final.

Pero era necesario que REGALARA SU ALMA. No había podido hacer más. Para que no se rompiese la unidad de la Compañía de Santa Teresa, fue necesario que se rompiera su vida.

Un derrame cerebral fue el golpe de gracia.

Envuelto en una manta se arrastró como pudo hasta subir los escalones que le separaban de la puerta de clausura. Llamó en la angustia del estertor. No le oían. Aquel silencio que había ido a buscar era ahora demasiado sobrecogedor. Golpeó de nuevo. La puerta de clausura se abrió.

Su cuerpo caía desplomado, mientras en el cielo se abrían de par en par las puertas de una gloria que no se le podían cerrar, porque era el mismo Cristo el que le esperaba.

Amén

En el pequeño y pobre cementerio franciscano de Santo Espíritu, la tarde del 28 de enero de 1896, la Comunidad le dio cristiana sepultura. La Comunidad y el párroco de Gilet, don Rafael Marín.

Solo sus últimos días, solo la última noche. Y ahora, en la más absoluta soledad de aquel paraje rodeado de montañas.

Cuando, por la mañana, los novicios supieron lo ocurrido, sus almas jóvenes sintieron la emoción del que ha estado cerca de la santidad que desea, y ahora se da cuenta; cuando se le ha ido.

Recordaron su presencia, su estilo de vida, su oración fervorosa, su categoría humana y su trasfondo divino. Y tuvieron la intuición de haber vivido junto a la grandeza.

Aquel «Solitario» se había ido tan callandito, que no les había dado tiempo de familiarizarse con su santidad.

Lo que no sabían aquellos novicios, porque estrenaban aún la vida de entrega, es que había sido necesario aquel silencio y aquella muerte soli-



«Subió estos escalones que le separaban de la clausura...»

taria. Eran el AMÉN que rubrica una vida gastada en el servicio de Dios. Era el «Así sea» de una serie de deseos de unidad y de crecimiento para su amada Compañía de Santa Teresa de Jesús, que tendrá siempre que agradecerle la «vida» que le dio, y la «muerte» que le regaló.

De aquel AMÉN brotará gozosa la nueva Compañía, que tratará de vivir en plenitud lo que su santo Fundador le ha legado.

Las Madres, en San Gervasio, pudieron enterarse ya avanzado el día 28.

Las comunicaciones — difíciles entonces — no les permitieron llegar antes de las últimas horas de la tarde, cuando el pequeño cortejo fúnebre de los franciscanos volvía hacia su monasterio.

Recogieron las últimas anécdotas de su vida. Saborearon los elogios de aquellos frailes, convencidos de que un hombre de Dios les había acompañado en sus últimos días, y recogieron también todo lo que constituía su ajuar: un poco de ropa, algunos libros y las cuartillas emborrionadas de sus últimos escritos. Y unas disciplinas ensangrentadas. Nada más. ¿Para qué quería otra cosa el que ya había dejado hasta su propia voluntad?

De momento, sus restos reposaron allí, en Santo Espíritu.

Unos meses antes de morir, sostuvo una desconcertante conversación con las novicias de Tortosa. Después, la recordarán muy bien.

Hablaba de su propia muerte y manifestó el deseo de ser enterrado en Montserrat, su querida montaña mariana. Ellas insistieron una y otra vez que en el Noviciado.

— No tenéis iglesia — les dijo.

— Para entonces, Padre...

— Bueno, si no me queréis en Montserrat, me acogeré a los Padres franciscanos y ellos me enterrarán en su convento.

— ¿En los Padres franciscanos? — Algo extraño les resultó. Si hubiera dicho en el Desierto de las Palmas, con los carmelitas, aún.

Y él ya no contestó. Contestaron los hechos.

Allí, en Santo Espíritu, con los Padres franciscanos, fue donde su cuerpo reposó durante doce años.



Tumba primitiva de D. Enrique en el Noviciado de Tortosa

En 1908 — el 12 de julio — fue trasladado a la capilla del Noviciado de Tortosa.

Las palabras que sellaban aquellos restos, eran la expresión de su vida y de su esperanza:

¡VIVA JESÚS Y SU TERESA!
 «SOY HIJO DE LA IGLESIA»
 EXPECTO RESURRECTIONEM
 MORTUORUM
 HENRICUS DE OSSO
 PRESBITER

Luz en medio de la Iglesia

A la muerte de don Enrique siguen años de silencio en torno a su figura. Silencio que supuso para unos, olvido; para otros, desconocimiento. La Compañía — y con ella muchos amigos fieles — rodeaba su tumba y su recuerdo de cariño, de veneración, de esperanza... en medio del silencio. Esperanza de que llegase el día de la clara manifestación de la grandeza espiritual del Padre. Silencio ante la realidad dolorosa y desconcertante de unas sentencias humanas adversas que parecían querer echar sombras sobre su persona.

De parte de los hombres, silencio y oscuridad. No así de parte de Dios. Dios se había volcado con amor en Enrique de Ossó; éste había respondido con entrega radical. Y Dios quería que ese amor compartido resplandeciese en medio de la Iglesia para aumento de su gloria. Don Enrique escribió en la Revista Teresiana: «Los santos son como trofeos de la gloria de Dios. En ellos brilla su resplandor». Ahora el Padre Dios quería que él, Enrique, fuese luz para bien de los hombres. Quería ser glorificado en este hijo suyo tan amado. Y cuando llegó el momento propicio, demostró su voluntad con el lenguaje de los milagros.

Año 1923. Tortosa y Tarragona. Dos curaciones inexplicables para la ciencia. Demostración del poder de la intercesión de Enrique de Ossó ante Dios. La Compañía recogió el mensaje, y lo proclamó con alegría. «La hora de Dios... Dios lo quiere. Nuestros corazones lo necesitan, los prodigios que Dios ha obrado en favor de nuestro Padre son las voces que nos impelen con fuerza irresistible...» Primeros pasos del camino hacia la Beatificación.

1925, Proceso Ordinario Informativo en Tortosa y Barcelona.

1927, Apertura del Proceso Informativo en Roma.

1956, La Postulación General de la Orden Carmelitana se hace cargo de la Causa. Apertura del Proceso «Super non cultu», en Tortosa.

1959, Juan XXIII firma el Decreto sobre los Escritos.

1965, Pablo VI firma el Decreto de Introducción de la Causa.

1966, Apertura del Proceso Apostólico en Tortosa. Reconocimiento jurídico de los restos.

1967, Clausura de los Procesos Apostólicos en Tortosa. Entrega del mismo a la Sagrada Congregación en Roma.

1971, El P. Melchor de Pobladora, con la colaboración del Instituto, realiza el estudio histórico sobre particulares problemas referentes a la Causa.

1976, Pablo VI proclama la Heroicidad de Virtudes.

1979, 10 de mayo, Juan Pablo II reconoce los milagros.

14 de octubre de 1979, Juan Pablo II propone como digna de veneración y de imitación, la figura de un hijo fiel de la Iglesia:

ENRIQUE DE OSSÓ Y CERVELLÓ, sacerdote y maestro para siempre.

Índice

I. LE TOCÓ EN SUERTE UN ALMA BUENA	
Montañas, río y cielo	11
«Buenos padres, piadosa madre, santos abuelos»	13
«Quiero ser maestro»	15
Primera Comunión y Viático	16
De nuevo detrás de un mostrador	17
Cuando se conoce el dolor	17
II. POR LOS CAMINOS DE UNA JUVENTUD GENEROSA	
Teresa de Jesús empieza a dejar huella	23
María en el principio de una opción radical	23
María, sonriendo a la pobreza	26
María, testigo de una entrega	26
Hay que cambiar de rumbo	29
III. AL COMPÁS DE REALIDADES SE HACE UN HOMBRE	
Estudio: espíritu y alas	33
Los niños: ya hay futuro	35
Conociendo y amando sus días	37
En la morada de las almas grandes	39
Ungido para siempre	39
IV. CUANDO EL HOMBRE SE HACE DON	
«Monseñor, caminemos con los niños»	45
Ya nadie detiene la flecha	47
Teresa de Jesús no ha perdido su puesto	49
«¿Habrà alguna que no responda al llamamiento?»	51
Hacer conocer y amar a Cristo	53
Sólo quince minutos	55
Empezando con tiempo	57
Infatigable	58

V. UNA HORA DECISIVA

«Qué buenas discípulas... si hubiera un buen maestro»	63
No es fácil enseñar a vivir	65
Los anhelos no duermen: madrugada del 2 de abril	66
Piedras que sostengan la obra	69
Vamos hacia las mieses	71

VI. CONTAGIANDO VIDA

La grandeza de un hombre	79
Amando el sacerdocio	81
¡Maestro!	91
Cómo se hace un santo	94
Hijo de la Iglesia en fidelidad	100

VII. EL APÓSTOL NO DESCANSA

Orando unas, enseñando otras	107
Vamos a Ávila	112
Donde no llegue la palabra	114
El camino tiene gozos	118
Roma está más cerca	119
El ayuntamiento de milagros	121
Le secundaban	123
Una ciudad sin fronteras	125
Hubo que parar	127
Soñando nuevas conquistas	129

VIII. EL APÓSTOL HA DE PADECER

¿Y la verdad?	135
Los hombres tienen jueces	140
Para la grandeza no hay Tribunales	141
¿Qué sabemos del misterio?	147

IX. EL APÓSTOL HA DE MORIR

Cuando se cuida un silencio	155
Fuera y dentro	157
Las dos puertas	158
Amén	159
Luz en medio de la Iglesia	163

